

MÍA MÜLER

En el café
de África



**En el café
de
África**

Mía Müller

Sinopsis

Hace diez que años que África abrió su propio Café en un pueblecito de costa, donde vive tranquila y se siente feliz. Entre Paola, su compañera y amiga, y ella llevan adelante el negocio. África ha conseguido dejar atrás su pasado y construirse su propio hogar.

Pero ¿es tan feliz como aparenta?

Una llamada inesperada acecha su plácida vida y, a partir de ese momento, todo cambiará; saldrán a la luz los secretos mejor guardados de su familia.

Los cimientos y valores de África caerán por tierra, hasta desaparecer. Tendrá que reconstruirse para seguir adelante. Y es justamente desde esa posición cuando descubrirá los sentimientos más escondidos que tiene hacia Paola. Nunca se ha sentido atraída por una mujer e intentará sacársela de la cabeza con todas sus fuerzas. Pero ya es demasiado tarde, el amor ha llamado a su puerta, y contra eso... no se puede luchar.

¿Será ese amor correspondido?

Título: En el café de África

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©MíaMüler

Primera edición mayo de 2020

Corrección: Elisa Mayo

Diseño de cubierta: @adyma.desing

Maquetación: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contenido

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[La desaparición de África](#)

[El viaje](#)

[El hostal](#)

[Marisa](#)

[Mis Hermanos](#)

[La denuncia](#)

[En el café todo andaba](#)

[Mi familia](#)

[La muerte](#)

[Vilassar de Mar](#)

[Mi amor tóxico](#)

[La plantación de Marihuana](#)

[El café en construcción](#)

[Conversaciones con mamá](#)

[La confesión](#)

[Mi reacción](#)

[Reunión familiar con Gala](#)

[De regreso a mi vida](#)

[Día a día](#)

[La noche](#)

[Mamá ha muerto](#)

[Vuelta al pueblo](#)

[El día del entierro](#)

[La ceremonia](#)

[La vida continúa](#)

[Epílogo](#)

[Compañeras](#)

[Bibliografía que me ha inspirado para escribir esta novela:](#)

Si en algún lugar reside la felicidad,
su morada, seguro que se encuentra
a la sombra de un árbol viejo,
escondida entre sus frondosas ramas,
allí estará siempre esperándome
y allí la encuentro
siempre que la busco.
(Viaje a México, 1999)

Dedicatoria

A mi padre, que me enseñó los valores del esfuerzo, el trabajo, la bondad y, por encima de todo, la honestidad, junto con los principios de la vida, la humanidad y el respeto hacia los demás. Valores y principios que recuerdo a diario y así lo llevo siempre conmigo.

Allí donde estés, espero me sigas viendo y leyendo mis libros, son parte de mí, y de ti.

Mía

Prólogo

Esta novela tiene una pretensión, y es la de hacerte vibrar.

La personalidad de África es el resultado de su vida. De una infancia que nunca comprendió, de una adolescencia en la que se sintió demasiado desamparada y de una dependencia emocional general que la hace actuar de una manera particular.

Sus miedos a no ser aceptada o querida han hecho que se haya pasado la vida siendo una esclava de ella misma, cuidando, preocupándose y ocupándose de todos, menos de ella.

Pero ¿quién es África en realidad?

¿Se dará la oportunidad de conocerse? ¿Y de vivir su propia vida por fin?

La desaparición de África

Aquella mañana fue más complicada de lo que podía parecer a simple vista. Todo el mundo preguntaba por África y allí no había rastro de ella, ni una nota escrita encima de la barra o al lado de la caja como solía dejarme, ni un mensaje en el buzón del móvil —con alguna explicación para su acusada ausencia—; nada de nada. Y yo me iba desesperando por momentos.

—Buenos días, ¿puedes avisar a África, por favor?

—No está, lo siento.

—¿Cuándo estará? Tengo el camión cargado con su pedido, y está mal aparcado.

—No sé qué decirle, lo siento.

—Más lo siento yo, oiga, ¿ya me dirá que hago ahora? —Mientras, se alejaba soltando bufidos y gesticulando con los brazos.

Aquello era muy extraño, ella nunca había desaparecido de aquel modo, ¿y si le había pasado algo? Pero ¿qué le iba a pasar? Mi África estaba sana, sanísima, se cuidaba a extremos. No me había comentado que tuviera cita en el médico, ni visita en casa de algún proveedor.

Yo estaba bastante preocupada y ya estaba empezando a desvariar. No era propio de ella tal actitud, alguna cosa estaba pasando.

África y yo nos conocíamos desde hacía siete años, cuando aparecí una tarde, no sé si de casualidad —aunque dicen que no existen—. Nunca había estado en aquel pueblecito de costa, cercano a Barcelona, con nombre peculiar: Vilassar de Mar. Un pueblecito entre el mar y la montaña en la costa del Maresme.

Yo estaba teniendo un muy mal día; horroroso, más bien. Había llegado hacía tres días desde Cádiz; sí, la otra punta del mapa. Era donde había vivido los últimos siete años, pero en pocos días iba a quedarme sin trabajo y, en consecuencia, sin casa.

Trabajaba en un restaurante de subjefa de cocina, pero ese año el propietario había decidido cerrar todo el invierno para reformar el local y ampliarlo, y de eso modo poder ofrecer más y mejor servicio. Y de un plumazo se cargaba a las doce personas que estábamos en plantilla.

En Cádiz, me había hecho mi hogar y mi lugar, tenía buenísimos amigos, me gustaba mi trabajo; incluso, había aprendido, por fin, a surfear y me encantaba. Vivía feliz allí y no estaba en mis planes marcharme, pero, de un día para otro, se trucaron. A mi Sevilla natal tampoco podía volver, la zona del sur estaba muy mal de trabajo, y más, a finales de verano,

la temporada se estaba acabando.

Nos facilitaron la salida y nos dieron unos días de vacaciones pagados, que muchos aprovecharon para pasar con sus familias e ir pensando en su nuevo futuro. Pero que yo, y dadas mis circunstancias, ni familia, ni hijos... por no tener, no tenía ni pareja, salí de allí, disparada, rumbo hacia Barcelona.

Había oído que en Cataluña había movimiento de trabajo, sobre todo en hostelería, que era mi profesión. Mi formación en alta cocina me había proporcionado siempre buenos trabajos, como cocinera, subchef, que me permitían vivir bien, aunque ahora iba a aceptar cualquier cosa, hasta de camarera si se prestaba. Vivía demasiado al día y no tenía ahorros para subsistir ni dos meses.

Me planté en la capital catalana, había hablado con mi primo por teléfono dos días antes, él vivía en Barcelona, había partido hacia allí algunos años antes, casi en la misma situación que yo tenía ahora, y le había ido muy bien. Le di una sorpresa en el restaurante donde sabía que trabajaba, y después de los achuchones pertinentes y una alegría bárbara de vernos — habíamos crecido en Sevilla, nuestros padres eran vecinos, y habíamos mantenido siempre el contacto—, su jefe me comentó que un conocido estaba montando un restaurante y quizás buscaba personal; lo llamó y aquella misma tarde tuve mi primera entrevista. Estaba convencida de que ese puesto de trabajo sería mío, la necesidad hizo que me ilusionara en exceso, pero resultó ser un engaño.

Lo que parecía que tenía que ser el trabajo de mi vida, resultó ser una estafa y una tomadura de pelo. Para entrar en el negocio te pedían un depósito económico —«para empezar a crear el restaurante», dijeron—, con el que se suponía, yo sería el subchef de cocina.

Pretendían que fuéramos socios desde el inicio del proyecto y que, juntos, sin conocernos de nada, montáramos un restaurante asociándonos con cada especialización (chef, subchef, cocinero, jefe de sala, camareros... todos socios). Eso sí, gestionado por el entrevistador, creador de tal ideal y fantasía.

Al salir de allí, decepcionada y más nerviosa de lo que había llegado, llamé de nuevo a mi primo para contarle. Estaba perdida, el tiempo se me iba acabando y no sabía ni por dónde empezar. Él me recomendó que me fuera hacia el Maresme, y así empezó mi peregrinación por todos los pueblecitos de la costa catalana. Volvería a empezar de cero en cualquier otro lugar y necesitaba un trabajo con urgencia

Y, entonces, conocí a África. Ni sé cómo llegué a ese precioso lugar, ese espacio lleno de colores, luces tenues e indirectas, flores frescas, música agradable, un olor a ángeles benditos caídos del cielo... y pronto lo descubriría.

Entré en su maravillosa cafetería, era última hora de la tarde, me había pasado el día

preguntando y ofreciéndome para trabajos de camarera, dependienta y hasta charcutera... Sin suerte.

Llevaba recorriendo bares y restaurantes cuatro días, había peregrinado por casi todos sus pueblos costeros y empezaba a estar desesperada. No estaba resultando ser tan sencillo como me habían dicho y estaba agotada.

Aquel pueblo, Vilassar de Mar, era un pueblo costero a pie de carretera; lo cruzaba la vía del tren y lo decoraban unas callecitas muy bien cuidadas, con flores colgantes de los balcones, con las puertas y los marcos de las ventanas conjuntados con el barrio, con sus gentes discretas y amables. Nada que ver con la gente de Andalucía, aquí eran silenciosos, un poco cerrados, te miraban con un poco de desconfianza al principio, para luego proseguir con un interrogatorio. Hasta que decidían que eras buena gente, y luego, te sonreían y ayudaban si podían. Aquellas gentes hacían muchas preguntas.

Yo, que no tenía nada que esconder y muchas ganas de encontrar algún trabajo y lugar donde vivir, contestaba con ímpetu y entrega a la espera de alguna recomendación u ofrecimiento, pero no llegó.

Me sentía muy cansada, hacía mucho calor, tenía hambre, sed y no había cogido ningún lugar donde dormir aquella noche. Mi cerebro ya no daba para más. A malas, dormiría en la estación de tren, no sería la primera vez.

Entré en el café de África, sin pensar, ya no me quedaban energías, crucé la barra me quedaba a mano izquierda; a mano derecha, había unas cuantas mesas. Al final, se vislumbraba una luz y, como luciérnaga a su trampa, allí que me dirigí.

Se abría un espacio, como un saloncito, con ventanas grandes que dejaban entrever el patio exterior. Me enamoré de ese lugar y allí me quedé. Era una estancia con un encanto especial, olía a fresco; sus lámparas de Tiffany colgaban del techo y proporcionaban una luz indirecta a todo el espacio, dándole un toque sofisticado y relajante.

A la entrada de ese salón, resaltaba un sofá *Chester* de cuero morado, conjuntado con un par de butacas fucsias a sus laterales. Delante de este, una mesa rectangular llena de libros y flores secas incrustadas, y encima, un cristal que te dejaba ver la composición y te alegraba la vista. Era un lugar bello, reconfortante, que era lo que yo necesitaba en aquel horrible día.

Al otro lado de la sala, había una librería, repleta de libros de arriba abajo, y también los había en el suelo apilados... Qué maravilla de espacio.

A continuación de la minibiblioteca y delante del sofá inglés, había dos composiciones de mesa y butacas en tonos mostaza y rosa, que tocaban las ventanas de esa pared y daban al patio. El conjunto de esa sala era de revista. Decorado con muy buen gusto, habiendo muchísimas cosas dispersadas por todo el espacio, pero sintiéndote arropado entre toda esa materia muerta. En un rincón, vi a un señor con su portátil en una mesa colocada cerca de la

ventana que daba al jardín.

Era casi a la hora de cerrar, yo me sentía más perdida que encontrada, y me desplomé, casi textualmente, sobre el sofá de cuero que gritaba que me tumbase sobre él. Enseguida apareció una mujer sonriente y tranquila.

—Hola, bonita, veo que estás agotada. ¿Un día duro?

—Ni te imaginas —contesté, medio extrañada y agradecida por tanta amabilidad.

—¿Debes de tener hambre?

—Muchísima, y sed —respondí.

—Has caído en el lugar adecuado —respondió con una carcajada, porque efectivamente me había tirado en plancha sobre su sofá—. ¡Y tengo la solución a todos esos problemas! —continuó.

—No sabes la alegría que me das.

—Vamos a por ello, entonces. Tengo crepes salados y dulces, ensaladas para soñar, completas y saludables. Del plato del día, solo me queda gazpacho y garbanzos con verdura y salsa tártara especial; están para morirse de gusto.

—Qué bueno todo... Pues creo que con el plato del día tendré suficiente.

—¿Lo marinamos con un batido de coco y fresa?

—Ooohhh, eso será perfecto.

Esa mujer era África, y se dirigió a la cocina mientras yo me quedaba fresquita, observando aquella sala que me había fascinado y, de reojo, a aquel señor de la esquina, que me sobraba, porque me quitaba parte de mi paraíso. Qué divino lugar.

Cuando volvió y me sirvió, se sentó conmigo, guardando las distancias, en una de las butacas fucsias que había al lado de sofá, y me observó dulcemente, sin incomodar, respaldándose sobre su asiento y observando, a su vez, el jardín, que a aquellas horas estaba vacío.

—Félix, en breve cerraré; sin prisa pero sin pausa, tendrías que ir recogiendo, tesoro.

—Sin problemas, África. Se me ha ido el santo al cielo, disculpa.

—No se merecen, tranquilo, a tu ritmo...

Le indicó al señor que iba a cerrar y que debía irse, y supongo que eso también iría por mí, pero acababa de traerme la cena.

—¿Es tuyo este local?

—El negocio es mío, sí, desde hace cuatro años, si no recuerdo mal. Caí por aquí casi de casualidad y, de momento, no tengo intención de ir a ninguna otra parte —contestó África.

—¿Sí? Pues casi como yo, entonces, aunque con menos suerte.

Y le expliqué toda mi situación. Ella me escuchó con mucha atención, haciendo en algunos momentos del relato algún asentimiento de cabeza y alguna media sonrisa. No sabía cómo

interpretar aquello, pero me escuchó sin interrumpir. Cuando terminé mi aventura, ella respondió:

—Creo que, si tú quieres, ya has encontrado trabajo.

—¿Cómo? —Abrí los ojos como platos. Ella solo me miraba, sin decir nada y sonriendo

—. ¿Aquí? ¿En este maravilloso lugar? ¿Contigo?

—Pues creo que sí —contestó África.

—Sí, sí, sí... Por supuesto que sí.

Soltó otras carcajadas y me tocó la mano que le quedaba más cerca, apretándola con fuerza, en reconocimiento.

—Mi camarero se ha tenido que marchar de urgencia hacia su Argentina natal, su madre ha caído enferma, y quiere y debe estar allí. Y ahora estoy un poco escasa de personal.

—Por supuesto, tengo mucha experiencia, entre las dos lo haremos, ya verás —dije, entusiasmada.

—Estoy segura de ello. Yo estoy más en la cocina, tú deberás atender más a nuestros clientes. Verás que somos una gran familia.

—Encantada, voy un poco escasa de eso últimamente.

Más tarde, e imaginándose mi situación, también me ofreció la habitación de invitados hasta que encontrara alojamiento, como me dijo, ella prefería vivir sola. Se lo agradecí infinito

Así empezó nuestra historia, más de amor, familia, amistad, fraternidad... que de relación laboral. Y por eso me tenía muy preocupada aquella mañana; que hubiera desaparecido sin darme ninguna explicación, sin dejar rastro, no era para nada su manera de hacer.

Algo le había pasado, lo intuía y me tenía los nervios comidos. Para mí, África era muchas cosas y todas buenas. Admiraba a aquella mujer; era bondadosa, generosa, creativa, cercana... quería a esa mujer y no me podía ni imaginar que le hubiera ocurrido algo malo. Desde que había llegado aquella noche, rendida y hundida, había encontrado un lugar donde me reconocía y era feliz. Hacía cinco años que tenía un hogar y no quería perder esa sensación tan maravillosa de saber que estás en casa. Pero para seguir sintiéndome así, faltaba una pieza clave: África. Y no sabía dónde narices estaba esa mujer.

Le había dejado un montón de mensajes y *wasaps*; hasta *e-mails*, por si le habían robado el móvil, yo que sé; ya no sabía qué hacer ni qué pensar. Solo me faltaba avisar a la Policía Nacional, los bomberos y hacer señales de humo.

Pero ¿y si no estaba en el país? Sabía que África tenía familia desperdigada por casi todo el mundo, y aunque me había explicado poco sobre su pasado y su familia, —era muy reservada—, había tenido momentos de debilidad y, supongo, de complicidad, y me había soltado alguna perla. Había muchas piezas que no me encajaban en su familia, porque me

faltaba mucha información, nunca quise reclamarla por miedo a que se encerrara en su caparazón. Solo me quedaba escuchar atentamente cuando se vaciaba. Todos necesitamos en algún momento vaciar. Y ella, aunque lo hiciera poco, alguna vez también se había debilitado.

El viaje

Pasar por las carreteras que recorrí toda mi niñez se me hacía extraño. La verdad es que no habían cambiado tanto, las vías comarcales estaban casi igual, alguna señal de más, alguna de menos. El árbol partido en medio de la pradera. Recordaba perfectamente ese árbol, era altísimo, y estaba en medio de un campo, parecía un gran edificio en medio de la nada, vivo, dándonos la bienvenida.

Me la volvía a dar, pero a mí sola. No iba en el coche de papá, no estaban ni él ni mis hermanos conmigo, el mundo se había hecho mayor, todos lo éramos. Yo era una mujer adulta, iba con mi propio coche, sin necesidad de que nadie me llevase, pero sin mi padre a mi lado me sentía extraña. ¿Qué debía haber sido de él?

Qué difícil es imaginar qué habrá sido de nuestros muertos cuando no eres religioso, cuando ninguna fe te ampara. Cuando eres demasiado realista, o incrédula, y aunque confío en la raza humana, no tanto en la vida que no se puede ver, y de donde nunca nadie ha regresado.

«Papá, ¿dónde estarás? ¿Seguirás con tu camisa de cuadros azules y grises, con el cigarro en la boca, los dedos amarillos y la barba de días, muestra de no haber pasado por el baño siquiera?».

Era curioso que, viviendo lejos de aquí, del pueblo, no lo hubiera extrañado tanto, pero cuando me iba acercando a casa, se me hacía un nudo en el estómago. No sé si era normal, pero la presión que sentía era demasiado fuerte; qué incómodo era todo.

A toda prisa, mamá nos volvía a mangonear para hacernos bailar a su ritmo y beneficio. Y aquí estábamos, todos moviéndonos a su vera, lo había vuelto a conseguir.

Si papá no estaba en casa, para mí, esto no tenía sentido, ese lugar perdía valor. Cómo lo extrañaba, me gustaría contarle tantas cosas...

Mi vida había dado muchas vueltas; me había trasladado tres veces de casa, intentando construir mi propia vida. Estuve en Mallorca; luego, en Ibiza, y finalmente, me instalé en Vilassar de Mar, siempre cerca del agua. Había conseguido encontrar mi hogar. Seguramente, él ya sabría que tenía una maravillosa cafetería, y que el *Chester* morado sería *su* lugar de reposo preferido. Cuando lo vi por primera vez, en una revista, supe que le encantaría. Tuve que mover cielo y tierra para conseguirlo, pero después de dos meses de espera, llegó *su* sofá a mi café.

Sentía que me estaba viendo, que me auxiliaba y observaba. Necesitaba pensar que seguía conmigo, protegiendo lo que nunca preservó, ni a sí mismo. Necesitaba creer y

necesitaba sentir que así había sido durante todos aquellos años y que así seguía siendo. Necesitaba sentir que un día volvería a verlo, y que no sería en sueños. Se me hacía demasiado terrible cuando despertaba y aún lo olía, pero él nunca estaba.

Aquel día, todos los cimientos estaban movimiento, sentía que se me debilitaban las piernas y que en cualquier momento no sería capaz de andar, de cruzar el umbral y de verlos a todos sin él. Sin papá.

Le hablaba al aire y le deseaba que estuviera bien, que fuera feliz allá donde iban los muertos. Y lo que más deseaba es que hubiera dejado de pensar en mamá. Nunca se lo dije, supongo que de niña yo tampoco lo sabía; pero, de mayor, siempre supe que ella nunca lo amó. Ni a nosotros tampoco.

Su manera de querernos era insuficiente para todos.

¿Ella no era consciente de que su poca presencia física hacía que la extrañáramos mucho más? ¿Nunca se lo dijimos? Su ausencia perdida en sus lienzos, en sus muebles viejos mientras los restauraba; sus manos inmersas durante horas —y a veces también sus noches— en el barro, mientras construía alguna demencia o fantasía que había soñado cualquier noche.

Su cuerpo, su melena al viento, larga y deliciosa, su sonrisa cuando nos oía acercarnos a ella, a observarla, a escucharla cantar, pero sin molestarla. Siempre nos decías que no debíamos molestar a mamá, que estaba creando arte. ¿Y nosotros, papá? A nosotros, ¿quién nos construía? ¿Quién se encargaba de nosotros? Matilde. Sí, claro, no le quedó otra. Demasiado nos quería esa pobre mujer, cariñosa y bonachona; no tuvo hijos y nos cuidó como si fuéramos de ella, suerte tuvimos de ese ángel.

Mamá, aun estando en casa, aun teniéndola cerca, nunca estaba. No era accesible, no estaba disponible. Su presencia me acabó creando rechazo cuando fui creciendo, me enfadaba con ella por ser tan egoísta, por ser tan distinta a las madres de mis amigas, que ayudaban a sus hijos a hacer los deberes, les cosían los disfraces y les enseñaban a hacer galletas.

¿Y a ti, papá? Tú la querías cerca y la tenías. Tenías suficiente con verla, olerla, intercambiar dos frases en un día, pero la tenías en casa; para ti era suficiente, o te conformabas solo con eso.

Lo conocía bien, más de lo que él imaginaba, y verlo sufrir en silencio me rompía por dentro y hacía que cada día quisiera un poquito menos a mamá. Lo entiendes, ¿verdad? Sé que sí.

Me sentía enfadada con ella, por la vida que nos había dado, por nuestra infancia, sus huidas después de tantos años de ausencia. Me volví exigente con ella, no pensaba que nada nos pudiera hacer más daño.

Me equivocaba...

Nunca pasó nada grave entre ninguno de nosotros, cada uno vivía su propia vida dentro de aquel caserón de campo, y todos intentábamos abrirnos camino hacia nuestro mundo, nuestras vidas y al exterior. Todos teníamos asumidos que ese era nuestro destino y lo vivíamos con resignación. Sin alegrías, pero sin dramas.

La muerte de papá dio un giro a toda nuestra vida, aunque siempre estaba de cuerpo presente, nunca lo estuvo consciente, solo cuando mamá estaba en casa. Cuando ella desaparecía, él se convertía en una momia paseando por las habitaciones, notaba demasiado su ausencia y no lo soportaba. Cabizbajo y siempre pensativo iba como un muerto viviente, divagando. Sé qué hacía verdaderos esfuerzos para que no se lo notáramos y procuraba darnos conversación cuando estábamos en casa o nos encontrábamos por los pasillos. Las cenas eran tristes; papá nos hacía preguntas, nosotros le respondíamos, aunque no sacábamos conversaciones, la pena se respiraba en el ambiente.

Él desaparecía en su habitación pronto, el primero, y luego empezábamos a desfilar nosotros cada uno a nuestros cuartos. Pol y Alfred compartían uno, y yo estaba en otro. Nunca nos íbamos antes que él, era como un ritual, que aunque no nos apetecía pasar, cada noche lo hacíamos. Desde muy pequeños ya percibíamos su pena y su soledad.

Y fueron pasando los años, nosotros crecimos, nos fuimos a estudiar fuera, luego a vivir lejos, todos. Y papá se quedó en casa con mamá, que seguía haciendo sus viajes con Violeta, hasta que le llegó el día. Siempre creí que se había ido demasiado pronto, más de pena que por edad, con sesenta y ocho años era demasiado joven para morir.

¿Recuerdas a Matilde? Nuestra adorable Matilde, el ama de llaves de nuestra casa cuando no estaba mamá, demasiado a menudo. Fue ella quien lo encontró. Pobre, qué disgusto se llevó; lo quería mucho, a todos nosotros. Era un martes, lo recuerdo, ella había regresado de la compra, era media mañana, y papá aún estaba en su dormitorio. Entró para ventilarle la habitación y abrirle las cortinas, para que entrara la luz del día, vio que no se movía, al tocarlo lo notó helado. Estaba muerto.

Me llamó a mí, no sé por qué, supongo que para ser de mujer a mujer y porque, para variar, mamá estaba de viaje. Tuve que comunicar yo la noticia, tanto a las *viajeras*, que esa vez estaban en la India, y me costó mucho localizarlas, como a mis hermanos. Qué momento más duro, papá.

Automáticamente, y de forma mecánica, qué cosas tiene el cerebro, culpé a mamá por haberlo abandonado. Sentencí que había muerto de tanto sufrimiento y desamor. Y ahí abrí una gran brecha hacia ella, que nunca más se volvería a cerrar, al menos, por mi parte.

Regresamos todos. Pol, de Australia —que era donde estaba en ese momento—, Alfred,

de Roma, que era donde vivía por entonces, y yo, de Mallorca. Aquel día al encontrarnos todos en casa, mamá estaba muy apenada, pero a la vez, contenta de vernos juntos; nos abrazaba, nos acariciaba, nos sonreía, y yo evitaba sus ojos azules, que buscaban los míos. No quería que detectara en mí la culpa que le atribuía, sabía que no era justa con ella. Pero necesitaba hacer mi duelo y se me hacía menos doloroso culpando a alguien.

De eso habían pasado diez años ya.

El hostel

Llegué de noche, era demasiado tarde para presentarme en casa de mamá, menos mal que había reservado una habitación en el hostel. No había cogido el teléfono Rosa, la propietaria, me hubiera reconocido al instante, debía de ser un trabajador el que me atendió.

Hacía diez años que no nos veíamos, ninguno, ni a mamá ni a los chicos, ni tampoco a tía Violeta, a nadie. Aunque con la tía sí que había continuado la comunicación. Después del funeral de papá, todos regresamos a nuestras vidas, yo muy rápidamente, se me hacía muy duro estar allí sin él. No quise alargar aquella situación y casi sin despedidas me volví a Mallorca. Necesitaba irme con mi pena y mi dolor a llorarlo en la intimidad.

Así que diez años después de aquello, necesitaba prepararme para ese encuentro. Intuía que posiblemente sería la última vez que la viéramos y aunque nada me apetecía menos, tenía que hacer aquel gesto «en sus últimos días», según decían los médicos, y había dicho Violeta. De hecho, habían trasladado a mamá en ambulancia hasta su casa para que pudiera despedirse de sus allegados, en su cama, en su hogar, entre los suyos.

Recibí la llamada de tía Violeta hacía tres días.

—Hola, África, soy Violeta.

—Lo sé, te tengo grabada en el móvil, ¿estás bien?

—Ay, sí, perdona, estoy un poco nerviosa. Tu madre no está bien.

—¿Qué quiere decir eso exactamente, Violeta? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, no quiero explicártelo por teléfono, pero deberías venir, África, es importante, si no, no te lo pediría, ya lo sabes.

—Pero ¿qué ha pasado? Dime algo más —pregunté.

—Vuestra madre quiere hablar con vosotros. África, sé que no es fácil y, seguramente, no es lo que más te apetece del mundo, pero tienes que venir, de verdad, te lo suplico.

—No sé... Violeta... Tengo un negoc...

—Mi niña, tienes que venir, no te puedo decir más, pero ven lo antes posible —sentenció Violeta.

—De acuerdo, me estás asustando. No sé, miraré cuando puedo acercarme.

—Pol y Alfred están volando ahora mismo de camino hacia aquí, llegarán mañana, y sería conveniente que tú también estuvieras por aquí mañana.

—Pero, Violeta...

—Lo sé, África, es todo muy repentino. Puedo entender que todo es muy precipitado,

pero no hay tiempo. Mañana te esperamos

—Bueno, vale... de... de acuerdo.

Incluso, pensé que había algo más que no nos querían contar. En los últimos diez años habíamos hablado entre nosotros en contadas ocasiones. Solo con Violeta, la mejor amiga de mamá, ella me iba poniendo al día de los acontecimientos familiares. Más por ella que por mí, me sobraba la mitad de la información que insistía en darme.

Me instalé en el hostel que había a las afueras, había tenido que atravesar la carretera, cruzando todo el pueblo. Qué cambiado estaba todo, me había costado reconocerlo. Continuaba el estanco, aunque con un cartel nuevo, más moderno y luminoso, que hacía sus influencias a los que estaban viciados, como lo había estado mi padre.

Al lado del estanco, en mi niñez, había un colmado, ahora era una tienda de ropa. Enfrente, estaba el bar Cruce, que seguía intacto, qué respiro. Algo que sí hacía mío y reconocía. Había pasado tantas tardes en uno de los taburetes altísimos, para mí, por entonces, mientras papá se pasaba las horas hablando con el dueño en la barra y viendo a ratos la televisión, girando su taburete e interesándose por algún programa, noticia o partido, dependiendo del día.

Todo menos estar en casa; cuando mamá viajaba, él desaparecía de la casa, como no podía ir tras ella, lo que hacía era huir hacia el bar mientras nosotros estábamos en la escuela, para estar lo menos posible en ese hogar que, sin ella, todo se desvanecía. Para él todo perdía sentido, incluso sus hijos, le faltaba el aire si Gala no estaba en casa. Volvía cuando anochecía, cuando sabía que sus hijos ya no podían estar más horas solos, y cuando sus remordimientos y la conciencia lo hacían encaminarse hacia su hogar. Calentábamos la cena que nos había dejado Matilde, nos preguntaba cosas de la escuela y, más pronto que tarde, nos mandaba a dormir.

Y para él empezaba su noche, empezaba a deambular por la casa, como un alma en pena, observando los cuadros de Gala, oliendo sus ropas y observando sus fotos desnudas colgadas en el estudio.

Así transcurrió mi niñez, a la sombra de mi padre, porque yo era la única chica, cuando mamá y Violeta desaparecían, y además era la más pequeña, dos chicos y yo. Recordarlo en ese preciso momento, no era lo que más me convenía, me entristecía terriblemente.

Me acerqué a mi maleta para sacar los enseres que necesitaría para esa noche y para intentar dejar de pensar, pero no lo conseguía. No tenía hambre, me había comido un sándwich, que había comprado en la última gasolinera, y ahora ya no me entraba nada más, ese nudo en el estómago se apoderó de mí con solo entrar en el pueblo. En ese lugar nací, y ahí crecí y viví mi infancia. La sensación era de gran pesadez, como si algo se me estuviera engullendo por dentro. Decidí irme a dormir, sin más, y dejar de darle vueltas a

todos los recuerdos.

Desperté de un sobresalto, no sé qué estaría soñando, ni tan solo si estaba soñando, pero me vi sentada en medio de la cama, sudada y con el corazón palpitando demasiado rápido.

Al revisar la maleta para sacar el neceser, tomé conciencia de que, la noche anterior, no me había lavado ni los dientes, estaba tan agotada física y mentalmente que me quedé dormida de inmediato. Me dio tiempo a quitarme la ropa y ponerme el camisón, hacía un calor de mil demonios. Y mientras pensaba en la ducha que me iba a dar y en cómo rociaría de colonia de lavada todo mi cuerpo, me acerqué al móvil para saber si había algo importante. La verdad es que tampoco me acordé de ese aparatejo, que nos tiene atrapados y que era el mensajero de muchas malas noticias.

Al extraerlo del bolso, cayó un papel al suelo. No me lo podía creer, era la nota que le escribí a Paola con las indicaciones sobre el bar y las explicaciones sobre mi ausencia. ¿Qué hacía en mi bolso? Tenía cinco llamadas perdidas de Paola. Claro, ahora entendía por qué me había llamado tantas veces; la pobre estaría súper preocupada, ya llevaba un día fuera, y sin tener noticias mías. Cogí el móvil inmediatamente para llamarla, pero me di cuenta de que estaba sin batería, se me olvidó —como todo lo demás— ponerlo a cargar y no podía comunicarme con nadie, ni tampoco nadie conmigo. Empezaba bien el día.

Pensé en Paola y me vinieron a la cabeza un montón de emociones superpuestas; miedo, remordimiento, pena... Pensé en lo preocupada y agobiada que debía de estar, sin saber nada de mí, con muchísimo trabajo en el café y sola. Y me dije a mí misma que cuando volviera se lo recompensaría, además de darle algunas explicaciones; se las debía y más ahora sabiendo que no había leído ni la nota.

Decidí irme a la ducha, así, mientras tanto, el móvil se iría cargando lo suficiente para poder hacer esa llamada, se merecía una explicación y sobre todo tranquilizarla. Lo que no tenía nada claro era qué le iba a contar. ¿Le decía la verdad o le daba alguna excusa diciéndole que estábamos arreglando algún tema familiar? Ahora no era el momento de hablarle de mi infancia, de mi vida pasada o de mis huidas lejos de ellos.

Me costaba mucho hablar de mí misma, muchísimo, siempre lo evitaba, llevaba años haciéndolo. Me había convertido en una experta en lo que a eso se refería. Ahondar en mi dolor no era una opción, siempre me había pesado demasiado. Era una maestra de la huida, salía siempre por peteneras, y si la encerrona era muy directa, cortaba por lo sano. Expresaba abiertamente que no tenía ninguna intención en hablar de mi pasado y menos de mi infancia.

Me había construido una vida bonita, una vida que me gustaba, en la que me sentía completa. Rodeada de buenas personas, llena de buena energía, descanso, buena

temperatura, un entorno paradisiaco cerca del mar. Y de alguna manera tenía a mi propia familia, la escogida, no quería mezclar el pasado con el presente, sabía que no encajarían.

Me había convertido en otra persona, una África adulta, que nada tenía que ver con la niña asustadiza que buscaba la protección de su padre, haciéndole más de madre yo a él que él a mí. Era yo quien necesitaba seguridad, protección, que alguien me guiara, pero nunca lo obtuve de mis progenitores. Me sentí siempre tan perdida que ahora, que me había encontrado, no quería que nadie lo destruyera. Sentía que si me acercaba demasiado a ellos... me lo arrebatarían todo otra vez.

Recordé como muchas tardes, cuando mi padre perdía el sentido del tiempo y casi de la vida, yo iba a por él al bar. Él me cogía de la mano para irnos a casa, donde mis hermanos aguardaban nuestra vuelta. Y aunque parecería que era él quien me guiaba hacia casa, era yo quien lo sustentaba para que no se cayera al suelo de la borrachera que llevaba, marcándole el camino. A mí me parecía bien, él me necesitaba, y yo así entendía el amor de padres a hijos. Me creí imprescindible, hasta que me explotó en la cara. La que necesitaba de esa protección, que nunca llegó, era yo; una niña demasiado pequeña para vivir todo aquello.

Y de nuevo había llegado el día de enfrentarme a mi familia, de volver a ver a mi madre y de coincidir con mis hermanos, y aunque un llanto de curiosidad invadía mi cuerpo, ahuyentarlo era lo que me parecía más fácil. No lo conseguí. Estaban en mi mente constantemente, desde que mi hermano menor, Alfred, me había escrito, después de la llamada de Violeta, para pedirme urgentemente que volviera al pueblo. Nuestra madre quería hablar con nosotros, y yo me temía lo peor.

El primer momento fue de defensa. ¡Encima con exigencias!

Enseguida recapacité y reaccione como, supongo, se esperaba de una mujer madura.

«África, soy Alfred, ¿cómo estás?».

«Bien, Alfred, y tú, ¿dónde andas?».

«¿Te ha llamado tía Violeta?»

«Sí, me ha contado».

«Mamá no está bien, y tía Violeta nos ha pedido a todos que volvamos para verla. Quiere hablar con todos nosotros».

«¿Y si nosotros no queremos hablar con ella, Alfred?».

«Afri, se está muriendo, algún día tendremos que perdonarnos y lidiar con nuestros fantasmas. Ese día ha llegado».

«¿Te lo ha dicho tía Violeta?».

«No, pero es obvio, ¿no?».

«Ok».

Alfred, al ver que había cerrado el chat y que no pensaba decir nada más, volvió a enviar otro mensaje de información logística para hacernos coincidir a todos a la vez en casa, según le había explicado tía Violeta, eran los deseos de la madre.

«Pasado mañana estaremos todos en casa de mamá, tú ven cuando puedas».

«Ok».

Los dos días que siguieron fueron muy extraños, no estaba centrada en nada, pero tampoco estaba pensando en algo concreto. No especialmente en mi familia, ni en mis hermanos, ni tampoco en mi madre. Desde que mi padre murió todo había cogido otro cariz para mí. Siempre supe que eran mi sangre, mis genes, mi familia, pero nunca me sentí en casa. Era difícil de explicar. Los quería, con unos me llevaba mejor que con otros, pero hubiera dado la vida por cada uno de ellos sin pensarlo, por todos.

Aunque yo nunca sentí que ese era mi lugar, que estaba en mi hogar. Siempre me percibía extraña, como si fuera una invitada, no sé cómo describirlo. Nadie nunca me trató mal, al contrario, era la niña, la pequeña, graciosa, bonita. Mi físico era peculiar, melena larga ondulada y rubia-rojiza; mis ojos, uno de cada color (azul y verde), el cuerpo lleno de pecas a rabiar y unos pies bastante grandes, desproporcionados con mi cuerpo.

Pol era un rubiales de ojos claros muy azules, y Alfred, bien moreno, de tez y de cabello, y unos ojos marrones pero muy oscuros. Mi madre tenía el pelo castaño claro y ojos azules, piel dorada, alta para la época, melena ondulada y siempre larga. Y mi padre parecía un actor de cine, era guapísimo, alto, delgado, de ojos azules y cabello negro, aunque de piel muy clara, blanquecina y unos pies enormes que parecía había heredado yo.

No nos parecíamos demasiado entre nosotros, los hermanos, ni tampoco a nuestros padres. Habíamos sacado rasgos de cada uno, pocos y mezclados. Los chicos nunca se lo plantearon, yo sí, muchas veces, pero era un añadido al bicho raro que me sentía en esta familia.

Después de las llamadas de Alfred y Violeta, algo en mí empezó a moverse, estaba inquieta, despistada y un poco desorientada. Tenía que empezar a preparar cosas, aunque no sabía el qué. ¿Iba a ir al pueblo para unos días, para una temporada? ¿Qué había planeado mi madre esta vez para nosotros?

No quería que me manipulara como hacía siempre, por eso, creo, huimos todos. Era absolutamente encantadora, arrebatadora, inquietante, curiosa, divertida, ocurrente.... Todos caíamos en sus redes como insectos en la tela de una araña; nos dábamos cuenta de que estábamos donde no queríamos estar, demasiado tarde, siempre.

Esta vez no, así que tenía que ir preparada. Llevaría ropa para dos o tres días máximo. No podía dejar a Paola sola en el café tanto tiempo, estábamos aún en verano, estábamos

bajos de personal, y había muchísima afluencia de turistas. Los clientes habituales y los esporádicos, que solo salen en verano, aprovechando las tardes que alargaban el día, y que prestaba a estar en la calle o en alguna terraza.

Teníamos el local lleno desde que abríamos hasta que cerrábamos, casi ni nos veíamos Paola y yo, cada una a sus labores, que eran muchas. Solo nos dirigíamos para darnos directrices sobre mesas, comidas, clientes, cuentas de caja...

Y yo seguía un poco ausente, no estaba centrada en el trabajo, tuve algunos despistes con las comandas de los clientes. Paola me miraba de reojo y alguna vez me lanzó algún comentario de auxilio.

—África, baja de la luna, por Dios, ¿qué te pasa? Sale humo de la sartén.

—Todo controlado, preciosa, gracias. —Disimulaba como podía.

—¡Ayyy, mi niña, que hoy estás de turismo por Venus!

—Qué va... —le respondía—. Estoy mejor que nunca. ¿Qué tal por ahí fuera? —cambiaba de tema.

Se hizo de noche, recogimos, y Paola me dijo que quería bajar a la ciudad, a Mataró, y que si no le importaba que saliera antes.

Cómo me iba a importar, si hacía más horas que un reloj, mi pobre niña, es un tesoro. Súper trabajadora, resolutiva, rápida y la alegría de la huerta.

Así pasaron dos días, y ni decirle pude que tenía que irme urgentemente y que se tendría que hacer cargo del bar.

Mientras iba cerrando las puertas, persianas y ventanas, me iba diciendo que le dejaría escrita una nota, donde le indicara las cosas básicas —seguro que lo sabía todo, pero a modo de recordatorio y seguridad—, por si me llamaba y en aquel momento no podía atenderla.

Y explicando brevemente que tenía que irme, sin más. Así lo hice.

Mi niña bonita,

Cuando leas esta carta yo no estaré, no te preocupes que volveré en breve. Pero he tenido un asunto familiar urgente que debía resolver y casi he tenido que salir corriendo.

Confío en ti, en que llevarás a buen puerto nuestro barco y que saldrás airosa de la tormenta. Ahora eres tú la capitana y tendrás que tomar decisiones. No sufras, lo harás bien.

Cuando vuelva lo solucionaremos todo. Tú ahora abre el café y sirve a nuestra gran familia como si nada estuviera pasando.

Te lo recompensaré.

Eres un cielo y sabes que te quiero infinito.

África Barrientos

Marisa

Saliendo del hostel, a las ocho de mañana, cuando las calles aún estaban tranquilas y solo pasaban los camiones que recorrían la carretera de un pueblo a otro y algún coche de vecinos, me encontré a Marisa.

—¡África, qué fuerte, África!

—Hola, Marisa —le respondí con una sonrisa.

—Qué ilusión verte, cuánto tiempo perdida... ¿Cómo estás?

—Bien, mira, el tiempo... que corre demasiado deprisa. —No sabía ni qué decirle.

No tenía ganas de hablar con nadie, de encontrarme a nadie. Iba como una sonámbula hacia casa de mi madre, sin esperar sorpresas y queriendo pasar desapercibida. Mi plan se fue al garete antes de darme tiempo de cruzar la calle e ir a por mi coche.

—Debes de haber venido a ver a tu madre, supongo. Está muy malita, dicen. Lo siento, África.

Vaya, ya me estaban dando información que no deseaba tener. Mi tranquilidad aparente se veía interrumpida. Y mi mantra de posicionamiento y preparación para el gran encuentro se fue por donde había venido. Quise cambiar de tema rápidamente.

—¿Cómo estás tú, Marisa? ¿Qué es de tu vida?

—Pues ya ves, sigo en el pueblo, en la peluquería de mi madre; bueno, ahora es mía, ella se fue hace tres años. —Y me contó cómo ocurrió.

—Vaya, cuánto lo siento, es duro perder a seres queridos.

—Bueno, es la vida, todos nos iremos algún día, pero con los niños, el trabajo y la casa no me da para pensar ni para ponerme triste. ¡Arriba!

—Siempre tan alegre —le dije, mientras le acariciaba un brazo en señal de solidaridad y de empatía.

—Con lo bien que lo pasábamos cuando no teníamos obligaciones, ni tantas prisas. Los días, las semanas, llevaban otro ritmo, ¿verdad? ¿Recuerdas?

—Cómo no voy a acordarme, nos divertimos mucho y nos reíamos más.

Marisa fue una de mis mejores amigas del colegio, compartíamos tardes de verano, descubriendo parajes de los bosques cercanos, mientras recogíamos moras de las zarzas y perseguíamos a los conejos que se escapaban de las granjas cercanas.

Éramos tres amigas, Marisa, Beth y yo. Nos llamaban «los tres mosqueteros» porque vestíamos como chicos y no nos daba miedo nada. Las tardes de verano se nos hacía de noche recorriendo los campos y colándonos en las granjas; sobre todo en la de los tíos de Beth, que

siempre acababan descubriéndonos, y nos invitaban a entrar al salón mientras su tía nos preparaba leche y galletas.

Tenía buenos recuerdos de ellas, pero cuando Beth y yo nos fuimos a estudiar a la ciudad, a Girona, perdimos el contacto entre las tres. Ella se fue a vivir a casa de unos primos de su madre, y yo compartí un piso con otras dos chicas, con las que hice muy buena amistad, aun no estudiando ninguna de las tres la misma carrera. Compartíamos compañeros de la facultad y salíamos en las noches de juventud. Fue una época muy divertida. Necesitaba evadirme, volar, bailar, beber... Experimenté con drogas, con chicos, con diferentes cócteles molotov que me hacían olvidar quien era, de donde venía y lo que llevaba en mi mochila.

Yo cada vez regresaba menos al pueblo y solo lo hacía cuando intuía por teléfono que mi padre estaba más decaído de lo habitual. Lo llamaba todas las semanas y, dependiendo de cómo sonaba su voz, yo hacía planes con los amigos de la universidad o regresaba al pueblo.

La parte buena es que cuando él estaba más triste y desamparado era cuando mi madre y Violeta habían partido a uno de sus viajes. Así que solo venía para estar con él. Para practicar sobre su cuerpo los conocimientos que iba adquiriendo en la Facultad de Salud y Deporte, donde cursaba mi formación como fisioterapeuta. Y él se dejaba hacer. Lo impregnaba de aceites, cremas, le retorció los músculos, y cuando terminaba de torturarlo la espalda, siempre me decía que se sentía mucho mejor.

Beth empezó a salir con un chico de Tarragona, que estudiaba también en Girona, como nosotras, así que regresaba muy poco al pueblo. Se iban de fin de semana, bajaban al pueblo de él o se quedaban en la ciudad saliendo con la pandilla. Cuando terminaron la carrera, se trasladaron a Barcelona, donde los dos encontraron trabajo y allí se instalaron.

El contacto se perdió por completo. Nos encontramos alguna vez por Girona, pero ya nunca fue lo mismo y a mí me pareció bien que ella quisiera vivir su propia vida y crear nuevas amistades, se la veía feliz y enamorada, y yo me alegré por ella. No supimos más la una de la otra.

—¿Estarás muchos días por aquí? Dime que sí, que nos dará tiempo a ponernos al día.

—Pues la verdad es que no lo sé. —Esperaba que fueran muy pocos, pero no le mentí, cuando le dije que no lo sabía.

—Bueno, no quiero incordiarte, que no debe de ser un momento fácil para ti. Hacemos una cosa, yo te doy mi teléfono, y si quieres hablar, reír o llorar, llámame. Me encantará pasar un rato contigo y compartir este momento, pero solo si tú quieres.

Me pareció tan bonito y tan de corazón su ofrecimiento que hasta me entraron ganas de irme con ella a su peluquería, donde todas nos habíamos cortado el pelo durante nuestra niñez y donde aún podía recordar cómo su madre adulaba mis rizos, mi tono y la textura de mi melena.

Le agradecí el detalle y le transmití que a mí también me gustaría, pero que no le podía prometer nada todavía, porque aún no había llegado ni a mi casa y no sabía qué me encontraría ni cómo irían las cosas. Grabé su número en mi móvil y nos despedimos con un gran abrazo, sincero y reconfortante.

Al coger el móvil, vi que seguía teniendo las llamadas perdidas de Paola... ¡Ostras, si no la había llamado al final! Cuando salí de la ducha, me vestí y arranqué el móvil del cargador para lanzarlo dentro del bolso casi sin mirar; se me había hecho tarde y olvidé llamar a Paola. Qué cabeza la mía, no parecía ni yo, estaba como ida. Pero ahora no podía entretenerme más, la llamaría luego; mi único objetivo era llegar a casa de mi madre antes que todos se despertaran.

Mis Hermanos

Me dirigí hacia el aparcamiento, pensando en el encuentro con Marisa, con una sonrisa en los labios; me reconocí en la África de hacía unos años y me familiaricé con la situación. Me había gustado encontrármela, tan alegre, tan generosa y viva como siempre. Su esencia no había cambiado y me gustó que así fuera.

Cogí el coche y me encaminé hacia casa de mi madre. Se habían hecho las ocho y media, pero aún no había demasiada luz, ni ruidos en el interior. No llevaba llaves, no sabía ni dónde las tenía, no me acordé de cogerlas cuando salí de Vilassar. Aunque nuestra casa nunca se había cerrado, y por lo que comprobé, seguían las mismas costumbres.

Abrí el portón grande de la masía, entré en el recibidor previo y, girando el pomo de la puerta de cristal y madera, entré. La casa estaba completamente a oscuras, en silencio. Por inercia, sin ver nada, me dirigí a la ventana del salón, que estaba a mano izquierda, la abrí y la sala se iluminó. El sol aún no estaba muy alto, pero se intuía un día soleado de finales de verano.

Observé en silencio la estancia, mis ojos recorrieron todo el salón e intuí que mis hermanos estaban en la casa, había copas de *gin-tonic* sobre la mesa baja; delante de los sillones, unas zapatillas de hombre tiradas por el suelo, y los cojines y mantas revueltos por el sofá central, el grandísimo de cinco plazas en el que tantas siestas habíamos hecho.

Fui hacia la cocina con las copas en la mano para ponerlas en el lavavajillas, las buenas costumbres, le cuesta a una mucho olvidarlas. Me dio por pensar en mi nueva vida y en cómo seguía sirviendo a los demás; a mis clientes, en esta ocasión. Mi persona, mi carácter, era servicial, siempre lo había sido, no iba a cambiar ahora con casi cincuenta años.

La cocina estaba en peor situación que el salón, y no me apeteció poner tanto orden. Seguí abriendo las ventanas de toda la planta baja y me dirigí al sofá a esperar a que se despertaran y vinieran a mi encuentro mientras intentaba recomponer la situación y lo que nos depararía el día.

Yo era la que vivía más cerca de mamá, a unos cientos cincuenta kilómetros, pese a que estábamos en provincias distintas; ella, en Girona, y yo, en Barcelona. Nunca, en diez años, nos había acercamos la una a la otra. La verdad es que habían pasado demasiado deprisa, o eso me parecía a mí. O quizás es que habíamos olvidado quiénes éramos y a qué familia pertenecíamos, en nuestra saga todo era viable y posible.

Ella nunca insistió en que fuera a visitarla; de hecho, hablábamos muy poco por

teléfono. Y por supuesto, ella nunca hizo el gesto de venir a verme, tampoco lo esperaba ni se lo recriminé, prefería dejar las cosas como estaban; vivía más tranquila sin tener contacto con ella.

Habían sido unos años demasiado intensos, atrapada en una familia que nunca la sentí mía. Cuando mi padre murió, mi vida dio un vuelco y no quería quedarme allí, me salió un trabajo en Mallorca, en un hotel, vi la oportunidad de poner tierra de por medio y la aproveché. Salir de allí me dio las alas de crearme, sin tener la responsabilidad que yo misma me había impuesto y que había llegado a ahogarme.

Y aunque manteníamos el contacto telefónico con mi madre muy esporádicamente, yo sabía que ella estaba informada de mi vida por Violeta. Con ella hablaba cada mes; entre tía Violeta y yo siempre había existido una relación bonita, dulce, divertida. Yo era la única mujer, y entre nosotras había complicidad, confiaba en ella y me sentía cómoda a su lado.

Cuando ellas dos regresaban de sus viajes, mi madre se dedicaba en cuerpo y alma a mi padre, que estaba hundido en la miseria por sus abandonos y soñaba esperando su vuelta. Mamá siempre regresaba, eso lo sabíamos. Nunca nos abandonó del todo, aunque nunca estuvo y anduvimos demasiado solos toda nuestra infancia.

Mi padre tardaba en recuperarse un par de días de tal desolación, ella lo sabía y lo cuidaba como a un bebé enfermo. Mientras, él se dejaba hacer, era su castigo o su penitencia. Los demás lo observábamos en la distancia sin entender ni preguntar.

Los chicos, mis hermanos, fingían que no pasaba nada, continuaban con sus rutinas, jugaban con los juguetes nuevos que mamá nos traía siempre y miraban hacia otro lugar. No sé si por miedo, dolor o pena hacia mi padre, o simplemente, por no entender la clase de familia que nos había tocado.

Yo era la enana —así me llamaban cariñosamente mis hermanos—, pero también era mujer y veía lo que ellos no veían. No comprendía cómo mi madre nos podía hacer eso una y otra vez. No podía consentir ni ver cómo sufría mi padre, mi pobre y tonto padre, que no era nada sin ella. Entonces, siempre estaba Violeta, me calmaba, hablaba conmigo, me dedicaba tiempo, intentaba explicarme cuánto me quería mi madre, aunque yo no lo creyera.

Mi única obsesión era cuidar de mi padre cuando ellas no estaban. Me convertí en su perro guardián. Mientras mis hermanos jugaban a pelota en la calle o en el campo de delante de casa, o se subían a los árboles, cogían insectos y los diseccionaban, yo me pasaba las tardes sentada junto a mi papá. Menos los veranos en que muchas tardes las pasaba con Marisa y Beth.

Pensaba que mi padre me necesitaba y me sentía arropada también por él. Me recibía

con grandes abrazos, que yo soñaba tener, y me preguntaba cómo me había ido el día. Yo le contaba todo, mientras él, sentado, casi siempre en la barra del bar, mirando por la ventana hacia la calle, hacía ver que me escuchaba, pero ni tan solo me oía. Su mirada estaba perdida en el horizonte, donde terminaba el cielo.

Así transcurrían los días, uno detrás de otro, durante años, muchos años, toda mi infancia.

Mientras mamá y tía Violeta viajaban por el mundo, alegando que iban a buscar telas, muebles, objetos bonitos y originales para vender a su vuelta. Yo nunca los vi. A su vuelta nos explicaban historias interminables sobre la pérdida de la mercancía, pocas veces trajeron objetos comprados, solo los juguetes para nosotros. Y todos los presentes escuchaban embelesados sus cuentos de nunca acabar.

Nos explicaban mil y una historias; que se habían quedado retenidos en la aduana, que se los habían robado o que las habían estafado. Cuando se quedaban sin excusas nos decían que se habían quedado sin dinero... Pero nunca faltaron los regalos, que yo, al final, ni abría; no me interesaban lo más mínimo los obsequios exóticos que me pudieran traer. Se los acababa quedando Matilde para sus sobrinas. Y mientras mis hermanos sonreían embobados, adulando y amando a su madre, yo me sentía estafada una vez más. Me levantaba y me iba a mi habitación, me ponía los cascos y desconectaba de la fiesta familiar hasta quedarme dormida.

Cuando despertaba, siempre la primera, todos estaban acostados, y Violeta había regresado a su casa a dormir. De día siempre estaba en nuestra casona, pero a dormir volvía a su apartamento del centro del pueblo

Cuando mi padre murió, Violeta se trasladó a la casa de mis padres, nunca supe por qué, ya que se pasaba la mayor parte del tiempo en nuestra casa. Pero ya no estábamos nosotros ni papá y, según Matilde, se hacían compañía. Con Matilde mantuvimos el contacto, me llamaba por mi cumpleaños y para felicitarme la Navidad. Por ella supe que Violeta también se quedaba a dormir, y con el tiempo, intuimos que lo hacían juntas.

Oí ruidos, en el piso de arriba empezaba a haber movimiento. Me imaginé a mis hermanos levantándose; los visualizaba en la habitación que compartían de niños. Aquella noche no sabía cómo se habrían distribuido en las habitaciones; seguramente, Pol estaría durmiendo en la mía, sabía que yo había reservado en el hostal.

Sentía que entre mis hermanos y yo había una distancia demasiado evidente, en lo desconectados que estábamos entre los tres, casi no sabía nada de sus vidas. Me preguntaba si serían felices, si les gustaba la vida que llevaban, en cómo habrían evolucionado durante todos estos años. Si habían encontrado su lugar en el mundo.

Alfred vendría desde Berlín, de la Feria del Mueble, aunque hacía unos años que estaba

afincado en Milán, impulsado por su profesión y el deseo de saborear la moda, el arte, el estilismo, la elegancia... características que lo definían.

Era consultor de interiores de oficinas, había creado su propia asesoría de estilismo para grandes empresas, donde el dinero y el espacio no eran un problema, pero donde el tiempo para dedicarse a crear un lugar de trabajo confortable y cómodo para sus colaboradores era escaso. Y ahí entraba Alfred.

Cuando acabó la carrera de interiorismo y se especializó en grandes espacios, se trasladó a Italia con la ilusión de vivir, de saborear la vida de lujo de buen gusto, como él lo definía. Y para estar cerca de los materiales, sobre todo de las telas que le apasionaban y ver la creación de las mejores calidades, según él.

Alfred era divino, tenía una clase y un estilo que sobresalía entre todos nosotros, combinaba la elegancia y la modernidad de la mejor manera; primero, con sus ropas, y luego, con los espacios.

Los italianos supieron verlo rápidamente y lo valoraban y respetaban a partes iguales. Eso le abrió muchas puertas de las altas esferas y de las familias más conocidas y reputadas de la ciudad.

Vivió en Milán, Florencia y Roma, había hecho amistades en todos los lugares, introduciéndose en la aristocracia italiana. Una sociedad clásica, muy gay, pero con esmerada discreción, donde la lujuria estaba asegurada. Esa ciudad estaba llena de vividores, mucho dinero y demasiado tiempo libre. Y Alfred había encajado a la perfección en esa tela de araña. Divertido, vivo, alegre, original, creativo... era un regalo de persona y lo amaban.

Conoció a un *niño de papá* veneciano, hijo de una de las familias más adineradas de Italia. Provenían de las dinastías italianas de la Florencia antigua; el legado familiar de Filippo sumaba seiscientos años, una burguesía modernizada.

Vivieron una temporada en Roma, donde el padre de Filippo tenía la mayor parte de sus empresas, era el único que trabajaba de aquella estirpe. Filippo, sus hermanas, su madre y, posteriormente, su madrastra gastaba la fortuna familiar que el padre iba manteniendo a flote. Fiestas, eventos, compras, miniviajes... Alfred fue muy bien recibido y lo adoptaron en su familia como a uno más. Él estaba encantado y se dejó querer mientras no le quisieron cortar las alas.

Y aunque en su momento le vino bien, le abrió un mundo desconocido, divirtiéndose a lo grande y siendo la pareja del momento, Alfred quería volar, crearse a sí mismo y construir una marca personal a lo ancho y largo de este mundo, que para él no existían las fronteras. Era ambicioso, vivo, inteligente, empático y muy dulce.

Ese estilo de vida lo cansó, el carácter celoso y posesivo que tenía Filippo y la *dolce*

vita lo asfixiaron. Pero él se había criado entre libertad y sin limitaciones, en el campo, como torbellinos sueltos, descubriéndonos a nosotros mismos y limando nuestras asperezas. Nuestra educación fue extremadamente permisiva, casi sin normas, y nos fuimos forjando a nuestra manera, creciendo y construyéndonos a nosotros mismos. Con una vigilancia cercana, unos cuidados básicos, pero sin un acompañamiento. Mis hermanos salieron muy independientes, no les había quedado otra, yo necesitaba más contacto y creé esa dependencia hacia mi padre.

Alfred siempre supo que era diferente, todos lo sabíamos, aunque jamás le dimos la menor importancia. Nunca sufrimos por él, pero quizás él sí sufrió su descubrimiento y sus gustos sexuales, que lo turbaron durante una temporada. Sus dudas, su incertidumbre, sintiéndose diferente al resto, en un pueblo tan pequeño como era el nuestro...

Mi madre lo arropó más que a Pol y que a mí, lo acompañó hasta verlo aceptarse con amor y tolerancia hacia sí mismo. Él tenía una manera de amar distinta a la mayoría, eso lo hacía especial y muy diferente, no inferior. Oí muchas veces que mi madre le repetía esa frase una y otra vez. Él, al final, la creyó y se desarrolló empoderando esa diferencia hacia el arte, la moda, la decoración, la belleza visual.

Además, su belleza era muy evidente, media metro ochenta y dos, ojos negros, pelo ondulado y castaño, y una sonrisa que ocupaba gran parte de su cara.

Había aprendido a aceptarse y ahora adoraba su manera de ser, sus preferencias sexuales, sus diferencias, sus cambios de humor, su grandísima sensibilidad y a veces susceptibilidad, pero se amaba y lo demostraba constantemente con sus puestas en escena, con su arte y con la moda, que en muchos casos creaba tendencia. A sus cincuenta y uno años era un divo todavía.

Pol era el primogénito, tenía cincuenta y cuatro años, sin embargo, sin haberlo visto en diez años, estaba convencida de que parecería físicamente mayor. Siempre lo pareció. Era serio, taciturno, siempre en sus pensamientos, con la cabeza gacha, como triste. Cuando nos enfadábamos, siempre le decíamos que estaba amargado. Y sí, lo parecía.

Él tuvo que ver situaciones en casa que no debía de comprender, en su época de niñez, donde no sabría a qué acogerse. Tiene un coeficiente de ciento treinta y sus elucubraciones, sus lógicas y sus preguntas quedaban sin respuesta, porque eran muy avanzadas para su edad.

Mi madre dio por hecho que era superdotado y que no necesitaba ser aleccionado, que él solo se descubriría. Eso hizo que se recluyera en sí mismo y se convirtiera en un niño solitario y silencioso, rodeado siempre de libros. Nunca sacó partido a su belleza, que era extrema, ojos azules, rubio, también altísimo, era el que más se parecía a papá, aunque en dorado.

Entró en la universidad un año antes de lo previsto y acabó la ingeniería industrial un año antes también. A eso hay que sumarle que ya era un adulto en miniatura con catorce años y que tuvo que irse a vivir a la ciudad, porque nosotros vivíamos en el campo, en un pueblo de siete mil habitantes. El voló, o huyó, de lo que no entendía y su cerebro necesitaba procesar. Se fue y nunca más volvió.

Cuando acabó la carrera, le concedieron una beca para ir a EE.UU. y especializarse en una rama industrial. Se lo propusieron, aun con miedo de una negativa por parte de los padres, por lo joven que era, pero, por supuesto, lo dejaron marchar. Mis padres le preguntaron a él y ante la afirmación ferviente de sus deseos, no hubo más discusión... Voló el primero.

Sin pestañear, aceptó, para sorpresa de todos ellos; nosotros no tuvimos dudas de que se iría, era el más despegado de todos, y así es como le perdimos la pista. Para Navidad enviaba postales y, si cambiaba de ubicación, ciudad o temporalmente de país, que lo hizo en varias ocasiones (Dubái, Israel y Canadá), nos informaba debidamente, como quien envía un informe de situación.

Siempre había sido muy correcto y respetuoso, así que sus postales seguían su estilo.

Familia,

Deseo que estéis todos bien, sobre todo vosotros, papá y mamá, que tengáis salud y os encontréis bien.

Yo estoy en un nuevo proyecto y me va todo bien.

Adjunto mis nuevos datos postales.

Un abrazo para todos, padres y hermanos.

Estaba soltero, sin familia ni hijos, seguía siendo un ser solitario, casado con su cerebro y su trabajo. Estuvo viviendo en Australia, Canadá y hacía unos años que estaba en New York, donde, según decía, era donde quería quedarse. Nunca he creído que haya sido un ápice feliz. Aunque quizás esa es su finalidad, dejar una huella científica más que humana.

La denuncia

Paola

Aquella mañana me levanté muy inquieta, estaba nerviosa, como angustiada. Tenía un runrún en el estómago que no me gustaba nada. Lo achaqué al cansancio de los últimos días, por el aumento de trabajo al no estar África por el café; mi nivel de estrés había aumentado considerablemente, el trabajo se había multiplicado y la preocupación por África también sumaba.

Aquella noche había descansado bien. En cuanto cerré el bar, hice caja, recogí un poco, cargué neveras y pensé que a la mañana siguiente ya limpiaría... No podía con mi alma, estaba cansadísima.

A media mañana tuve una corazonada, de golpe, incluso llegué a sentir la punzada entre el corazón y el estómago. Tuve un mal presentimiento y fui a mirar el móvil, África seguía sin dar señales de vida.

Empecé a hablar conmigo misma, muchas veces lo hago, y la verdad es que acababa llegando a buenas conclusiones, era como hablar con una amiga, te conoces lo suficiente como para saber qué vas a decir, aunque sabes de sobra que todo está dentro de tu cabeza. Pero da buenos resultados.

«Dos días es demasiado tiempo para no haber podido dar señales, un simple mensaje, una llamada. ¡Algo!».

«Le ha pasado alguna cosa. No es propio de ella ser tan poco considerada con las personas».

«¿Cómo va a dejar su negocio, en las manos de Dios? Sí, sé que confía en mí, pero ¿tanto? ¿Sin explicación alguna? ¿Sin directriz de ningún tipo?».

«Ésta tarde, al cerrar, me acercaré a comisaria, no sé si hacer denuncia de desaparición, pero al menos informarme de cómo debo actuar».

«Ellos me tranquilizarán, y seguro que me quitan los pájaros de la cabeza».

«Qué tonterías, Paola, qué le va a pasar a una mujer de vida como África. Cómo nos vamos a reír cuando vuelva y le explique todos mis pensamientos».

«Me dirá, ya la oigo: ¡Mira que tienes imaginación, ¡qué iba a pasarme, mujer!».

«Si es que la oigo».

Seguí con lo que estaba haciendo, que eran los cafés de la mesa once, y dos bocatas —uno vegetal y uno mini del día— para la mesa tres. Y me dije a mí misma que tenía que animarme y que no pasaba nada, seguro que todo estaba bien. No me quedé muy

convencida, pero seguí con mi trabajo, aunque no me la saqué de la cabeza en todo el día. No era solo mi jefa, también era mi amiga; mi mejor amiga, de hecho.

Pasó el día volando, sola y con todo el trabajo que hubo, sobre todo, a mediodía, no me enteré y el día estaba a punto de acabar, me planté al final de la tarde.

Aquel día, además, se había levantado nublado, a primera hora de la tarde habían caído cuatro gotas, que hizo que muchos clientes que hacían su paseílllo por las tardes se quedaran en casa.

La tarde fue mucho más tranquila que los dos días anteriores, pude ir recogiendo, limpiando a zonas y avanzando alguna cosa en la cocina para el día siguiente. Pelé las cebollas, ajos y pimientos, dejándolos listos para hacer el gazpacho de la comida para los clientes. Cerré las ventanas, la puerta del jardín, subí la caja al despacho de arriba y guardé la caja con el efectivo.

Busqué las llaves de la moto y recé para que no se pusiera a llover a medio camino o a la vuelta. El día no prestaba a tenerle demasiada confianza, y tenía miedo de que me atrapara una de esas lluvias torrenciales de verano, el cielo se estaba poniendo muy negro por una parte y las nubes corrían muy bajas.

No tenía mucha práctica aún con esa moto. Fue un capricho que deseaba hacia años, y en este pueblecito era ideal moverse con ella.

Me dirigí a la comisaria de los Mossos d'Esquadra, la más cercana estaba en la ciudad de Mataró, a unos diez kilómetros. Nunca había ido y no tenía ni idea de dónde podía estar. Lo busqué en Google Maps y vi que había dos, me dirigí a la que me quedaba más cerca.

Era un edificio grande, moderno, diría que construido no hacía muchos años. Para entrar tenía que apretar un botón, y como no hacía ruido, ir tirando de la puerta. Después de hacer un poco el ridículo, empujando la puerta hacia delante y hacia mí, por fin se abrió. Pensé que, si me estaban viendo por las cámaras, los policías se estarían riendo de mi costa con la escenita. Una, a la que sale de su pueblo, se pierde en un círculo.

Me dirigí al mostrador, era largo y todo de cristal, como cinco metros, y una mujer policía me miraba con cara amable. Retiró un poco, menos de un palmo, uno de los cristales y me preguntó que quería.

—Hola, buenas noches.

—Buenas noches, dígame.

—Vengo a poner... Bueno, no sé, quizás no será necesario, ustedes me dirán.

—¿Sobre qué? —me respondió la agente.

—Sí, sí, perdón, es que estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado alguna cosa? Cuénteme.

Estaban muy acostumbrados a ver caras de miedo, rabia, susto, mentira... debían de ser unos grandes expertos en psicología, que casi sin hablar podían averiguar qué sucedía, pensé para mis adentros.

Le expliqué todo, un poco atropellado, sin mucho sentido, pero como pude, lo que había sucedido y lo que creía que no era normal.

Me dijeron que esperase, señalándome la sala donde podía hacerlo, muy grande, muchas sillas, como para sentar a unas cincuenta personas. Pensé que aquello casi parecía una sala de conferencias.

Había mucha gente, de todo tipo, varios extranjeros. Mataró tenía playa y, si los turistas se habían relajado demasiado, los listos de los ladrones aprovechaban para dejarlos en paños menores, en algún caso, literal.

Empecé a observar a todos los que estábamos allí y me parecieron todas personas muy variopintas. Las denuncias se podían hacer por infinidad de cosas, claro; no solo robos y desapariciones, y empecé a imaginar las situaciones de cada uno de mis compañeros en esa sala de espera. Menos mal que no era una celda.

Empecé a hacer volar mi imaginación con aquellas tres chicas extranjeras, tan jóvenes y que ahora parecía que no tenían el pasaporte para poder regresar a su país, se lo habían robado todo.

Una mamá con un bebé, que no fui capaz de imaginar las horas que podía hacer aquella chica arreglada como si fuera a salir, con tacones de diez centímetros, relajada y hablando con el móvil a la espera de que la llamaran.

Finalmente topé mi atención en dos chicas, una de ellas pasaba de los cuarenta y la otra rozaba los cincuenta. Estaban entre enfadadas, cansadas y confusas. El día anterior ya habían venido a denunciar un robo. Según dijo una, había dejado un momento las llaves en la moto y cuando se giró ya se la habían robado.

Al llegar a casa, después de hacer la denuncia y con lo *rápido* que es el trámite, una media de tres horas, le habían entrado a robar en su propia casa. Se ve que no solo dejó las llaves puestas en la moto, sino que también el bolso. Le habían robado toda la tecnología, televisión, portátiles, cámaras de fotos... Y para rematar, dentro del bolso llevaba las llaves de su coche que estaba aparcado delante de su casa. Y sí, también se llevaron el coche.

Era fuertísimo, parecía surrealista una situación de tanta mala suerte seguida, la chica no entraba en razón, estaba como ida. Solo sabía decir:

—¿Qué hago yo ahora? ¿Qué hago? Me lo han quitado todo. Es que me lo cuentan y no me lo creo. ¿Cómo es posible?

Tenía miedo de volver a su casa; normal, yo también lo tendría, estaría acojonada,

vamos. La realidad supera la ficción.

Me sentía un poco fuera de lugar ante tanta desgracia y yo preocupada por mi amiga, que seguro no le había pasado nada de nada y cuando me lo contara nos echaríamos a reír sin parar.

¿O sí? Pasaban cosas tan extrañas que mi cerebro se activó y despertaron al monstruo de los miedos y empecé a imaginar barbaridades, casi entrando en paranoia.

Por fin me tocó, me hicieron entrar en una sala donde había unas oficinas llenas de mesas de trabajo con distancia suficiente entre unas y otras para que no se oyeran las conversaciones entre unos y otros. En dos de ellas estaban sentados los policías tomando declaraciones a sus visitantes, las otras estaban vacías. Claro que iban lentos, si allí dentro había muy pocos policías, la de la entrada y esos dos, no se veía a nadie más.

Me empezaron a tomar declaración, un montón de datos, preguntas, relación con la desaparecida... Y concluyó que en breve recibiría noticias de África, no era el *modus operandi* de las desapariciones.

Me tranquilizó, me envió a casa y me dijo que, si en dos días no había dado señales de ningún tipo, volviera, pero que no me preocupara, que en pocas horas sabría alguna cosa.

La verdad es que lo creí y me fui un poco más tranquila, salí de allí cansada, era muy tarde, pero mi desazón ya no me pesaba tanto. Decidí ir a dar una vuelta por la playa, observar la noche y relajarme un poco. Fue un paseo agradable, que desde la moto y con esa temperatura de final de verano se agradecía, esa brisa marina, dulce y salada que lo envolvía todo

No paré la moto, hice el paseo lentamente, observando los chiringuitos de playa, con gente tomando los últimos mojitos de la temporada, y me fui hacia casa, mañana el día debía continuar.

En caída libre.

En el café todo andaba

El día siguiente no fue muy diferente, todo el mundo preguntaba por África y yo ya, desde el día anterior, había empezado a inventar una excusa para no preocupar a los clientes y para sacarme de encima los comentarios y preguntas que seguro venían a continuación.

—Preciosa, ¿cuándo vuelve África? Vas a tope —añadió Toni a su «buenos días».

—Pronto, muy pronto ya volverá a estar por aquí. Pero ¿tienes tú queja de algo? —respondí con un guiño de ojo y dándole un culazo al salir de la barra para servir la mesa que tenía enfrente y me había pedido el desayuno.

—Que voy a tener queja yo de ti, que eres la alegría de la cafetería, de la calle y el pueblo entero —me contestó.

—¡Si es que no hay cosa más bonita que este hombre, madre! —le dije, mientras volvía a entrar en la barra para servirle.

Llevaba dos días sola para todo el bar, desayunos, servicio de barra, mesas y comidas. Tuve que buscarle una salida, porque era absolutamente imposible hacerlo todo sola, así que creé un nuevo formato, temporal y sin opción. Era imposible servir barra, mesas y cocinar a la vez.

Lo expuse a los clientes habituales, cada vez que venían y como siempre pedían sus costumbres, sus caprichitos. África los tenía muy mimados y habituados a sus gustos personales, pero todos y cada uno de ellos lo aceptaron sin rechistar. Si es que aquello era una gran familia más que un bar.

Propuse servirles a todos desde la barra, no podía salir a servir las mesas, así que los clientes me cantaban lo que querían; muchos, incluso antes de sentarse, y yo, cuando lo tenía preparado, los llamaba por sus nombres.

La comida fue un poco más complicada, tenía que abandonar la barra sí o sí, así que, mientras no volviera África, solo podía hacer bocadillos y ensaladas, no podría hacer plancha, ni el menú diario. Era imposible que pudiera partirme en dos.

Todo el mundo aceptó sin problemas, y el que venía de nuevo, como no sabía qué se servía en El Café de África con anterioridad, pues le parecía perfecto, porque la alegría, la armonía y la simpatía no se habían alterado, aquello era la marca de la casa, el buen rollo y muchas sonrisas.

Era el tercer día que no sabía nada de África, le había enviado tantos mensajes que había perdido la cuenta, y aunque estaba francamente preocupada, empecé a entender

que si no había cerrado la cafetería y me había dejado a mí al mando, era porque sin duda iba a volver y alguna explicación lógica para todo aquello me daría. Todo se aclararía y nuestras vidas volverían a la normalidad.

Todo funcionaba bien, y aunque los clientes no se quejaban, esto no podía continuar muchos días más. Teníamos muy bien acostumbrados a nuestros «niños», como los llamaba cariñosamente África, y aunque nos apreciaban, venían a alimentarse y a por unos productos que ahora brillaban por su ausencia.

Yo intentaba mimarlos todo lo que podía, y ya que casi solo les servía bocadillos, los adornaba con los caprichitos que ya sabía que le gustaba a cada uno. A Toni le acompañaba los bocadillos vegetales con unas aceitunas, que sabía que le entusiasmaban. A Lina, la divorciada liberada, le ponía las pipas y sésamo en todas las ensaladas, que dos días a la semana me pedía, y su canela en el cortado de después.

Al matrimonio perfecto, con empresa propia y todos los días enganchados como dos siameses, Emma y Dani, les pirraba el queso, así que se lo ponía en el bocadillo de él y la ensalada de ella en dosis industriales. Y a María, la dueña de una empresa de cosméticos naturales que había en el polígono industrial del pueblo, que se estaba montando en el dólar, su leche de soja con su chocolatina y sacarina. Estas combinaciones incomprensibles que se nos antojan a partir de cierta edad.

Estos eran los clientes fijos que venían sino a diario, casi, y que me atrevería a decir que ya se había formado cierta amistad.

La verdad es que hablaban más con África, sobre todo María y Toni, ella se sentaba con ellos y, muchas veces, si la afluencia de clientes lo permitía, se tiraban un buen rato divagando y conversando, en lo que parecían conversaciones profundas y confesiones. De esas que cuando uno habla, el otro escucha atentamente. Sus conversaciones eran reflexivas, pausadas.

Mis divagaciones pocas veces coincidían con la verdad, era mi propia imaginación que concluía lo que le ocurría a cada uno de ellos. África nunca me contaba las confesiones de sus clientes-amigos, pero sí que, a veces, había soltado algún comentario, y con él me había dado cuenta de que mis conclusiones no se acercaban ni de lejos a la realidad de nuestros clientes.

Recuerdo una vez en que Toni le estaba hablando con cara de frustración, como de derrotado, y yo intuí que había tenido algún problema laboral. Él trabajaba en el banco de la esquina, hacía veintidós años, y aunque no hubiera prosperado demasiado, porque no lo habían promocionado, cosa rara en los bancos, ahora era asistente al cliente, ya no estaba de cajero como se pasó muchísimos años de su carrera profesional; pero no tenía responsabilidades, ni había llegado a subdirector, como muchos de sus compañeros,

algunos, ya eran hasta directores de sucursal.

Pensé que había recibido una bronca monumental o que había hecho algo irreparable de lo que se culpabilizaba. Y me dio pena verlo tan afectado. Era muy buena persona, siempre tenía una palabra amable, era simpático y bromista.

Estaba casado hacía muchos años, no sé cuántos, pero tenía una hija de doce años y un niño de diez. Su mujer hacía unos años que no trabajaba, y yo y mis cavilaciones, decidí que era porque se quedaba en casa para cuidar de los niños y de sus vidas sociales y extraescolares, esas que llevan hoy en día los infantes.

Aquel mismo día, cuando Toni volvió a su oficina después de desayunar, África se quedó pensativa, sin decir nada, pero paró su actividad, ausentada de su realidad, con una mano en la barra y la otra en el fregadero, mientras el agua corría y ella la observaba sin actuar.

—África, que en el país que lleva tu nombre están escasos de agua; si no vas a utilizarla, párala, mujer, que nos hará falta para las plantas del jardín. —Reí mientras le dejaba esa parrafada.

—Ay, sí, perdona, estoy empanada.

—Toni te ha dejado un poco traspuesta.

—Sí, sin duda. Tener un enfermo mental en casa ha de ser horrible.

No contesté, porque me quedé impresionada. ¿Qué enfermo tendría en casa y qué enfermedad mental?

No pregunté, si ella no me había dicho más era porque daba por hecho que yo lo sabía, o que era demasiado privado como para compartirlo.

De una cosa estaba segura, de lo que parecían las cosas a lo que eran había un largo camino que las separaba, y en algún punto se volverían a unir. Qué cosas tiene la vida, que por mucho que te imagines cómo es la de los demás, lo diferentes que acaban siendo las vidas ajenas. Esos espejos ficticios y esas máscaras que llevamos tan bien puestas.

Las personas tenemos una vida interior que poco tiene que ver con lo que demostramos, y que, en espacio común, el que compartimos con los demás, nos relajamos más o menos, dejando ver a quienes tenemos delante aquello que nos conviene. No por interés, muchas veces, por protegernos, por miedo, por inseguridad, por lo que pensarán de nosotros.

Siempre ese pavor a no ser aceptados, a que no nos quieran, a intentar pertenecer a la comunidad. Comportamientos humanos, lícitos y atenuantes que nos hacen andar hacia un lugar o hacia otro, y en el que tenemos que ir escogiendo caminos para seguir avanzando.

Algunos llevan unas vidas más encorsetadas que otras, depende de lo que quieran

exponer o esconder bajo la careta de esta gran obra maestra: la vida. Y de la educación que hayamos recibido; las creencias pesan mucho y la religión es una losa que sobrellevar.

El día continuaba, y de África no había ni rastro. Decidí centrarme en el trabajo e intentar darle las menos vueltas posibles, porque todos los pensamientos que me venían a la cabeza eran catastróficos.

Había alguna explicación para este destierro de ella, estaba segura. No era su *modus operandi*, como me habían dicho en comisaría. Ella no desaparecía sin una razón, que ya sabría en su momento. No sabía mucho de ella, pero intuía que África no había tenido una vida fácil y que era una mujer que se había creado a sí misma y, en Vilassar de Mar, había encontrado un hogar, un trabajo y una familia escogida que ella misma había ido forjando y había llegado a construir. No se iría de aquí sin mirar atrás, de eso estaba segura.

Y como si los astros se hubieran alineado, mientras yo limpiaba las ollas del mediodía en la cocina, cuando el café estaba en estado de relajación en las últimas horas de la tarde, sonó mi móvil y, en el WhatsApp, allí estaba ella.

«Corazón, siento muchísimo haberme ido tan de volada y sin darte una explicación, espero puedas perdonarme.

He tenido un susto familiar urgente, nada grave, pero que precisaba de mi presencia. No te preocupes por nada, en unos días estaré allí y te contaré.

Sé que nuestro café no notará mi ausencia si tú estás en él, y no tengo ninguna duda de que habrás podido servir a nuestros queridos clientes sin problema.

Debes de estar agotada, te lo compensaré.

Muchas gracias, te adoro».

Ahí estaba ella, tan misteriosa como siempre, y tan amable y atenta a la vez. Seguía sin entender por qué ese mismo mensaje no me lo había enviado cuarenta y ocho horas antes, pero estaba bien, mi chica estaba bien, y las familias a veces tienen esas cosas, que se ha de correr y estar. Y ahora le había tocado a ella.

Estaba bien, no le había ocurrido ninguna de las barbaridades que se me habían pasado por la cabeza, y había dicho «en unos días», no en semanas, meses o un adiós. En nada volvería a estar en el bar y, con solo mirarla, sabría más.

¡Y yo que había ido a denunciar su desaparición! Esperaba que no se enfadase, pero es que estaba muy preocupada, ahora me parecía hasta cómico. Aunque me fue bien ir a

comisaria, me tranquilizaron, no me tomaron como a una loca, aunque tampoco me tomaron demasiado en serio. Se debían de encontrar con tantas barbaridades... y yo allí con que mi amiga llevaba dos días sin enviar un mensaje, ¡madre mía!

Me puse las pilas, me tranquilicé, una alegría empezó a recorrer mi cuerpo y mi energía se activó. Debía mantener el café en su nivel de calidad, que África quedara sorprendida al volver, que los clientes estuvieran encantados, e intentar que no se notara que sus manos no estaban en los fogones, ni su sonrisa, ni su carisma. Por supuesto que lo notaban, pero teníamos a unos clientes que valían un imperio y comprendieron la situación poniéndomelo muy fácil.

Mi familia

Mientras oía cómo se iban levantando en el piso de arriba, mi cerebro seguía divagando. Llevaba unos días que mi vida estaba pasando ante mí como una película. Me venían a la mente anécdotas, situaciones, conversaciones. Iba recorriendo la línea del tiempo de mi vida de un lado a otro, sin orden ni concierto.

Estaba en la casa de mis abuelos, aquí nació y creció mi padre, y allí estábamos todos otra vez, menos él. En un pueblecito del interior de Girona, donde vivió toda su infancia. Conoció a mi madre en Barcelona, mientras estudiaban los dos en la universidad, aunque en carreras distintas; se enamoraron, se casaron y con los años nacimos nosotros. Todo en esta casa. Aquí también murió él y, al parecer, aquí también acabaría sus últimos días mi madre.

Todos volvíamos a estar allí reunidos. No me atrevía a subir al dormitorio de mi madre. La última vez que estuve, mi padre estaba en él y ahora... no sé, era todo muy raro. No estaba preparada para todo aquello. Me planteé irme. Y me respondí con una negativa tajante. «No, África, no puedes irte a ningún sitio, este es tu lugar hoy». Y me autoconvencí.

No me había movido del salón, seguía oyendo ruidos en el piso de arriba, pero a mí no me habían oído. No sé si esa era mi intención, pero había llegado tan temprano y tan sigilosamente que me sentía un poco una espía en mi propia casa.

Estaba perdida, sin rumbo, abstraída en mis pensamientos, que no cesaban en mi cabeza. Sin orden, sin salida, sabiendo que todo estaba por llegar, y que se reproducirían en muchos cambios.

La verdad, no sabía si me lo había buscado yo, o que la vida estaba picando a mi puerta como resultado de no haber solucionado mis temas familiares pendientes. Hay quien diría que eran los resquicios de, incluso, vidas anteriores.

Había estado diez años escondida, intentando rehacer mi vida, haciendo el bien, creando un mundo a mi alrededor que me hiciera sentir tranquila y en paz conmigo misma. Sin deber nada a nadie, que eso pesaba demasiado. Y convenciéndome de que eso era la vida adulta, que yo era una mujer madura, que me había forjado mi propio camino.

Qué equivocados estamos cuando creemos controlarlo todo y lo que hacemos es escondernos, para no enfrentarnos a la verdad, no a la nuestra, a la real.

Me había explotado en la cara todo, sentía que mi vida se estaba rompiendo en pedazos y que debía reconstruirla de nuevo, no tenía fuerzas para lidiar con todo aquello. Yo quería a mi familia pero no me apetecía verla, no lo necesitaba. Me había alejado conscientemente y la tenía controlada en ese lugar, desde hacía una década.

Mamá quería hablar con nosotros, había dicho Violeta, y todos habíamos volado hacia allí como los retoños a su madriguera, desde varias partes del mundo, para venir a escuchar lo que quería contarnos. Si lo pensaba detenidamente, no tenía ningún sentido. A no ser que mamá se estuviera muriendo; no podía ser otra cosa.

¿Sería que necesitábamos volver de alguna manera a nuestras raíces? Sorprendentemente, para mí, sí. Habíamos aparcado nuestras vidas y allí estábamos. Alfred había venido desde *su* Italia, como él la llama, y Pol, de él, mi sorpresa era mayor todavía. Había dejado a *su* New York amada y también había venido. ¿Qué les habría contado Violeta?

Yo necesitaba volver al hostel, a mis cuatro paredes al margen del mundo, no estaba preparada para aquello, necesitaba adaptarme unos días más al pueblo y prepararme para verlos a todos. Iba divagando sentada en el sofá, con la mirada al frente, delante de la chimenea y mirando las fotos que allí seguían alineadas como antaño, mientras me decía:

«No, África, no puedes ir a ningún sitio, no te comportes como una niña. Ya volverás tu refugio temporal, para cuando esto acabe. Ahora tu lugar es aquí».

Todo se me hacía insoportable, me ahogaba entre esos cojines que tanto reconocía.

Seguía haciéndome preguntas... «¿Y si no quiero escuchar la confesión de mamá?». Podía escoger si quería tener aquella información o no. Mucho sospechaba que no; porque si algo estaba claro es que iba a haber una confesión, y seguramente algunas sorpresas. Con ella todo es así.

«Madre mía, ¿qué nos espera hoy? ¿Qué debe de estar pasando? ¿Alguien muere? ¿Alguien está muy enfermo? ¿La familia está arruinada?».

Nacimientos, bodas y comuniones... seguro que no. Para eso ni nos hubieran llamado, y menos con tanta urgencia. Era algo mayor, no sabía si grave o no, pero lo que tenía claro era que era algo grande, muy importante para ella.

La muerte

La muerte siempre ha dado miedo, poco se ha habla de lo que es. Nadie sabe a ciencia cierta qué es. Nadie ha vuelto para explicarlo. Y los que han estado entre la vida y la muerte han estado solo un rato, unos minutos. Al volver, hablan de ese túnel oscuro o, por el contrario, de esa luz clara, luminosa, enorme y placentera. ¿A quién crees? Cada versión es antagónica a la otra. En una es negro, oscuridad y casi tiniebla. En la otra es paz, relax y amor.

Cuando alguien muy cercano a ti muere, las emociones que experimentas son muy dispares, depende de a quién afecte y de cómo seas tú. Todo y conocerte, muchas veces, te puedes sorprender de tus propias reacciones. Algunas personas no reaccionan como se espera de ellas. Y no es que no sientan, sino que su cuerpo siente distinto. El dolor no siempre tiene que ir acompañado de demostraciones emocionales, como llanto, tristeza, melancolía, abatimiento...

Hay personas que se quedan en un estado de medio *shock*, porque son capaces de estar presentes, ayudar con las gestiones e incluso de consolar a los más desolados, aparentemente. Ser demostrativo o muy visible no es sinónimo de sentir más, ni de sufrir menos.

También es verdad que hay personas que, por las circunstancias de vida, han visto demasiadas muertes y eso acaba curtiendo la piel. Podría decirse que están más acostumbrados y pueden ponerse en versión monomando, siempre en la misma posición de voz y de intensidad. Un poco impasibles, intentando pasar desapercibidos. Yo no, no recuerdo haber ido ni a los entierros de mis abuelos, tampoco de mis tíos, al único al que he ido ha sido al de mi padre. Nunca he querido asistir a más, me afectan demasiado y me escurro con excusas para no acercarme a esas ceremonias, que tampoco comprendo.

Hay personas que se obligan a experimentar o a forzar el dolor agudo. Es lo que han visto hacer y saben cómo se hace. Exageran la emoción para poder hacer comunidad y que todos los presentes puedan ver lo afligidos y afectados que están. Nunca he entendido por qué de una muerte se ha de hacer una reunión social y por qué nos tenemos que reunir para despedirle. Que cada uno lo despida en su casa, a su manera. ¿Por qué hemos de demostrar ante la sociedad la angustia o el desconsuelo? Es algo demasiado íntimo y muy doloroso para tener que pasar por esa absurdez.

Como decía la canción, «la vida es puro teatro». Y sí, creo que lo es hasta el día de nuestra muerte.

¿Por qué? Porque a los humanos nos gusta sentirnos parte de algo, de un conjunto, es importante la aceptación y la aprobación de nuestros allegados, y con ellos, nuestro imperio emocional.

Vilassar de Mar

Cuando llegué al Maresme, me enamoré de todos esos pueblecitos, unos pegados a otros, donde no se sabía dónde acababa uno y empezaba el otro. Lugares en colores azules, naranjas y blancos, olor a mar, sal y muchas flores. Me conquistaron también sus gentes, muchos vecinos mayores que venían a pasar sus últimos años de vida en tranquilidad, con ese trato familiar que los caracteriza y todas esas miradas curiosas cuando eras la novedad.

Yo tenía pleno convencimiento de que lo que necesitaba era tranquilidad, pasar desapercibida y sentirme en un ambiente agradable y sin grandes sorpresas. Me autoconvencí de que aquel era mi lugar. De los cinco pueblos que visité, el último fue Vilassar de Mar y me robó el corazón. Sobre todo, cuando saliendo del municipio, dirigiéndome al coche de alquiler que por entonces llevaba, vi una casa un poco aislada, cerrada y, aunque no estaba muy derruida, se notaba que allí no había vivido nadie en tiempo.

Me volví hacia atrás y me acerqué al bar donde había estado repasando en mis papeles y anotaciones los posibles locales, las posibilidades de ese entorno, tanto para trabajar como para vivir, y en el mejor de los casos, intentar montar mi propio negocio. Soñaba con tener mi propia cafetería-tetería.

Esa era más una ilusión, una fantasía, que no parecía imposible de cumplir. Y, de momento, los astros se estaban alineando hacia mí, porque ese lugar me iluminó. Me acerqué a esa casita que hacía esquina y que parecía al resquicio del pueblo.

Esa idea siempre estuvo en mi cabeza, desde que empecé a buscar un lugar donde construir mi hogar, sin descartar la posibilidad de trabajar para otros, si las condiciones no me comprometían demasiado. Buscaba libertad, necesitaba ser dueña de mí misma por una vez, anhelaba construir cimientos a mi alrededor.

Fue una visión, me vi dentro de esa casa de rejas oxidadas y entrada con un pequeño patio, y lo imaginé lleno de flores. Había estado viendo muchas petunias y buganvillas por esa zona, muchos de los balcones de las casas las tenían colgando de sus maceteros y parecían postales. Los olores que desprendían me embriagaban la lucidez. Me hice una promesa, algún día tendría una casa llena de esas flores, y en su mayoría en tres colores, lilas, violetas y blancas; esos serían los colores que me acompañarían los próximos años, fue una ilusión y una visión que conservé en mi retina.

Volví al bar, donde un señor mayor muy amable y curioso, después de hacerme muchas preguntas, de las cuales ni yo misma tenía respuesta...

«¿Por cuánto tiempo tienes pensado quedarte? ¿Qué buscas? Tengo un sobrino que tiene un bar. Mi hermana alquilaba un piso. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?», y continuó, pero desconecté.

El señor era nacido y vecino de Vilassar y conocía todos los recovecos de ese maravilloso lugar. Me contó que esa casa estaba cerrada hacía siete años, que los señores Porterons habían habitado allí desde que se casaron, hacia los años cuarenta, pero que habían muerto los dos; primero, él, y al cabo de poco y de tristeza, fue ella a su encuentro.

Durante un tiempo estuvo viviendo uno de sus nietos, que era profesor de surf y que en verano se instalaba en la casa pero que en invierno desaparecía. Y que ahora hacía años que ya no venía nadie por allí.

Le pregunté si habría alguna posibilidad de contactar con ellos, de conseguir algún teléfono. Me dijo que esa información me la podrían dar en el Ayuntamiento o, incluso, Antón, el policía más mayor del pueblo, a punto de jubilarse, pero que conocía a todo el mundo.

Me indicó dónde encontrarlos y allí que me fui.

Mi amor tóxico

Mi obsesión por construir algo mío, por vivir con tranquilidad y de manera muy discreta venía dada por la rotura de la que vine huyendo hacía unos meses, cuando regresé de Ibiza.

Estando en Mallorca, me salió una oportunidad para trabajar en un hotel gran lujo en Ibiza, siendo la responsable de la zona *Spa* de dicho hotel. Era una buena ocasión de volver a la isla de la cual guardaba muy buenos recuerdos. La conocí en la niñez, cuando pasamos un par de vacaciones con mis padres, y también de una escapada con una amiga, Lucía, que era nacida en Ibiza y me enseñó los recovecos de esa maravillosa isla. Así que, de alguna manera, no iba a ciegas, reconocía el lugar.

Acepté el trabajo y me trasladé a una de las Islas Pitiusas, no había nada que me atara, y mi padre, que era el único que me podía hacer tambalear, había muerto recientemente.

Con Lucía nos habíamos conocido hacia años en un retiro de yoga que compartimos cuando yo aún vivía en Girona. Allí conocí a personas muy interesantes y entre ellas a Lucía. Ella era ibicenca, pero su inquietud y sus fantasmas la hicieron partir hacia Barcelona, donde vivía por aquel entonces.

Después de aquel primer encuentro, hubo muchos más, por cercanía y porque teníamos muchas cosas en común y seguramente porque la vida nos unió.

Cuando acabé la carrera, como no quise volver a casa, me trasladé a Barcelona, allí tenía familia, mis abuelos maternos, tíos y algunos primos. Alquilé una habitación compartida con un chico y una chica y estuve unos años hasta que me salió lo de Mallorca.

Mientras estuve en Barcelona, trabajaba en un pueblo cerca de la ciudad, llevando el centro cívico del lugar y sus actividades, tanto para los jubilados como para los niños; era una especie de casal con sus extraescolares. También hacíamos actividades para adultos, talleres de todo tipo (cocina, bailes, manualidades, deporte suave...).

Me gustaba mi trabajo, me sentía útil y, aunque no practicaba mis conocimientos sobre mi formación, me gustaba lo que hacía. Los ancianos eran muy agradecidos y yo me sentía muy aceptada y querida. Me daba para vivir sin grandes lujos, pero para poder pagar las facturas y mis salidas. Por entonces tampoco necesitaba más, ni tenía grandes ambiciones. Salía con algún chico sin muchos posibles, no me apetecía enamorarme de nadie ni atarme a nada, así que tuve unas cuantas relaciones esporádicas, pero nada importante.

Unos meses más tardes de aquel primer encuentro con Lucía en el retiro de yoga, y después de varios tés, algunas confesiones y mucha complicidad, sentí que ella también era un alma perdida como yo. ¿Y quién no lo es?

Me invitó a ir a casa de sus abuelos en Ibiza. Nadie habitaba aquella vivienda y toda la familia tenía acceso mediante un calendario anual, que se repartía a principio de año a todos los miembros del clan —sus padres, tíos, ella y sus hermanos, primos...—, y todos anotaban las fechas que querían ir. En verano se repartían tortas para acceder a pasar unas vacaciones en tan maravilloso lugar. Pero ella había descartado tal conflicto e iba siempre fuera de temporada. Amaba aquel lugar, se sentía en casa en cuanto llegaba, sentía esa tierra rojiza, que había en muchas playas de la isla, arraigada a sus pies.

Acepté encantada, no tenía planes para ese fin de semana de primavera; Lucía me caía genial y yo tenía ganas de moverme y conocer otros paraderos.

Había ido de muy niña y casi no recordaba nada, aunque seguramente mis ojos de adulta la percibirían de manera muy distinta. Me apetecía mucho la idea y nos aventuramos hacia allí. Fue llegar, ver sus aguas, pisar tierra firme y resurgirme una sensación desde el fondo del estómago, que subió por mi esternón y se detuvo en el corazón, muy difícil de expresar.

Fue maravilloso, se respiraba un aire templado de azul claro descolorido, como entumecido, nunca había visto nada igual. La isla me cautivó.

Disfrutamos de ese paraíso durante tres días. Lucía me enseñó los parajes más recónditos, perdidos y desconocidos. Aunque ya quedaba muy poco por esconder. Los turistas y los millonarios llegaban a todas partes. Cogimos el buga de sus tíos, que estaba aparcado en la casa para uso de los invitados, y descapotadas, aun no haciendo una temperatura de verano, nos recorrimos toda la isla y sus encantos.

Al regresar a Barcelona, empecé a moverme para buscar otra oportunidad para regresar a aquel lugar, me enganchó. Acababa de volver y ya quería irme de nuevo.

Mi imaginación empezó a volar y a buscar información de cómo vivir allí. ¿A qué trabajos podría acceder? ¿Cómo estaban allí los alquileres?

No conseguí trabajo en Ibiza, en aquel momento, pero sí en Mallorca; no estaba tan mal, ya me iba acercando. Lo recogí todo y me largué. Estuve unos años trabajando y disfrutando la vida, aunque nunca olvidé Ibiza. Mis compañeros conocían mi amor por esa isla, nunca dejé de dar voces para conseguir un trabajo allí y poder irme definitivamente. Hasta que llegó la oportunidad de un buen trabajo y por fin me pude trasladar a Ibiza a vivir.

Durante ese tiempo fui en muchas ocasiones, tanto con Lucía, sola, con amigos mallorquines, así que me la conocía bastante bien. Enseguida me hice con el lugar.

Así empezó mi aventura en aquella mágica isla, donde creía que acabaría mis días para siempre y acabó siendo mi hogar solo durante cinco años. Gabriel me empujó a hacer cambios de planes inesperados, y para alejarme de él, tuve que abandonar mi Ibiza.

A Gabriel lo conocí una noche de copas. Al terminar de trabajar, salimos con los compañeros a desconectar un rato y nos dirigimos a los pocos locales que en invierno

quedaban abiertos. Los conocíamos todos y era muy agradable no tener que hacer colas, tener espacio para bailar, sitio para aparcar, copas gratis... El invierno en los sitios turísticos son una delicia para los habitantes.

Gabriel estaba ahí de paso, le habían dejado un barco para hacer una ruta y se le había estropeado, paró unos días en la isla mientras se lo arreglaban, y a él, con su espíritu aventurero, su belleza obvia y su simpatía, no le costó conocer gente; entre ellos, a mí.

Nos enamoramos a la velocidad de la luz, no hubo dudas, no hubo parones, no necesitamos días de reflexión. Y mis limitaciones por no querer enamorarme no sirvieron de nada, caí de cuatro patas. Nos conocimos, nos unimos y vivimos una celestial historia de amor, mientras el enamoramiento y su tontería lo permitió.

Nos fuimos a vivir juntos en tres meses y nos convertimos en una sola persona en menos. Vivíamos nuestra historia de amor con mucha intensidad; buscábamos cualquier momento para estar juntos, nos gustaba compartirlo todo.

Disfrutábamos de nuestro amor, del tiempo libre, de la isla, los amigos y de la vida en general. Nos sentíamos libres, afortunados y éramos muy felices, o eso creía yo.

A los dos años, esa intensidad empezó a suavizarse y a separarnos un poco, haciendo actividades individualmente. Las cosas empezaron a cambiar, pero yo no lo vi, me pareció normal, casi necesario, que las aguas se tranquilizaran un poco, aquella intensidad era agotadora. Pero supongo que, con el tiempo, la convivencia y todo lo demás hizo mella en nosotros... No lo sé, nunca lo sabré.

Gabriel encontró trabajo rápidamente en una joyería del centro, el mismo amigo que le había dejado el barco había hablado con el propietario y le había contado las manos mágicas y la vena artística que Gabriel tenía. Cosas de ricos.

Lo contrataron para el taller y le dieron la libertad de crear, dibujar, experimentar y construir obras de arte a su aire. Tenía un don para crear con sus propias manos, era un artista sin formación, pero con una destreza privilegiada y una mente excepcional. Pusieron en él grandes expectativas pensando en los clientes millonarios que vendrían en verano y comprarían sus obras a precios desorbitados, y así fue.

Mi amor por Gabriel y mi relación con él nunca fueron muy normales, no a mis ojos; seguramente, a ojos de los demás éramos la pareja ideal, eso pasa mucho. Vitales, guapos, alegres, llenos de vida, con trabajos en los que nos relacionábamos —no todos los trabajos te permiten estar en contacto con personas—.

Yo siempre supe que aquello no era saludable, que no era como yo quería envejecer. Acepté una situación cegada por el amor hacia una persona que sentí que también me amaba profundamente, pero aun así, no me daba lo que yo necesitaba.

Gabriel era demasiado dependiente, solo necesitaba el aire y a mí para subsistir, cada

vez se alejaba de los pocos amigos que tenía y los pocos que yo conocí. Él tenía suficiente conmigo, con estar juntos, con compartirlo todo.

Gabriel era un niño grande, un hombretón de metro ochenta y cinco, esbelto, con una tez dorada y unos ojos azules intensos que te hacían temblar las piernas. Su sonrisa era un sueño, una boca grande, de labios gruesos y dientes alineados, que cuando se reía enseñaba casi al completo, y cuando solo sonreía, se le formaban unos hoyuelos bajo el mentón que lo hacían irresistible.

Muy cariñoso, simpático y sociable. A todo el mundo le caía bien, siempre tenía una palabra amable para todos, incluso para los desconocidos. Atento a todo su alrededor, como en alarma, siempre activada, eso le hacía estar muy despierto y, en consecuencia, muy activo, porque estaba siempre en estado de acción. No se cansaba nunca, siempre quería más; de deporte, de comida, de sexo, de baile, de trabajo...

Un inconformista en estado puro, que siempre se deleitaba con descubrir cosas nuevas y lanzarse a todas ellas.

Me arrastraba muchas veces con él, y yo le seguía divertida por su ilusión. Era un torbellino de alegría y distracción.

La plantación de Marihuana

El último año de nuestra relación, se mostró más distante que nunca, empezó a estar muy ocupado, con aficiones que yo desconocía y que nunca me había comentado. Me decía que se iba por las mañanas a correr, y por las noches, a meditar al campo, en soledad, con la puesta de sol.

Al principio me hizo gracia que se hubiera convertido en tan *healthy*. Se pasaba muchas horas encerrado en el taller de joyería, y aunque tuvieran luz natural, ya que era una casa baja y su mesa estaba situada mirando al jardín, veía sol todo el día, era demasiado tiempo, concentrando, haciendo una misma cosa, con la mirada en un punto fijo y sentado.

Que fuera a correr me parecía una buena manera de desconectar y desestresarse. A mí el deporte nunca me había apasionado y prefería deambular por las sábanas el máximo tiempo posible antes de encarar el nuevo día.

Yo practicaba yoga dos días a la semana y hacía alguna actividad extra de meditación y ritual a la luna todos los meses, aunque solo era para mujeres y de noche. Con eso me sentía sana, cómoda con mi cuerpo y relajada, no necesitaba más.

Un par de veces, le insinué a Gabriel de acompañarlo a hacer su meditación y ver la puesta de sol juntos, pero se me sacó de encima, las dos veces, con carantoñas y justificaciones nada claras, aunque me dejé convencer por sus caricias y se me olvidó la propuesta inicial.

Empecé a observar algún cambio de humor en él cuando llovía, nunca había experimentado con anterioridad que ese hecho circunstancial y climatológico hiciera tanta mecha en su persona, pero últimamente era así.

Cuando llovía, salía igual a correr, que me parecía bastante absurdo, porque además de volver empapado, no le encontraba la razón de ser. En esos días nublados, también lo estaba su carácter, parecía que su mente estaba en otro lugar. Su cabeza no estaba con nosotros, estaba pensativo, mirando todo el rato el móvil y la previsión de tiempo, e iba contando las horas que duraba la lluvia.

Empecé a sospechar que alguna cosa no estaba bien, no me cuadraba su comportamiento, esa obsesión por el deporte de lunes a domingo. No podíamos irnos de fin de semana porque, para él, era muy importante su dosis de deporte diaria y, aunque intentaba convencerlo de que allí donde estuviéramos podía salir a correr o utilizar los gimnasios del hotel, que yo con esmero siempre buscaba que tuvieran, no lograba

convencerlo.

Incluso en ese periodo, un año aproximadamente, fui sola a un par de retiros espirituales que se impartieron en la isla —la tierra de esta Ibiza tiene una energía especial que favorece todo tipo de rituales espirituales y de concentración—, cuando siempre habíamos acudido juntos a todos los que se hacían durante el año, verano o invierno.

La inseguridad y el miedo que siempre tenemos a que nos abandonen me llevó a pensar que se estaba viendo con otra mujer, y ahí empezó mi preocupación y alerta. Lo observaba más detenidamente; sus movimientos, sus llamadas telefónicas.

No quería entrar en ese juego peligroso de control y preguntas trampa, no concernía hacerle una visita sorpresa al trabajo a mediodía para poder comer juntos, porque luego me removía con los remordimientos por no estar actuando correctamente. Yo confiaba en él y así iba a seguir siendo.

Pero una tarde llegué antes a casa, era invierno y en el hotel no había tanto trabajo. Además, aquel día estaba lloviendo y no teníamos citas programadas de los huéspedes. Decidieron darnos la tarde libre a mí y a Berta, mi compañera y colega.

Primero pensamos las dos en irnos a dar una vuelta, de compras, al cine, hacer algo especial con esa libertad, pero luego pensé que a Gabriel y a mí nos iría bien una tarde-noche de novios, y me dirigí hacia casa directamente.

Cuando llegué, él no me oyó, estaba al teléfono, así que, aprovechando mi transparencia, se me ocurrió asustarlo y fui recorriendo la casa sigilosamente, hasta que lo encontré en nuestro dormitorio. Había varias cajas encima de la cama y libretas abiertas y escritas alrededor, también vi una calculadora y muchos papeles esparcidos.

Me quedé a un lado, justo en la entrada, que quedaba a su espalda, y podía observarlo sin que él me viera.

Le escuché una conversación con alguien, no identifiqué con quien.

—Que no, que se ha echado a perder casi todo. —Alguien le llevaba la contraria al otro lado de la línea—. Que estoy yendo cada día, sin descanso, observando los cogollos y no están madurando como deberían —le respondió Gabriel. El otro le debió de decir algo como que esperasen un poco más—. Que ya se pasan de tiempo, que tendríamos que estar recogiénolos y empezando el tratamiento, y ahora tenemos que pensar en cómo secarlos.

El interlocutor parecía enfadado, no con Gabriel, sino con la climatología. Yo no entendía nada. ¿Cogollos, secarlos, tratamiento? Me empezaron a resonar esas palabras en la cabeza. ¿De qué coño estaba hablando?

—Sí, sí, es una auténtica putada, porque con lo que le he dedicado, que ahora solo

vayamos a recuperar un veinticinco por ciento es una mierda —le dijo Gabriel a su interlocutor.

Me quedé tan estupefacta que, en vez de disimular con algún ruido y hacer ver que entraba en casa como si no hubiera oído nada, me planté en medio de la habitación, de golpe; él se asustó y pegó un salto en la cama y se quedó blanco. Se despidió de su amigo rápidamente y, con su mirada, recorrió todo lo que tenía esparcido, supongo que haciendo una pensada rápida de cómo iba a salir de esa.

—¿Me vas a explicar de una vez qué narices está pasando? —dije, mirándolo directamente a la cara, de pie y con los brazos cruzados.

No intentó una escapatoria rápida con más mentiras. Estaba muy nervioso y supongo que cansado de tanta tensión y me lo confesó todo.

Me contó que un amigo suyo, de la isla, le había propuesto un negocio. Cultivar una plantación de marihuana, que él llevaba haciéndolo tres años y le había funcionado muy bien.

Me explicó que quería tener un dinero extra para hacernos algún viaje, para cambiar de hábitos, que en la isla era feliz y que me amaba por encima de todo, pero necesitaba hacer alguna cosa especial, y que a veces se ahogaba entre tanta agua y tan poco espacio. Ibiza tiene una longitud de costa de poco más de doscientos kilómetros y cerca de ciento cincuenta mil habitantes; pero, para alguien de ciudad y para alguien un poco nómada, puede ser un poco asfixiante.

Me sorprendió muchísimo todo lo que me estaba contando, no daba crédito a lo que estaba escuchando. Era como si me estuvieran hablando de otra persona. ¿Cómo había hecho tal locura y, además, sin consultarme, dejándome al margen? ¿Cómo se metía en un juego ilegal que le podría costar la cárcel durante muchos años? Y, sobre todo, ¿cómo me había mentado tanto, tantísimo durante tanto tiempo?

Me empezaron a venir a la cabeza un montón de conversaciones que habíamos mantenido sobre de cambiar de casa, de construir una planta baja con jardín, de tener perros, de crear una familia, de viajar a la India, a Japón y a EE.UU. Me vinieron a la cabeza conversaciones sobre irnos de la isla y resurgir en nuestra Barcelona natal, cerca de los nuestros, de montar un negocio... Pero solo una se repetía constantemente: crear una familia.

Me quedé sin palabras, lo miraba, miraba los papeles de encima de la cama, donde estaba todo escrito: un control de lo invertido, las fechas, un croquis de acción, un calendario de riego, recogida, secado...

Gabriel no tenía piel de ladrón, ni de estafador, ni de corrupto. Era un niño bien que nunca tuvo el cariño que necesitaba cualquier menor, ya que sus padres estaban siempre

trabajando o con compromisos innumerables, a los que él, como hijo único, no podía acudir, ni disfrutar de sus progenitores, y se pasó los días de su infancia entre las chicas internas que tenían en casa y en los hoteles, donde cuidaban de él lo mejor que podían, de diferentes países del mundo.

Siempre se sintió muy solo y quería hacer algo por sí mismo; algo grande para sorprenderme, para tener base y empezar una nueva vida, para no necesitar más a sus padres, ni a sus cheques que llegaban con regularidad y nos permitían vivir bastante bien, aun con nuestros trabajos.

Cuando lo escuché todo, me fui al salón, sin mediar palabra, y encendí la televisión; no sé por qué hice eso, necesitaba procesar aquella información y preferí entretener a mi cerebro durante un buen rato, antes de entrar en acción.

Él vino a mi lado, se sentó junto a mí, y no medió palabra, no me tocó, me miraba de reojo de vez en cuando, esperando una reacción por mi parte, pero yo no sabía aún ni qué decir ni qué hacer con aquella bomba que tenía ahora entre mis manos.

Al cabo de casi una hora, y después de hacer *zapping*, aburrida de que no hubiera nada que entretuviera a mi cabeza, sin mirarlo siquiera, le dije:

—Abandona esta mierda de negocio, devuelve el dinero que debes con la inversión y no vuelvas a acercarte por ese lugar. Si vuelves, olvídate de mí. No quiero entrar en esta mierda y no quiero ver cómo arruinas tu vida. Solo hay dos caminos: o hablas con este tío y le dices que lo dejas en bragas y le pagas lo que le debes, o te olvidas de mí para siempre y empieza a hacerte las maletas, porque en veinticuatro horas te quiero fuera de esta casa.

No intentó ni replantear la situación, no preguntó nada, ni mucho menos probó de convencerme de otro plan mejor. Me conocía lo suficiente como para saber que pocas veces actuó de manera tan tajante, dominante y sin opciones. No habría marcha atrás por mi parte, y lo sabía.

—Me voy a casa de Berta, volveré mañana por la noche al salir del trabajo; si estás aquí, entenderé que está todo arreglado, si no estás aquí, comprenderé que eres mucho más idiota que cuando empezaste esta mierda de negocio.

Me levanté, me dirigí al armario, cogí una bolsa de deporte, una muda para el día siguiente, otras bambas, porque con la que estaba cayendo llevaba las mías empapadas, me dirigí al baño, cogí lo mínimo e imprescindible para un par de días, por si decidía darle un día más de margen o hacerle sufrir por lo que había hecho, y me dirigí a la puerta sin mirar atrás.

Berta me acogió con los brazos abiertos, y cuando le dije que no tenía ganas de hablar del tema, que habíamos discutido y basta, ella no preguntó más. Respetó mi silencio y se

dedicó a hacerme compañía, a hacerme reír y a relajarnos delante de la televisión con una serie que ella veía de Netflix, y que yo no era capaz de seguir y que, por supuesto, no me enteré de nada.

Aquello me dolió mucho más de lo que cabía esperar, me sentía traicionada. Fue como una rotura interior brutal. Tampoco entendía por qué de mi radicalidad, pero me sentí engañada y abandonada, sentí que vivía con una persona a la que no conocía, a la cual se lo había confiado todo, que yo de él sabía bien poco y no me había percatado de nada de lo que había ocurrido a mi alrededor. Con esta fe ciega que tengo hacia las personas... que me creo que todo es amor y bondad en el universo.

Me di una buena reprimenda por no haber ni tan solo oído alguna pequeña cosa, nada de nada. Confiada e ingenua como cuando era niña.

La siguiente noche tampoco volví a casa, necesitaba pensar un poco en todo; en qué quería y en cómo gestionar aquello. En diferentes alternativas según la opción que hubiera escogido Gabriel. Debía estar preparada para un abandono por su parte, en no volverlo a ver si seguía con el negocio cegado por el dinero fácil y la salida cómoda de la isla.

Después del trabajo, me dirigí hacia casa de Berta y esperé a que ella volviera —su turno terminaba más tarde que el mío—, mientras tanto me di un baño en su maravillosa bañera de hidromasaje, que tenía el piso de alquiler donde vivía, delante de una de las bahías de Ibiza, un lujo sin precedentes. Era de unos amigos de sus padres y preferían tenerlo alquilado a una conocida que se lo cuidara a la vez que bajaba su precio de mercado. Era un piso precioso, amplio, luminoso, céntrico... una preciosidad.

A las nueve de la noche, cuando estábamos las dos en la cocina, preparándonos algo para cenar y relajarnos después de un día duro, no de trabajo, pero sí de cabeza, sonó el teléfono, era Gabriel. Le contesté porque entendí que yo debía haber vuelto hacia dos días y que alguna explicación debía darle, aunque aún no me veía capaz de enfrentarme a él, ni al problema.

—África, necesito que me ayudes, estoy detenido en comisaría y necesito un abogado.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Cuando fui a coger mis cosas de la plantación, los Mossos d'Esquadra me esperaban dentro, hacía tiempo que nos vigilaban, y supongo que teníamos los teléfonos pinchados, porque ésta mañana le he comunicado a Alberto que lo dejaba todo, y me los he encontrado aquí. Necesitaban una cabeza de turco o acabar el trabajo de meses de investigación con algún detenido. Lo siento, mi amor, de verdad que iba a dejarlo todo.

—Ahora voy para allá, llamo a tus padres para que te ayuden.

—No, África, a mis padres no.

—Por supuesto que sí, solo ellos nos podrán facilitar un buen abogado, y créeme que lo necesitas —dije.

—Ya... Sí, tienes razón, de acuerdo. —Acabó sucumbiendo Gabriel.

Me tocó hacer un papel que odiaba, ser mediadora, estar en medio de problemas. Yo era conciliadora por naturaleza, no me gustaban los conflictos y me gustaba cuidar y atender a los que amaba, pero aquello era demasiado para mí.

Su padre se presentó a las siete horas en comisaría con un abogado de Barcelona y, después de informarse bien de lo ocurrido y de qué se le acusaba exactamente, supieron de la gravedad del asunto.

Una plantación de marihuana no era una pequeñez, eran muchos, muchos, muchos cogollos, que es como los pesa la policía para poder dictaminar el delito.

Hubo una parte buena en todo aquello, la mayoría de la plantación se había echado a perder con la lluvia, los que estaban secándose dentro del invernadero, con sus estufas y los regadíos adecuados, eran pocos, ya que se suponía que se había distribuido casi todo. En eso fueron listos.

La plantación estaba vendida con anterioridad, con lo cual, a medida que estaba lista para consumo, Alberto la distribuía. A este, según nos dijo su abogado de oficio más tarde, le caerían entre diez y doce años. Desgraciadamente, para él, en la investigación salía como cabecilla de la trama. Pasó a disposición policial y ya no volvió a ver la luz, seguramente durante años. Perdieron todo contacto entre ellos.

Gabriel estuvo tres días retenido en comisaría, mientras los abogados y su padre ideaban la estrategia para sacarlo de allí. A mí me dejaron entrar el segundo día, fue desolador verlo entre rejas tan asustado y hundido. Culpándose una y otra vez por haberlo echado todo a perder.

Quise tranquilizarlo diciéndole que su padre lo sacaría de allí, que los abogados eran muy optimistas y que lo superaríamos juntos, pero le mentí. En mí, algo se había roto; lo miraba distinto, veía a otra persona, no era el Gabriel de quien me había enamorado.

Pero yo tenía ya demasiado claro que aquello se había roto en mil pedazos y que, por mi parte, era de muy difícil arreglo.

Alguna cosa pasó en el expediente de Gabriel, nunca pregunté, pero la cantidad de marihuana que se le imputaba era mínima, ínfima en comparación con lo que se encontraron y se consideró consumo propio. Por otro lado, le cayeron dos años por cómplice, pero no tuvo que entrar en prisión, por suerte. Todo aquello se redujo de una manera tan exagerada que entendí que se amañó por ser el hijo de quien era. No había otra explicación. Y, la verdad, prefería no saber más.

El día que salió, fuimos todos a recogerlo, su padre, sus abogados y yo. Estuvimos

comentando la estrategia a seguir a partir de entonces; le dieron unos cuantos consejos y nos despedimos de ellos. El padre volaba aquel mismo día directamente hacia Barcelona y de allí hacia Vancouver donde estaba su mujer.

Su padre parecía tranquilo, para él era otro negocio conseguido, una estrategia ganada. Aquel señor nunca perdía la calma, era amable, educado, pero tan frío que a mí me impactaba, nunca mostraba sus debilidades. Nunca los vi hacerse una muestra de cariño de padre a hijo, tampoco bajo aquellas circunstancias se produjo. Para el gran magnate todo eran negocios y en aquel caso fue otro tipo de transacción, lo importante era ganar y habíamos ganado: Gabriel estaba en libertad.

La madre ni apareció; llamó, sí, todos los días, incluso a mí, pero estaba en Vancouver, y según le había dicho su marido, en dos o tres días Gabriel saldría y, al parecer, no merecía dar la vuelta al planeta para apoyar y consolar a su hijo.

Gabriel y yo volvimos a casa. La situación era muy extraña; él estaba como un animal asustado, aquello le había afectado muchísimo, y un niño de papá como él no estaba preparado para pasar por aquella situación. Policía, armas, celda, delincuentes...

Las siguientes semanas fueron confusas; intentábamos seguir con el día a día, como nos habían recomendado los abogados, para que nadie sospechara por lo que estábamos pasando. Él continuaba yendo a la joyería, mientras yo seguí con mi horario habitual en el hotel, no variamos en nada nuestras rutinas.

Nos encontrábamos por la tarde en casa, cenábamos, hablábamos del día, nada o casi nada de lo ocurrido, veíamos un poco la tele y nos íbamos a la cama, juntos, pero a dormir. Gabriel tenía pesadillas, se movía como un gato en celo por la cama, muchas noches se despertó gritando, aquello había sido muy fuerte para él y le costaría mucho tiempo superarlo.

Yo me sentía muy extraña, intentaba ser comprensiva, tener paciencia y ayudarlo, estaba convencida de que todo se iría poniendo en su sitio, que con el tiempo nos iríamos olvidando y lo continuaríamos donde lo habíamos dejado antes del *gran* día. Pero yo ya no era la misma. No lo miraba igual, mis sentimientos habían variado, y ya no era una cuestión de confianza, que lo era, sino de mucho más.

Tenía la sensación de que vivía con un extraño. Ya no veía al Gabriel que creía conocer, no era capaz de acercarme a él, de darle el cariño que ahora necesitaba, no soportaba ni que me tocara. Para mí lo que había ocurrido era demasiado grave y ya no había marcha atrás. La confianza, la base de toda relación, se había evaporado en mí. Algo se había esfumado aquel día y los que continuaron.

Al cabo de dos meses le dije que me tenía que ir de allí, y que partía hacia Barcelona, que necesitaba poner tierra de por medio y que lo mejor era que lo dejásemos.

Él no se lo podía creer, intuía que algo no iba bien y entendía que era por toda la situación vivida. Me pidió más tiempo para remendarlo, para solucionarlo, para volver a construir lo que teníamos.

Por mi parte no había marcha atrás, intenté olvidarme de lo ocurrido, volver a coger confianza, seguir hacia adelante, incluso me planteé crear una familia, pero era imposible, ya no sentía lo mismo por Gabriel; mis sentimientos hacia él habían variado, mi admiración, mi respeto, mi adoración por ese ser había desaparecido.

Lo honesto era afrontarlo y, aun doliéndome incluso físicamente en el corazón, porque sabía que a él, solo, le costaría mucho superarlo, yo tenía que alejarme de él para no ser arrastrada y caer en una depresión de la que no habría marcha atrás.

Le dije que, de momento, sería temporal y que no me llevaba todas mis cosas, que tenía que pensar alejada de allí y de él y nos diéramos un tiempo de reflexión. Le mentí, estaba demasiado débil para decirle toda la verdad. Pensé que de esa forma él podría ir haciéndose a la idea poco a poco.

Yo tenía que reconstruirme y para hacerlo debía salir de allí. Me sentía demasiado desdichada, triste, enfadada, incluso culpable, por no haberlo visto, por no haberlo ayudado. Entraba de nuevo en esa espiral de salvadora del mundo, que tanto reconocía y que tan mal me hacía responsabilizarme de la vida de los otros, que era demasiado destructiva para mí. Esta vez tenía que ser fuerte, valiente y mirar por mí.

Las ruedas habían girado en dirección contraria, y quedarme con él nos hubiera hundido a los dos. Esa historia se había roto, había llegado a su fin.

El café en construcción

Encontré a Antón, como me dijeron, en el Ayuntamiento y con él toda la información necesaria, incluso la innecesaria. Me contó la historia de toda la familia Porterons y casi la del pueblo al completo. Era cercano, enseguida mostró su disposición para ayudarme e incluso acompañarte. Nos dirigimos a una casa del centro pueblo, al lado de la pastelería, donde vivía una sobrina de la misma familia que, según él, podría ayudarme a contactar con los actuales propietarios de la «casita de la entrada» —como ellos la llamaban—. Para mí era la salida del pueblo, a las afueras, que fue cuando la vi y se me iluminó el corazón. Pero, para los vecinos, era la entrada a Vilassar.

Los siguientes dos días fue una persecución de familiares y conocidos de aquella casa que yo ya la sentía mía. Finalmente, pude contactar con uno de los propietarios; actualmente, eran dos hermanos y me enviaron a uno de sus hijos, que se acercó al pueblo para abrirla y enseñármela. Me enamoré absolutamente en cuanto abrió las ventanas y escuché cómo las olas retumbaban entre aquellas paredes.

La noche anterior, antes de verla, no pude dormir; recordé cuando de niña iba de excursión con la escuela y tampoco era capaz de conciliar el sueño de la emoción. Era mi juguete nuevo, un juguete que me daría una nueva vida, la que en esos momentos más necesitaba y solo para mí.

Me la pasé en vela dibujando en mi imaginación cómo sería por dentro, qué distribución tendría, cómo serían sus paredes, de cuántas ventanas dispondría. No pegué ojo, pero fue maravilloso crear mi propio hogar con pocas pistas y mucha claridad.

Como era de imaginar, verla fue mucho mejor; poco tenía que ver con lo que mi cerebro recreó, y fue un amor a primera vista solo con traspasar el umbral de la puerta. Sentí una punzada en el estómago y supe que la había encontrado.

Se presentaba con un pequeño jardín al que le seguía un recibidor entre dos puertas, y a continuación un pasillo largo; tras ese espacio, llegábamos a un salón, a mano izquierda, y desde allí se podía salir al jardín posterior. A su derecha, estaba la cocina, bastante grande para las construcciones de la época. Pasado el salón unas escaleras de caracol que nos llevaban al piso de arriba, donde había dos habitaciones más y un baño.

¡Esa casa iba a ser mía costara lo que costara conseguirla!

Era absolutamente maravillosa, justo lo que necesitaba para levantar mi negocio y mi hogar. Aun no habiéndolo imaginado como lo estaba presenciando, era mucho mejor para lo que quería hacer. Las dos primeras habitaciones serían la barra del bar, eliminando la pared

que las separaba y eliminando el pasillo, y a su derecha, las mesas para mis nuevos clientes. Ese sería el café.

El salón se convertiría en una biblioteca para relajarse en invierno y leer a la sombra en verano. Esa zona sería más confortable que la barra, pondría algún sofá y sillones cómodos para olvidarse del reloj y perderse entre libros, revistas y juegos de mesa, que pensaba colocar en una estantería de pared a pared, de arriba abajo, llena de todo lo necesario para pasar largas tardes en buena compañía.

Mi imaginación se disparó y, aunque iba siguiendo al chico que iba abriendo puertas y descubriendo los rincones de toda la casa, que por lo que supe después ni recordaba por qué había estado en contadas ocasiones y de niño, apenas oía lo que me decía.

—Perdone, verá que detrás de la cocina también tiene salida al mar. Y la habitación principal lleva a una terraza en la azotea, por si quiere que la veamos también.

—Sí, sí, claro, tenemos que ver todos los rincones de esta maravilla —le respondí, mientras lo seguía escaleras arriba.

Mientras subía la caracola desde ese salón a la parte de arriba, yo ya me había transportado a otra era. Giraba sobre mis propios talones para poder divisar ese espacio desde otra perspectiva, a medida que iba subiendo. Para entonces, en mi imaginación ya estaba decidiendo los colores de los cojines y las cortinas. Sonreí, supongo que de mí misma, ya que me parecía increíble cómo podía conjeturar con tanta precisión aquel lugar que nunca había visto.

Para cuando llegué al piso de arriba, mis fantasías ya estaban en la cocina, preparando pasteles de zanahoria, de cúrcuma, de chocolate y frambuesa, de queso fresco, de maíz... y diciéndome a mí misma que tenía que conseguir un buen proveedor de cafés y tés, lo más naturales posible y de gran variedad para mis nuevos clientes.

El chico, que debía de tener veintipocos años, me iba enseñando una casa que no reconocía, para él era tan nueva como para mí. Sus padres y tíos estaban de viaje y le tocó hacer la gestión de comercial inmobiliario debido a mi insistencia y la urgencia que les transmití.

Aquella misma tarde les pasé mi oferta. Después de tomarme dos tés y una ensalada en una mesa de cuatro que completaba con mis papeles, calculadora, móvil, portátil y muchas dudas. Especifiqué que esperaba su respuesta a la mayor brevedad posible. En la tarde siguiente, justo a las veinticuatro horas, me llamó uno de los hermanos propietarios aceptando mi oferta inicial, no cambiaron ni una coma. Contrato de alquiler durante cinco años con derecho a compra pasado ese transcurso de tiempo. A cambio, yo asumiría las obras interiores y exteriores, que era evidente necesitaba aquel lugar, y lo transformaría en una casa-cafetería.

Nos vimos en una semana, cuando los dos propietarios volvieron de viaje, y firmamos ante su notario lo que sería mi nuevo negocio y hogar.

El Café de África.

La parte buena es que tendría el trabajo y mi casa en el mismo lugar, eso me daba una tranquilidad y comodidad que me permitiría dedicarme en cuerpo y alma a mi nuevo proyecto.

Gracias a Antón, también conseguí dos operarios que se mostraron dispuestos a empezar la obra en cuanto los llamara, y también me ayudó a agilizar los trámites de permisos en el propio Ayuntamiento. Aquel señor sería mi ángel de la guarda en más de una ocasión.

Durante aquella semana de espera, gestiones y mil llamadas, llegó el momento que retrasaba a conciencia, pero que ya no podía demorar más. Había llegado la hora de volver a Ibiza a acabar de empaquetar todas mis cosas y enviarlas a mi nueva dirección, cerrando esa etapa para siempre. Era un portón que tenía que traspasar y debía finalizarla como se merecía.

Esta vez, para mi sorpresa, la vuelta fue más llevadera, aun aterrizando en el aeropuerto de la isla con el corazón en un puño, no sentía que me iba a desmayar en cualquier momento por falta de aire como cuando me fui. Mi tensión se incrementaba al pensar que podía encontrarme con Gabriel; no lo llamé para indicarle que volvía, prefería no tener ningún contacto con él por el momento.

La suerte jugó a mi favor y cuando llegué a casa, no había nadie. Por la hora que era estaría trabajando, y así lo prefería. Me sentía una cobarde, como una ladrona en la que había sido mi casa durante cinco años, pero no me sentía con fuerzas para más. La ilusión por regresar a Barcelona y el proyecto nuevo me hacían tener más fuerzas para sobrellevar todo aquello. En dos horas empaqueté todo lo necesario, dejando muchas cosas que ya no quería arrastrar conmigo; iba a empezar una nueva vida y en ella quería que todo estuviera *limpio*.

No llamé a ningún amigo para ni siquiera tomar un café, a Berta tampoco, no me veía con fuerzas de ver a nadie, ni que me dieran información que prefería no tener. Aquello era una ruptura de muchas personas, era consciente de ello, nadie tenía la culpa, pero necesitaba cerrar esa caja en mi anterior, con los buenos recuerdos y dejarlo así, sin despedidas. Todo lo que en Ibiza había vivido había sido demasiado intenso y necesitaba hacer borrón y cuenta nueva. Con el tiempo, ya decidiría si contactaba con alguien, ahora no me veía capaz.

Le dejé una carta, despidiéndome para siempre y pidiéndole perdón por mi cobardía. Le contaba un poco mis planes sin detalles para que no pudiera encontrarme. Aquellas palabras estaban muy claras, intentaban ser sensibles y dulces pero sin un ápice de duda de que aquello era un final.

Le deseaba lo mejor, una vida bonita y le decía que él también se merecía ser feliz y encontrar a una persona que lo entendiera. Y para finalizar, le indicaba que podía tirar todas mis cajas, yo solo me había llevado lo que necesitaba. Puse punto final a aquella etapa tan agrídulce de mi vida.

Necesitaba huir de aquella isla que tanto me había dado, que tan feliz y desdichada me había hecho a partes iguales. La intensidad de las emociones en aquel lugar era demasiado gigantesca para poderlas llevar conmigo, prefería salir huyendo de allí y no mirar atrás. La historia de amor entre Gabriel y yo había sido muy poderosa y, a la vez, demasiado intensa y llena de mentiras, que ya no quería ni descubrir, estaba convencida de que había habido muchas más. Prefería recordar lo mucho que nos dio nuestra relación y nuestro amor, y lo mucho que lo amé. Aunque, en aquel momento, me pesaba como una losa, y el dolor que aún sentía tenía un gusto demasiado amargo que tenía que olvidar.

Mientras esperaba en la sala de embarque, saqué mi libreta y empecé a dibujar cómo quería que fuera mi nuevo café y me evadí imaginando y visualizando colores, flores y olores maravillosos de los pasteles que yo misma iba a cocinar para los estrenados y fieles clientes que estaban por venir.

Dicen que imaginar los deseos en todo su esplendor de detalles es darles vida, es como acercarlos a la realidad. Y dándole la intensidad a los sueños, estos se cumplen. Pues los míos estaban a punto de convertirse en realidad.

Puse todo mi empeño en que eso ocurriera, y ocurrió.

A los tres días, me entregaron las llaves y, con mi tesoro en las manos, me dirigí a mi nueva casa. Había dejado todas mis cosas en el hostel de Barcelona, donde aún vivía desde que había huido de Ibiza, solo llevaba mi bolso y así quise entrar en mi nuevo hogar, sin peso material, sin ir cargada, yo conmigo misma. Para tocar cada rincón, para disfrutar de cada pomo, cada descorche de pared, cada baldosa rota, cada ventana atascada, cada mota de polvo; quería verlo y saborearlo todo, y hacerlo sola, en paz y sin prisas.

No recuerdo cuántas horas estuve allí sin hacer nada más que observar, acariciar y dibujar en mi mente cómo sería todo aquello muy pronto. Tenía el fin de semana por delante para limpiar y trasladar mis cosas. El lunes llegarían los operarios y, aunque parecía que iba a ser una gran obra, el Ayuntamiento me dio un permiso casi inmediato de obras menores. Al final solo iba a tirar dos habitaciones y construir una barra de obra, todo lo demás era mantenimiento y pintura. Los baños los quería conservar, eran tan antiguos que tenían un encanto especial, los personalizaría y seguirían de origen.

Me instalé en la parte de arriba, que yo misma pinté y decoré, mientras los chicos, sin descanso, se dedicaban a mi obra de arte inventada en la parte de abajo.

Aquel proyecto se convirtió en un sueño hecho realidad; me dediqué en cuerpo y alma a

seguir las obras, comprar muebles antiguos restaurados, un sofá *Chester* color vino, que compré por internet, con dos butacas en color fucsia que lo envolverían; planté flores en tiestos en el patio trasero, me hice plantar una olivera en la entrada, acompañándolo de más flores, tal como lo visualicé el primer día al descubrir aquella casita de playa, todo en tonos violetas, lilas y blancos.

En un mes y medio terminaron la reforma, en tiempo *record*, y quise hacer una inauguración. Encargué carteles atractivos, llamando a saborear mis pasteles a los vecinos del pueblo. Mi ángel de la guarda, Antón, me ayudó dándole voz al «superevento». Los vecinos estaban emocionados con la idea que una chica sola y centrada —como supe luego que me denominaban— montara un negocio bonito y con clase, y que fuera en su pueblo. Fue la comidilla y la distracción de la semana, y yo... encantada.

La fiesta fue un éxito, se acercaron al café muchísimos vecinos: jubilados, mamás con sus niños, grupitos de adolescentes. Hubo bebidas y pasteles gratis y música hasta bien entrada la noche. Aquel día me gané la confianza de todos y me dieron la aprobación que yo necesitaba para que aquel negocio empezara con buen pie. Mis pasteles y la decoración confortable y bonita del lugar fueron cruciales para ganarme sus corazones.

Di el pistoletazo de salida a mi recién inaugurado negocio y el que parecía iba a ser el gran amor de mi vida. Se ha de combinar aficiones, no siempre el amor ha de ser de las parejas, la parte emocional que me unía a ese lugar era mucho mayor y poderoso que cualquier relación pudiera darme en aquellos momentos. Me sentía empoderada, útil, valiente, arriesgada; agotada también, pero tremendamente feliz.

Me dediqué tanto a aquello que no me permitía parar y analizar qué le había pasado a mi vida en los últimos años. Huir de mí misma y mis sentimientos hizo que pudiera construir algo que en el transcurso del duelo era necesario. Lo pasé de puntitas, lo reconozco, solo lo dejaba aflorar algunas noches, cuando mi cuerpo extasiado de trabajo y de energía abrazaba aquellas sábanas donde solo quería dormir, no me quedaban fuerzas para más; pero el mismo cansancio activaba los recuerdos, los sentimientos, y sin poder contenerme, lloraba, lloraba largo y tendido hasta que caía rendida al sueño. Al día siguiente me despertaba con dolor de cabeza, por eso no me gustaba permitirme sentir. Tener controlados mis sentimientos me concedía control sobre mí misma para seguir adelante, avanzar, a zancadas si hacía falta, pero no mirar atrás, aunque hubo noches que perdí el control.

El verano terminaba, y yo sabía que en invierno los pueblos costeros se convertían en pueblos fantasmas, aunque ese pueblo, aun siendo pequeño y de playa, estaba habitado. Estaba a pocos kilómetros de Barcelona y muchas familias vivían en él, aunque sus vidas diarias (trabajos y escuelas) las pasaran en la gran urbe.

Sabía que el primer año, y hasta que mi café fuera conocido por todos los vecinos y

curiosos, no tendría mucha clientela, pero, para mi sorpresa, no me fue mal del todo, porque pude dedicarme a decorar al detalle cada rincón de ese mágico lugar, o al menos, a mí me lo parecía.

Se acercaba *Halloween*, *La Castañada*, como allí lo llamábamos, así que hice imprimir carteles, otra vez, y volví a colgarlos por el pueblo y sus alrededores. Invité de nuevo a merendar, ya con mis famosos pasteles caseros, a todos los clientes que se acercaran al café disfrazados.

Fue muy divertido y volví a llenar de grupos de mamás que, con sus niños disfrazados de momias, Drácula, brujas y muchas princesas, se dieron cita en mi café para pasar la tarde. Parecía una fiesta infantil.

Se convirtió en un lugar de tardes donde venían a degustar tanto mis pasteles saludables como las tisanas curativas, que no sé cómo se fue propagando también. Pocos sabían de mi formación como fisioterapeuta, pero relacionaron esa parte física curativa con la del organismo interior, yo tampoco lo desmentí.

En noviembre la clientela aflojó; hacía frío y oscurecía rápido, llegar a mi café era un paseo que de noche no apetecía hacer, estaba un poco alejado del centro del pueblo, no era un sitio de paso. Aproveché para ir pensando y buscando ideas para organizar, ya que se acercaban las fiestas navideñas.

Mi cabeza no paraba de buscar alternativas para que el proyecto saliera adelante, estaba motivada, ilusionada, y el café funcionaba.

Volví a repartir carteles, esta vez con propuestas de comidas y cenas de empresa y fiestas familiares. ¡No me lo podía creer! A principios de diciembre, tenía dos comidas y una cena de grupo y otra fiesta de chicas de amigo invisible. Esta era la mía para lucirme

Preparé los típicos menús catalanes navideños: entrantes, sopa de *galets* y pollos rustidos con langostinos. Y de cenas, entrantes coloridos de navidad: pimientos rellenos, espárragos con romesco, tomates rellenos y sabrosos con carnes rojas guisadas. En esa ocasión, mis pasteles no salieron a relucir, ya que se esperaban los postres de la época, los mantecados, neulas, turrone... Al más puro estilo catalán, ese paraje era muy tradicional. Los clientes lo agradecieron, aunque prometieron volver a probar mis pasteles.

Aunque mi café se había convertido en un restaurante, y esa no era mi intención, pasadas las fechas navideñas, compuse un menú rápido de mediodía con platos del día, ensaladas y chapatas calientes, para los trabajadores del polígono que tenía cerca y para los trabajadores que no eran del pueblo, pero venían a hacer su jornada laboral (bancos, farmacias, tiendas de ropa...) y que pudieran desconectar comiendo algo rápido.

Esta vez quería dar a conocer mi parte más culinaria con ese toque saludable que me gustaba dar, nada de fritos ni rebozados. Empezaron a asistir muchas chicas, buscando un

rato de descanso y un rincón donde relajarse, era un lugar muy tranquilo, nada ruidoso y cercano al mar. Desde el salón se distinguía parte de la playa, y la sensación de confort del calor del hogar con la visión del mar era magnífica; yo misma me quedaba embobada durante largas tardes que no había trabajo, leyendo un libro y tomándome una de mis infusiones mientras observaba las olas. Y reflexionando en cómo mi vida se había transformado en esa casita de playa donde chocaban las olas contra las rocas que tenía bajo mis pies.

Cuando se acercó la primavera y los días empezaron a alargarse, en el café siempre había algún cliente que perdía la noción del tiempo entre sus libros y los míos. Al mediodía asistían los hijos que venían a por sus ensaladas coloridas, los platos del día y los sándwiches completos para los más hambrientos.

Fueron transcurriendo los meses, llegó el verano y con la luz y las altas temperaturas, una ola de nuevos clientes empezó a acudir al café. Muchos turistas que venían a pasar el día a la playa y se pasaban por el café a hacer aperitivos, comidas, meriendas y cenas ligeras. Los domingos estaba cerrado, que aprovechaba para recuperarme y poder conectar conmigo misma o ir a conocer los alrededores de ese lugar que ahora era mi hogar.

Llegó un punto en que no podía yo sola con todo y contraté a un chico del pueblo, hijo de un amigo de Antón, cómo no. ¿Qué hubiera hecho yo sin él? Me gustaba sentirme parte de su familia, como él siempre me decía. Pasé a ser su sobrina postiza y a mí me encantaba oírsele decir.

Alex era un estudiante de Arquitectura, que sin parecerse en nada físicamente a mi hermano Pol, me recordaba mucho a él. El gran ingeniero de la familia que siguió los pasos de mi padre y que estaba abriéndose camino por las Américas.

Alex era serio pero muy concienzudo, cuando le mandaba alguna tarea la intentaba hacer siempre a la perfección y con rapidez. En la cocina no tenía mano, pero tampoco se lo requería. La mayoría de los clientes lo conocían y, aun sin ser un chico de palabra fácil, era muy amable y educado y servía de maravilla. No se equivocaba, tenía buena memoria y era detallista.

Cuando acabó el verano volvió a la universidad y me quedé sola otra vez, pero ya conocía los inviernos, el trabajo bajaba a la mitad. Seguí al pie del cañón, dedicándome cada vez más a las clientas asiduas. Muchas de ellas venían para conversar, reclamaban mi atención y me contaban sus vidas. Me pedían consejo, y pasábamos maravillosas tardes de charlas, risas y sus confesiones, no las mías. Yo era el conducto, no quería crear vínculos de momento.

Era feliz, me sentía útil de nuevo y no tenía dependencia de nadie, mi única carga eran los pagos que llegaban sin olvido todos los meses, pero que podía ir cubriendo y eso me

daba tranquilidad, mi negocio seguía andando.

Los siguientes años siguieron en la misma línea; los inviernos, yo atendía sola el negocio; los veranos, venía Alex, hasta que acabó la carrera tres años después y se fue a labrar su propio futuro.

Contraté a un chico argentino que trabajaba de cargador de camiones en el polígono de al lado y, que cuando la empresa se trasladó a cien kilómetros al interior, no quiso acompañarlos ni prescindir del mar. Este pueblecito costero nos tenía a unos cuantos enganchados. Era cliente asiduo, cuando terminaba su jornada laboral, venía a tomarse algunas cervezas antes de ir a su casa, que compartía con otros dos amigos. Nunca pude convencerlo de que tomarse uno de mis téis, pero nos reíamos en el intento.

Yo misma le propuse si quería trabajar unas horas hasta que encontrara alguna cosa que le conviniera más. Lo aceptó al instante, y pasé a tener un nuevo ayudante, Nicolás.

Estuvo pocos meses, porque su madre, que vivía en su país natal, enfermó, y se fue de un día para otro hacia su Argentina.

Y una tarde de lluvia, oscura y fría, apareció de la nada mi Paola. Agotada, demacrada, mojada y hambrienta. Me causó mucha curiosidad aquella chica tan bonita y joven y tan cansada de la vida...

Conversaciones con mamá

Finalmente se levantaron todos y fueron bajando al salón, yo llevaba allí más de una hora, escuchando los ruidos en el piso de arriba, las primeras frases del día mientras se daban los «buenos días» al encontrarse por el pasillo camino del baño; conocía bien la casa y detectaba todos los movimientos.

El primero en bajar fue Pol, se sorprendió al verme, no me había oído entrar, y después de darme un abrazo comedido, se sentó a mi lado. Tuvimos una típica conversación de ascensor; su vuelo, mi viaje, el tiempo... Al poco bajó Violeta que con una sonrisa dulce se abalanzó sobre mí para rodearme con sus brazos y besarme, mientras me cogía la cara entre sus manos y me observaba con claros signos de emoción.

Aquello empezaba a ponerse muy emotivo para ser tan temprano.

Finalmente, bajo Alfred que con una gran sonrisa me arrastró hacia su pecho y me abrazó con fuerza y ya no se apartó de mí.

Era una situación incómoda, no acababa de ser violenta, pero se notaba la distancia que había entre todos y lo mucho que hacía que no nos veíamos; éramos como desconocidos haciendo el esfuerzo de conocerse.

Desayunamos todos juntos en la cocina, mamá no salía de su habitación desde hacía días, y Violeta nos indicó que en un rato subiríamos a hablar con ella.

Mis hermanos la habían saludado la tarde anterior, yo aún no la había visto, no había subido, y la verdad, demoraba ese momento porque se me hacía muy difícil volver a verla.

A media mañana, Violeta vino a buscarme al porche, donde estaba con Alfred tomándonos una infusión, para decirme que mi madre ya estaba preparada y quería hablar conmigo a solas.

Nos miramos mi hermano y yo, y Violeta, al ver nuestras caras de asombro, nos tranquilizó diciendo que luego subiéramos los tres. Al contrario de tranquilizarme, me puse más nerviosa. Hubiera preferido subir juntos, verla los tres disipaba la incomodidad, y la conversación se me haría más llevadera. Pero ahí estábamos para satisfacer a la gran Gala, no iba a ser yo quien pronunciara una palabra para contradecirla.

Subí las escaleras apoyándome en la barandilla, sentía que mis piernas estaban débiles y temía perder el equilibrio. Llamé a la puerta del dormitorio y mamá contestó que entrara.

Nos besamos, nos observamos, hubo silencios incómodos y esperé a que ella iniciase la conversación, la noticia, la sorpresa o lo que tuviera entre manos.

Y empezó, vaya si empezó, lo tendría ensayado o no quería perder tiempo en

preámbulos, porque fue directa a la yugular.

—África, perdónate de una vez, no eres la culpable de nada, ni eres la responsable de nadie, no hay buenos ni malos, no has de salvar el mundo. Date permiso para vivir, para ser tu misma, para dejar de preocuparte por los demás. Piensa en ti, amate, acéptate y vive. Mírate, eres preciosa, con ese tono de piel, rodeada de estas maravillosas perlas que tienes esparcidas por todo tu cuerpo. Ese color de cabello a miel y sol. Eres un ser apreciable y bueno, quíérete.

Mi madre estaba desvariando. ¿Cómo no iba a quererme y aceptarme con casi cincuenta años? Llevo conmigo misma desde entonces, con esta tez pecosa y este pelo rojizo. Se instalaron en mi adolescencia y ahí se quedaron para siempre mis pecas. Ya había pasado mi rechazo, eso fue en mi niñez, cuando la diferencia entre mis amigas era muy palpable, pero se desvaneció cuando sentí que esa diferencia me hacía justamente eso, diferente.

Tía Violeta, a la que me parecía bastante, siempre me decía que las pelirrojas teníamos un don y reivindicaba esa diferencia con el resto.

A mí, por entonces, me parecía un castigo más que un regalo del cielo. Mi piel, que aún no conocía suficiente, me abrumaba; hacía unos cambios espectaculares si la exponía al sol, se multiplicaban las pecas a la velocidad de la luz.

Mi madre continuaba con su discurso, yo estaba alucinada.

—No necesitas ganarte el cielo, África, tu nacimiento fue una bendición para nuestra familia. No has de pedir permiso por existir, ni perdón por respirar, no debes nada a nadie y menos a nosotros. Haz, sé, vive, ama de corazón y no por obligación. El amor es algo grande, puro, gratis, es un regalo, no es una moneda de cambio.

Mientras la escuchaba, me decía a mí misma que esto no podía estar pasando de verdad. Mi madre dándome consejos sobre cómo tenía que vivir mi vida, cómo debía quererme y qué debía hacer para ser feliz.

Y me preguntaba: «¿Cómo puede ser que cuando la muerte toca a tu puerta despertemos del letargo de toda una vida de silencios y nos demos cuenta de qué deberíamos haber dicho o hecho?».

¿Ahora? ¿En serio?

Esas palabras me hubieran ido muy bien en mi adolescencia, cuando me hacía muchas preguntas y no tenía respuesta para ninguna. Cuando las dudas me embriagaban, cuando veía situaciones en casa que no comprendía; o peor, que no me gustaban y tenía que aguantarme. Porque era pequeña, la pequeña de la familia, de hecho, y si mis hermanos mayores no preguntaban, no debía hacerlo yo.

¿Ahora le había venido el arrepentimiento? Le había entrado el ataque de madre protectora y, con la contundencia que la caracterizaba, me lo estaba soltando todo. Bueno,

ese era el comienzo, y había empezado fuerte, a ver qué me esperaba por saber.

La aceptación conmigo misma la tuve que aprender sola, adquiriendo herramientas en las incontables terapias que había tenido que hacer a lo largo de mi vida, sobre todo en mi juventud.

Cuando acabé la carrera y tuve que poner en práctica los estudios adquiridos de fisioterapeuta empatizaba mucho con mis pacientes. Ellos me contaban sus vidas, porque al final todos se abrían y poco a poco iban haciéndolo, incluso los hombres.

Con ellos, y escuchándolos con atención, primero para saber de dónde podían venir sus contracturas y de qué parte emocional se producían los dolores; segundo, porque empatizaba de manera natural, era parte de mi personalidad. Y fui viendo, cada vez con más claridad, que mi vida nunca había sido tradicional y mucho menos convencional.

A nosotros no nos habían educado con los mismos valores de esfuerzo, de unión, de familia que tenían la mayoría. Y una vez más me había sentido desubicada de mi propia vida.

En aquellos años, descubrí muchas cosas, y he de decir que, aunque pudiera parecer lo contrario, creo que la mayoría fueron buenas. Aprendí que no todos tenemos que ser iguales, que en las diferencias rige la creatividad. Seguir al rebaño no es garantía de nada, ni mucho menos para ser más feliz. Seguir tus propias convicciones, si te hace estar más conectado contigo, y afianzar la seguridad que todos anhelamos y necesitamos.

Me creé, me construí y me diseñé, según mis propios parámetros, y me gustó. La vida no me dañaba, ni me maltrataba, me daba la oportunidad de ser lo que quería ser. Y pude verlo con la ayuda de la psicóloga del momento, quien me hizo observar la vida que tenía y que yo sola había conseguido.

Tenía buenos amigos, de la facultad y del trabajo; con mis compañeras de piso fuimos una gran familia. Tuve relaciones de pareja, en las que hubo de todo y con las que aprendí mucho, sobre todo de mi cuerpo y de mi personalidad en el amor. Y lo más importante, aprendí a reconocer lo que no quería tener cerca y las personalidades que no encajaban conmigo. Me volví selectiva.

Me esforcé por no crear relaciones de autodependencia, ni hacia un lado ni hacia el otro. Me alejé de las personas críticas, conformistas y eternamente infelices. Me acerqué a las personas alegres, que valoraban lo que tenían, que lo disfrutaban y que les gustaba compartirlo.

Mis compañeras de piso, durante los años de carrera, fueron mi puntal y mi punto de unión con la familia, esa era la mía por entonces, y ellas lo sabían y lo cuidaban. La unión que se creó con ellas nunca la había sentido en casa. Compartimos vivencias, momentos, amigos, viajes... Y aunque nuestras vidas siguieron por caminos muy distintos, el contacto,

aunque fuese telefónico o por correo electrónico, nunca se acabó de perder. Con el tiempo se fue diluyendo y, con los años, nos quedaron las felicitaciones navideñas, cumpleaños y alguna llamada esporádica. Mis chicas.

Las guardo dentro de mí con mucho cariño y les brindo muy buenos recuerdos. Fueron parte de mi vida durante una etapa complicada. Ellas nunca acabaron de saber todo de mí; no por no confiar en ellas, sino porque yo no sabía quién era y la que no confiaba en mí era yo misma. No sabía cómo definir mi pasado ni mi infancia. No conservaba muchos recuerdos, ni buenos ni malos, simplemente no estaban. Supongo que los deposité en mi cerebro en el apartado del pasado y ahí se quedaron. Luego supe que era una huida por salvación, por protegerme.

Me mentí y, por supuesto, cuando empecé mi primera terapia con veinte años, salieron todos a relucir. Lloré, pataleé, me enfadé conmigo y con todos ellos, incluso con mis hermanos, por no hacer, por no exigir, por no implorar. Pero empecé a valorar y a querer mi propia vida y a los miembros que habitaban en ella, aunque hubiese sido distinta a las que conocía, era mía y no debía huirla.

Aunque nunca tuve la necesidad de volver a casa para hablar con mi madre de todo aquello, que iba descubriendo en las terapias, y cerrar esa fisura entre nosotras para arreglar las cosas. Entendí que no había nada que solucionar, así habían sido las cosas y no podía cambiarlas. Sus motivos tendrían, o quizás no sabían más, o no creían que aquello podría acarrear tantos problemas emocionales a sus hijos. Y de un carpetazo, las acepté sin la necesidad de esconder mi vida de cara de los demás.

Aprendí a quererlos en la distancia, a valorarlos y a recordarlos en bonito, con una sonrisa.

Siempre fui reservada, eso no cambiaría, nunca tuve la necesidad de explicar mi vida a nadie. Pero en esa terapia algo cambió. Perdí la culpa y la vergüenza y eso me dio un respiro, un bienestar y una tranquilidad que nunca había experimentado.

Pero ahora venía mi madre a abrir todas las cajas de Pandora existentes y a darme lecciones de amor, de vida. Y me di cuenta de que quizás tampoco lo tenía todo tan bien aceptado, guardado y solucionado.

¿Qué debía hacer yo con toda esa información? No sabía ni cómo reaccionar. Me vino a la cabeza la parte racional que siempre estaba en mí, preguntándome cuál sería la respuesta correcta para no abrir un conflicto y para cerrar aquello y que ella se fuera en paz.

La escuché y, a medida que lo iba haciendo, iba bajando mis barreras y la empezaba a ver como lo que era, mi madre. Una mujer mayor que se estaba despidiendo de los suyos, queriendo dejar cerradas las grietas abiertas en vida. Y me pareció hasta conmovedor.

Dicen que hasta los asesinos, maleantes y los demonios personificados tienen su

momento de conciencia, aunque sea a las puertas de su muerte. Y hay religiones que propagan el perdón con el simple hecho de arrepentirse.

Por supuesto, no era el caso, no sé por qué me vino tal comparación a la cabeza. A ella solo la podíamos tachar de egoísta, tremendamente egoísta, sí, por no dedicarse ni involucrarse en la crianza, educación y protección de sus retoños, pero ella había escogido su vida y, a su manera, nos amó. Siempre estuvo con nosotros, nunca se alejó del todo. Su presencia tenía mucho valor en la familia, y así lo aceptamos todos.

Ella había vivido su vida intensamente y, a su parecer, había hecho lo que consideró en su momento era lo correcto. Nunca nos gritó, ni nos pegó, ni casi nos recriminó. Era una presencia fantasmal que teníamos integrada, era parte de la decoración. Y nosotros la amábamos, era nuestra madre, aun sin entender ni lo que hacía ni cómo, la necesitábamos.

Tía Violeta entró en el dormitorio de mis padres, que desde hacía unos años, cuando él murió, compartían ellas dos. Se veía el toque femenino por todos los rincones y el estilo de cada una en su parte de la habitación.

Verlo no me importó, de hecho, lo sabíamos todos, era un secreto a voces. Aunque durante muchos años lo escondieran y disimularan, siempre supimos que su amistad era muy especial, eran inseparables.

Para acallar las habladurías del pueblo, tía Violeta siempre conservó su piso en el centro. Para que todos supieran que ella vivía allí y la vieran entrar y salir de vez en cuando; siempre durmió en su casa, aunque estaba la mayor parte del día en la nuestra. Ahora hacía años que a su casa acudía muy esporádicamente, pero la siguió conservando.

—¿Cómo vais, chicas? ¿Necesitáis algo?

—Todo bien, tía Violeta, aunque creo que mamá debería descansar —dije en un amago de levantarme e intentar huir de aquella situación.

—No, hija, estoy bien, y aún no he acabado contigo. —Sonrió.

—Vaya, pensaba que ya estaba salvada por la campana —respondí, mirando a tía Violeta, buscando una cómplice y una salvación.

Tía Violeta se sentó al lado de mamá y la cogió de la mano. Aquello me empezó a incomodar, parecía que se estaban preparando para soltar una bomba.

Un embarazo estaba descartado a sus edades. Un hermano prófugo... tampoco; bueno, nunca se sabe.

Mi madre volvió a coger la palabra.

—África, hay algo que queremos contarte tía Violeta y yo. Hace muchos años que te lo queríamos explicar, pero nunca encontramos el momento, no te veíamos preparada para encajar según qué información.

—Me estáis asustando, por Dios, soltadlo ya.

—Tía Violeta no es tu tía política, ni solamente tu amiga, es tu madre biológica.

—¿Cómo? ¿Qué me estáis queriendo decir? ¿Por qué? Y lo peor, ¿por qué ahora y no hace treinta o cuarenta años... o desde que nací?

—Sí, sí, África, sabemos que debes de tener muchas preguntas, y las responderemos todas, déjanos que te lo expliquemos.

—¿Pol y Alfred lo sabían? —pregunté un poco enfadada, no podía ser que fuera la última en enterarme.

—No, por supuesto que no. Tú eres la primera en saber toda la verdad, y tú decidirás qué hacer con ella.

—¿Y mi padre? —dije, interrumpiéndolas.

—Sí, él sí, lo supo siempre, porque él es tu padre. Y nos apoyó siempre.

—¿Cómo? ¿Era el marido de las dos?

—Noooo —se apresuraron a decir.

Estallé en llanto, tapándome con las manos la cara y sin poder ni mirarlas; ellas no hicieron ni dijeron nada, esperaron a que me calmara o a que lanzara más preguntas.

Mi padre también me había mentido, había continuado con una farsa que estaba claro que no iba a hacerme ningún bien. Empecé a tener *flashes* de todo tipo, situaciones, frases que se habían quedado en el aire y que yo no comprendía, situaciones de complicidad que no tenían sentido, escenas...

—Déjanos que te lo expliquemos todo, antes de tomar tus propias conclusiones, por favor, África —dijo mi madre.

Y empezaron una gran historia, para un buenísimo libro.

La confesión

Violeta era la mejor amiga de mi madre desde la escuela, las dos eran de Barcelona y vivían en la ciudad con sus familias. Conocieron a mi padre en una fiesta de universidad de finales de curso. El flechazo fue inmediato entre Gala y Erik, mis padres. Ella tenía diecisiete años, y él, veinte. La juventud y las ganas de experimentar los abocó a los brazos el uno del otro sin remedio.

Él estaba en segundo de Arquitectura y ella empezaría Bellas Artes el siguiente año, junto con Violeta, cursaron la misma carrera, ya por entonces eran inseparables.

Erik y Gala empezaron a salir de inmediato y no pudieron volverse a separar jamás. Para Gala era la primera experiencia en el amor y lo vivió apasionada y febrilmente. Erik había tenido algunas amigas especiales que nunca pasaron de allí, hasta que conoció a Gala.

Pasaron un verano intenso, recorrieron playas, descubrieron parajes en el coche viejo del padre de él, recorrieron toda la ciudad con paseos interminables, acudieron a las fiestas de verano de sus barrios, se presentaron a los amigos de cada uno, que se volvieron todos amigos comunes, y en muchas ocasiones, arrastraron a Violeta con ellos, así que se volvieron inseparables los tres.

Erik invitó a Gala a pasar unos días a la casa de sus abuelos en un pueblecito de Girona, en el alto ampurdanés. Los padres de Gala se opusieron al principio, ella era menor y la veían muy descentrada y demasiado obsesionada con Erik. Pero los padres de él llamaron a los padres de Gala y los convencieron de que allí no había peligros, que era un pueblo muy pequeño donde todos se conocían y donde siempre habían veraneado. Ellos estarían en la casa y que el abuelo tenía muchas ganas de ver a su nieto, y él, sin Gala, no quería ir.

Incluso los invitaron a subir un fin de semana, aunque ellos amablemente la rechazaron con la excusa que se iban de vacaciones, y porque veían que los chicos eran muy jóvenes y pensaban que aquello no pasaría del verano. Nunca creyeron que aquello tuviera la continuidad que luego tuvo, toda una vida.

Así es cómo Gala conoció el pueblo de la familia de Erik y se volvió a enamorar, esta vez de aquel maravilloso lugar. Allí se sintió libre, independiente y pudo empezar a saborear una vida, lejos de la ciudad, del control parental. Aquel paisaje de mil y una tonalidades, la inspiró. Pintó, escribió, dibujó los paisajes que en su retina se quedaban impregnados y se sintió feliz, como nunca, antes, había experimentado.

Se prometieron amor eterno, fantasearon con la idea de trasladarse allí a vivir, cuando acabasen sus respectivas carreras, e imaginaron una familia llena de hijos, perros y arte en

aquel paraje que deseaban acabase siendo su futuro.

Acabó el verano y regresaron a la gran ciudad a seguir con sus vidas estudiantiles y su amor. Gala y Violeta siguieron inseparables y durante unos años, hasta que terminaron las carreras, iban y venían de la casa del abuelo de Erik, fines de semana y vacaciones. Cada vez tenían más cosas en esa casa, cada vez pasaban temporadas más largas, hasta que el abuelo, que vivía en aquella casa, solo, donde los inviernos eran fríos y solitarios, necesitó ayuda porque ya no podía valerse por sí mismo, ni hacerse cargo de todo; ni de la casa, ni de los animales... Ingresó en una residencia de la zona hasta que se fue apagando y con ochenta y dos años murió.

Por entonces, Erik había acabado Arquitectura y le salió un trabajo en la ciudad de Girona. La casa del abuelo quedaba a treinta minutos y se trasladó a la casona para empezar su carrera profesional, que le daría muchas satisfacciones y un buen nivel de vida.

Gala iba y venía muchos fines de semana con Violeta y otros amigos. En aquella casa se hicieron grandes fiestas, bacanales, corrieron drogas, alcohol y mucho sexo. Los adultos no estaban presentes y eso les daba una libertad que se querían fundir experimentándolo todo y viviendo al límite.

A Gala aquel estilo de vida la fascinaba, allí podía dejar volar su imaginación creando su arte y sintiéndose adulta a la vez que un pájaro libre. Cuando acabó la carrera aquel mismo verano, se fue de casa a vivir con Erik a la casona del abuelo, se instalaron en Girona. Violeta se quedó en Barcelona.

Gala trabajó en la escuela del pueblo dando clases de plástica durante los primeros años, mientras lo combinaba haciendo piezas de barro, que luego repartía —dejándolas en depósito— en las tres tiendas del pueblo que vendían *souvenirs* para los turistas.

A los dos años llegó su primer hijo, Alfred, y sintieron una alegría inmensa, aun siendo tan jóvenes, los hizo unirse y les ilusionó convertirse en padres creando su propia familia. A los dos años llegó Pol y, con el nacimiento del segundo hijo, Gala decidió dejar de trabajar en la escuela y seguir creando arte en su casa, a su aire y sin control de tiempo, según la inspiración y lo que los niños le permitían. Erik ya había ascendido en dos ocasiones en la empresa donde estaba desde que había acabado la carrera y podían permitirse vivir bien con un solo sueldo.

Violeta, por entonces, tuvo una relación con un chico que duró un par de años, pero que se rompió cuando esta tuvo un romance pasajero con una compañera de trabajo. Esa situación hizo que entrara en desvarío con ella misma, replanteándose muchas cosas sobre sus gustos sexuales. ¿Era homosexual, hetero, bisexual? Esas etiquetas que llevamos colgadas toda nuestra vida a ella se le acababan de quebrantar, provocándole una depresión de la que le costó salir.

Gala invitó a Violeta a trasladarse una temporada a la casona, con ellos. Le dijo que los niños le darían vida, los aires de Girona le vendrían bien y que allí nadie la juzgaría. Nadie la conocía lo suficiente y podía volverse a reconstruir hacia donde quisiera llevar su vida y sus condiciones sexuales.

Después de unos meses acudiendo a terapia semanalmente, habiéndola despedido de su trabajo a consecuencia de una baja laboral demasiado larga para la empresa, empezó a levantarse cabeza. Y se dejó convencer por Gala para trasladarse al pueblo.

A Erik todo lo que hacía Gala le parecía bien, estaba loco por ella, la amaba profundamente, admiraba cualquier cosa que dijera y, además, le había dado dos hijos, no podía ser más feliz.

Violeta estuvo unos meses instalada con ellos, ayudó a Gala con sus pequeños sobrinos políticos, así los llamaba, y volvieron a recuperar el tiempo perdido. Mejoró mucho estando en ese entorno, no se hacía tantas preguntas ni se martirizaba por los prejuicios sociales. Allí se sentía libre y empezó a plantearse instalarse definitivamente en el pueblo y crear su vida en ese entorno, al lado de su mejor amiga y, ahora, también con los niños.

Pudo conseguir el antiguo trabajo de Gala en la escuela del colegio, siendo profesora de plástica y estaba todo el día rodeada de niños. También colaboraba con el Ayuntamiento ayudando a llevar la gestión y organización de eventos y fiestas del pueblo.

Cuando encontró el trabajo, se cogió un piso de alquiler en el centro del pueblo, muy cerca del colegio, con una terrada enorme, donde le gustaba cenar en las noches de verano cuando no estaba en casa de Gala y Erick. Así empezó su nueva vida, aunque solo utilizara el piso para dormir. Durante el día, trabajaba o la mayoría de las tardes las pasaba en la casona con Gala.

Pasaron un par de años y se sentía feliz, no salió con ningún chico ni chica, no le apetecía experimentar más, pero sí se le despertó el instinto maternal, cada vez lo tenía más acusado, cada día lo deseaba más. Tomó la decisión: quería ser madre. A la primera a quien se lo comunicó, por supuesto, fue a Gala. Quería que su retoño creciera con sus hijos y construir una gran familia.

Estuvieron hablando durante meses, Violeta, por entonces, tenía veinticinco años y, habiendo sufrido tanto por amor y por la depresión que había pasado, se sentía mayor, preparada, madura. Tampoco quería tener pareja de momento, ni tener una noche loca para quedarse embarazada, era demasiado arriesgado. Tampoco quería acudir a ninguna clínica de inseminación. Así que no quedaban muchas más alternativas. Una noche, entre copa y copa y los porros habituales nocturnos, mientras los niños dormían, después de mucha divagación, Erick soltó:

—Te embarazo yo.

—¿Cómo? —soltaron las dos al unísono.

—Que yo seré el padre de tu hijo —sentenció Erik.

Estallaron en risas y preguntas retóricas, y más risas, y dudas. Pero a partir de ahí empezaron a darle forma a tal locura. Se plantearon las mil y una situaciones de cómo llevarlo a cabo. Y, finalmente, acordaron que él le daría el esperma, pero la condición era que a ella se lo inseminarían en un hospital de reproducción asistida. Violeta claudicó con la idea de pasar por una clínica. Y así de sencillo y complejo fue. Aceptando tan preciado regalo en nombre de la amistad, la familia escogida y un agradecimiento infinito que duraría toda su vida. Gala estaba entusiasmada con la idea.

Aquel relato que me estaban narrando entre las dos, de manera natural, recordando cuánto amor hubo en todo lo que hicieron, a mí me parecía fantasmal, irreal y de película de paranoia.

—Esto es una puta locura, estáis las dos majaras perdidas, y mi padre siguiendo vuestras demencias se dejó engatusar.

—África, no te equivoques, nunca le hubiéramos propuesto tal cosa a tu padre. Había otras alternativas, y esa, nosotras no la contemplábamos. Fue idea de él —contestó mi madre.

Mi padre estaba tan enamorado de mi madre que verla feliz era lo único que tenía valor para él. Y ella era feliz con su amiga Violeta cerca, la conexión entre las dos era palpable, se entendían de maravilla y la juventud que todos tenían, por entonces, no les hizo replantearse lo complicado que se podría convertir todo aquello en el futuro.

—Entonces, ¿soy hija de tía Violeta y mi padre?

—Sí —verbalizó Violeta, mientras mi madre asentía con la cabeza.

—Pero ¿por qué coño no has hecho de madre y sí de tía? ¿Por qué me contáis esto ahora? Mi madre empezó el relato.

—Violeta quedó embarazada en el primer intento, tu padre tenía buen esperma y ella era muy joven. Todos estábamos entusiasmados con la idea de aumentar la familia, sentíamos que era una unión difícil de cuantificar. Éramos todos tremendamente felices, las cosas iban bien, y llegó el día de tu nacimiento.

»Estábamos expectantes, muy emocionados con la nueva llegada a la familia. Todo había ido genial, el embarazo, el parto, tú eras una niña preciosa. Parecíais dos gotas de agua; naciste con mucho cabello, muy rizado y totalmente panocha y con un ojo de cada color, eras espectacular, como ahora. Resaltabas de todas las cunas que había en la *nursery* del hospital. Eras un calco de tu madre, de tu padre sacaste los pies grandes y su carácter bondadoso, generoso y amable.

»Todo iba bien hasta que llegamos a casa. Decidimos que, durante unas semanas,

mientras os adaptabais la una a la otra os trasladaríais a la casona, así si necesitaba ayuda, entre todos, saldríamos adelante.

Violeta intervino:

—Cuando llegué del hospital, me sentía muy débil, extraña, no tenía la alegría y la ilusión que había visto en tantas amigas al tener a sus hijos, y que tu madre había experimentado con Pol y Alfred. No sé qué me ocurrió, África, pero una pena me embargó y no era capaz de mirarte a los ojos, de cogerte, de amamantarte. Lo siento, sé que escuchar esto ha de ser muy duro, muy traumático para ti.

No pude ni contestar, las miraba a las dos mientras ellas me observaban muy atentamente, a la espera de cualquier reacción que yo pudiera tener. Pero yo no reaccionaba. Lo que me estaban contando era tan fuerte que no lograba comprender cómo una madre puede llegar a actuar de esa manera.

Violeta intentó acercarse a mí para cogerme de la mano mientras me ofrecía un vaso de agua, le rechacé las dos cosas. Me levanté de los pies de la cama de mamá y empecé a dar vueltas por la habitación, reconstruyendo la información que me acababan de transmitir e intentando calmarme. Mi corazón iba demasiado deprisa. No sabía si sentía pena, enfado o me estaba dando un ataque de ansiedad.

Salí de la habitación, sin mirarlas, me ahogaba en esas cuatro paredes, observada por mis dos madres.

—Espera —dijo Violeta.

—Déjala. —Oí que decía mi madre.

Salí de la casa, empecé a andar campo a través, no sabía ni hacia dónde iba, pero necesitaba respirar, me faltaba el aire. Anduve durante un largo rato, me introduje en el bosque de detrás de la casa, que tan buenos recuerdos me traía, y seguí andando hasta que me entraron náuseas y, apoyada en un árbol, vomité.

Sí, saqué bilis, el desayuno ya lo había digerido, no tenía nada en el estómago, pero mi cuerpo, antes que yo, reaccionó y necesitó sacar la angustia que llevaba dentro.

Me recosté en el mismo árbol donde lo hacía de niña, ese tronco robusto me transmitía mucha paz. Poco a poco mi respiración se acompasó, me calmé e intenté recomponer tal pesadilla. ¿Estaba soñando o era real? Mis madres me habían dado la noticia más dura que un hijo puede recibir, que no eres hijo de quien siempre has pensado que lo eras.

Un montón de pensamientos me acecharon la cabeza, mi corazón seguía latiendo con fuerza y mi cuerpo empezó a temblar. Las lágrimas asomaron por mis ojos a la vez que me entró hipo y, entre este festival de sensaciones, rompí en un llanto desgarrador. Mi mundo, que tanto me había costado aceptar, con el que había luchado toda la vida por hacerme un lugar en esa familia de la cual nunca me reconocí... y ahora resultaba que todo encajaba.

Claro que encajaba, claro que no sentía que era de allí; es que no lo era.

No paraba de llorar, lloré por esa niña perdida durante toda su infancia, lloré por sentirme culpable siempre, lloré por no entender las diferencias obvias y que ahora me explotaban en la cara.

Me sentía estafada, les recriminaba que me hubieran robado mi niñez, que hubieran llevado tan lejos esa farsa y esa mentira tan enorme. Ellos, que habían ido de *progres* toda la vida, que nos habían educado casi sin límites, que nos habían dejado tan libres que nos tuvimos que reinventar a nosotros mismo. Ellas, mujeres, artistas, de mente abierta, viajadas, pero que no fueron capaces de vivir con la verdad y ser honestas conmigo y también con ellas mismas.

No lograba comprender que mi madre biológica hubiera estado presente siempre y conviviendo conmigo toda la vida, ¿cómo nunca se les había ocurrido decirme la verdad? No lo entendía.

Me faltaba información, tenía que haber una explicación, esa reacción se merecía una justificación grande. Seguro que la habría.

Y volví hacia la casa. Mis hermanos estaban en el salón y se giraron los dos al verme entrar, un poco desencajada y subir las escaleras muy rápido, hacia la habitación de mi madre. No me dijeron nada, no sé si sabían o preferían no meterse en cosa de mujeres, como siempre decían ellos.

—Seguid, por favor —les lancé a modo de amenaza, mirándolas a los dos, mientras cogía una silla, que había al lado del tocador, y me acerqué a la cama. No quería contacto físico, no podía.

Empezó mi madre. Violeta me miraba asustada. Había llorado.

—Violeta llegó del hospital y te dejó en tu cunita, con mucho cuidado, pero sin demora. Ella se lanzó a la cama y de ahí no se levantó en un mes. Había cogido una depresión posparto y no era capaz de acercarse ti, no podía mirarte, tu llanto la alteraba demasiado. Ahí supimos que había habido un cortocircuito dentro de su cabeza. Yo conozco a Violeta de toda la vida, África, la conozco mejor que nadie. Es todo corazón, toda emoción, sensibilidad... y a veces demasiado vulnerable. La situación de su nueva maternidad, la responsabilidad, la superó. Enfermó, África, no es que no te amara... estaba enferma. Una depresión es una enfermedad, no es culpa de nadie, y ninguno estamos exentos de no tenerla, todos podemos pasar por eso, y ella sufrió muchísimo.

»Y yo cogí las riendas, África, te amaba desde el día que nos dijeron que ya existías, cuando oímos tu corazón por primera vez. Me hice cargo de ti como de tus hermanos, no había diferencias entre ellos y tú, nunca las hubo y nunca las habrá. Para mí, eres mi hija, África, y te amo profundamente.

»Erik indagó sobre cómo solucionar tal panorama y, sobre todo, cómo hacer reaccionar a Violeta. Le recomendaron un terapeuta muy bueno de Girona. Y una tarde se presentó en casa con él y lo dejaron con Violeta, mientras nosotros nos fuimos con los niños a pasar la tarde fuera.

»Cuando regresamos a la hora de la cena, Violeta seguía en la cama. El doctor diagnosticó una depresión severa posparto, que ocurría en muy pocas ocasiones pero que existían. Y nos recomendó que la madre se fuera y que tú quedarás a nuestro cargo.

Mamá seguía explicándome, pero yo ya no atendía. Me visualizaba a mí, un bebé de semanas, y no era capaz de asimilar tal situación.

—Violeta ingresó en un centro de reposo y estuvo allí tres meses. Cuando le dieron el alta, los padres de Violeta se la llevaron a su casa, en Barcelona, pero tú te quedaste con nosotros. Los abuelos, al principio, pusieron resistencia, pero sabían que donde mejor estarías era aquí, que aquí estaba el hogar de Violeta, y ellos estaban convencidos de que sería muy temporal y que regresaría pronto al pueblo y todo quedaría en una anécdota.

»Pasaron los meses, yo iba hablando con la madre de Violeta con regularidad, ella me hablaba de la evolución de ella y yo le contaba tus avances como bebé. África, tu eras una niña maravillosa, nunca diste ni un problema, eras buena, tranquila, risueña y confiada. Siempre pensamos que eras una niña feliz, y tus hermanos te acogieron como la muñeca de la familia y la princesa de la casa. Para nosotros, fuiste una bendición para la familia. No fue como lo habíamos planeado, de acuerdo, pero así salieron las cosas; Violeta tenía que curarse, lo estaba pasando muy mal, y tú eras la pequeña de la familia, y entre todos construimos este hogar. No fue planeado, no hubo mala intención, la vida decidió por nosotros, por todos.

Violeta interrumpió a Gala y quiso proceder con el relato en primera persona.

—Pasé cinco años en Barcelona, África, de esa época no recuerdo muchas cosas, iba muy medicada y estuve en un estado de letargo durante casi un año. Después acudí a terapia y, poco a poco, me fui dando cuenta de todo; de la realidad, de lo que le había pasado a mi cerebro y que no quise aceptar en su momento.

»Un día llamé a Gala, por aquel entonces, ya teníamos contacto directo, yo ya volvía a ser persona. Ella me hablaba de ti, de tus progresos, me enviaba fotos tuyas, muchas, y me hacía partícipe de tu crecimiento. Eras una niña preciosa, buena, afable, tranquila. Y quise volver a verte...

Mi madre la interrumpió para continuar ella.

—Vino un día, sin avisar, me la encontré en el porche de casa —dijo mi madre.

—Déjame continuar, Gala, por favor —la cortó Violeta.

—Perdona... —respondió mi madre.

—Yo era otra persona, África, había estado enferma, enferma de verdad, intenté suicidarme en casa de mis padres, en dos ocasiones —dijo, bajando la cabeza y cogiéndose un hilo que le sobresalía del puño de la camisa—. No volvieron a ingresarme, pero me vigilaron muy de cerca; mis padres me ayudaron mucho, y el doctor Capgrós estuvo muy pendiente de mí durante los años de mi depresión. Y me curé. Fue un cúmulo de emociones, de situaciones que me superaron y mi cerebro hizo un cortocircuito. Nunca más me ha vuelto a pasar nada parecido, ni he tenido más depresiones. Necesité volver. Lo entiendes, ¿verdad?

Mi reacción

Se quedaron las dos en silencio. Parecía que la historia había llegado a su fin, esperaban mi reacción antes de continuar.

Yo no tenía palabras, no sabía ni qué responder. El relato fue muy duro, la verdad, demasiado fuerte para asimilarlo de una volada. Aquella situación les había hecho sufrir mucho a todos, eso me había quedado claro. Pero ¿y yo? ¿Dónde quedaba yo ahora?

Quizás la que aparentemente sufrió menos por entonces era el bebé, es decir, yo. Estaba bien cuidada, amada, mimada y a mi alrededor había mucho amor. Pero, emocionalmente, cuando nace un bebé, crea una conexión con su madre, el cordón umbilical que es difícil de sustituir.

Las interrumpí a las dos...

—¿No os dais cuenta? Aún no os habéis enterado de nada, ¿no? ¿Ni una sola vez os habéis preguntado si todo esto me podía afectar de manera negativa? ¿Si podía interferir en el crecimiento de mi personalidad?

»Porque resulta que fui una niña insegura, débil, asustadiza, dependiente de mi padre, que buscaba aprobación y aceptación de todos. Que sentía que debía ser buena, entregarme en canal a todo el mundo para ser amada. ¿No os dice nada eso? Quizás si hubiera sabido mis raíces verdaderas, teniéndoo a todos aquí, hubiéramos podido vivir de otra manera, ¿no creéis?; más sincera, más honesta, más real y natural.

Mi madre volvió a intervenir, Violeta tenía la cabeza agachada, se miraba los zapatos.

—Nos lo hemos preguntado, no una vez, África, un millón de veces, todo. Todas las preguntas que tú te estás haciendo ahora, y que te seguirás haciendo, han pasado por nuestra mente. Te amamos, África, y queríamos tu bien, si hubiéramos pensado que había algo que pudiera dolerte, interferir en tu estabilidad emocional, nunca en la vida lo hubiéramos hecho.

Lo entendí, no sé si aún podía comprenderlo, pero entendí lo que me contaban.

Todo lo que hicieron fue pensando en mí, en mi estabilidad, para mi bien. No me sentía enfadada, pero estaba desbordada de información y de emociones.

Si me lo hubieran contado de cualquier otra persona, lo hubiera entendido y empatizado. Al final, su amor por ese bebé y su bienestar era lo único que les hizo tomar decisiones muy complejas para que yo tuviera una armonía familiar y amor. ¿Qué más necesita un niño?

La última parte de la conversación no me la sacaba de la cabeza, me retumbada en el cerebro... mamá, mamá, mamá...

—Tenías cinco años cuando Violeta regresó. Yo sabía que ese día iba a llegar. Papá no quería renunciar a ti, y yo tampoco; por Dios, me hubiera muerto sin uno de mis hijos. Me llamabas «mamá», era tu mamá, la única que conocías —sentenció mi madre.

Violeta interrumpió a mi madre, que estaba al borde del llanto y se le notaba dificultad para respirar.

—Yo lo único que quería era estar cerca de ti, África, a cualquier precio y con las condiciones que me pusieran. Yo veía la vida desde otra perspectiva, la real. Llevaba meses estable y tenía el alta médica. Estaba preparada para hacerme cargo de ti.

»Esos cinco años lejos de ti fueron los peores de mi vida. No quería renunciar a ti, pero tampoco me perdonaría hacerles daño a Gala y Erik. Gracias a ellos no acabaste en manos de servicios sociales, yo no me pude hacer cargo de ti al nacer. Si se te hubieran llevado en adopción con otra familia me hubiera muerto de la pena. Y mis padres se estaban haciendo cargo de mí. No podía haber en la misma casa la enferma y la causa de la enfermedad. Comprendes, ¿verdad?

»Decidimos que, para ti, lo mejor era que siguieras pensando que Gala era tu madre, y yo sería la tía Violeta. Creímos que esta forma era la menos traumática para ti. Yo pude volver a tenerte, a disfrutar, verte crecer, ayudarte en tu propia evolución. Siempre fuiste una niña muy curiosa y de una bondad desbordante. Cuidabas de todos, de tus hermanos, de tu padre, de todos los animales. Eras una niña maravillosa, que luego te convertiste en una mujer increíble y nunca perdiste tu esencia y tu bondad.

—Estamos orgullosa de ti, África, mucho, todos.

Y ahora me tocaba a mí decir alguna cosa, expresar mis sentimientos, abordar el asunto con madurez. ¿No aceptar la situación adónde nos llevaría? ¿De que serviría que me enfadara, les reprochara y las eliminara de mi vida?

Les hablé.

—¿Por qué ahora? ¿Te estás muriendo, mamá?

—De eso ya hablaremos después. Ahora dinos cómo te sientes. Saca todo lo que tengas. Haznos las preguntas que necesites. Por favor, África, no te encierres en tu mundo, hablemos, no te lo quedes para ti.

—¿Qué queréis que os diga? ¿Que me ha gustado saber que he estado engañada toda la vida? ¿Que ya no sé cuál es mi lugar en esta familia? Que, sí, lo habéis hecho por amor, por mi bien, por mi estabilidad. Y entiendo que siendo un bebé no podía yo decidir nada. Pero en algún momento de mi existencia, en la adolescencia, por ejemplo, cuando vosotras nunca estabais aquí, siempre viajando, y yo me sentía abandonada cada vez que veía deslizarse las maletas por las escaleras y preguntarme cuántos días o semanas tardaríais en regresar esa vez, dependiendo de lo grande que fueran esas maletas. Y siempre me pregunté por qué no

me llevabais con vosotras ni una sola vez. Era la chica de la casa, la otra mujercita. Y siempre pensaba que volvíais a huir de nosotros porque nos dejabais aquí. ¿Os preguntasteis alguna vez si eso podría ser bueno para nuestra estabilidad emocional? Ya no solo hablo de mí, también incluyo a mis hermanos y, por supuesto, a papá. Ahora os llenáis la boca al decirme que todo lo hicisteis por mi bienestar, ¿sabéis lo que es eso? Porque en esta familia había más miembros, ¿sabéis? Nunca os importamos demasiado, con vuestras escapadas. Ahora sé que tuve dos madres, pero ¿sabéis qué? Nunca sentí que tuviera ninguna. Y a ti, tía Violeta, esa falta de responsabilidad y de dejar que las cosas pasaran y dejar que os llevase el viento hasta el día de hoy. Que tengo cuarenta y nueve años, por Dios, hace al menos treinta que me lo podríais haber explicado y dejarme decidir a mí alguna cosa. Quisiste volver para estar conmigo, para no prescindir de mí, ni mi educación, ni mi crecimiento y darme todo tu amor en el nombre de la tía Violeta. Pero tú también te ibas con tu querida Gala, no te quedabas conmigo para aprovechar el tiempo perdido. Sois unas egoístas, las dos, a partes iguales. Y ahora, esta confesión es otro acto puramente egoísta también. Vosotras tenéis la necesidad de soltarlo ahora, no en ningún otro momento, ahora. Parándonos a todos la vida, dándoos igual qué momento vital estamos viviendo. Y ahora, todos aquí, a vuestros pies, a escuchar vuestros remordimientos, a los que queréis darle salida y hacer limpieza, quién sabe por qué o para qué, aunque puedo hacerme una idea.

No quería enfadarme, no quería lanzar mi rabia hacia ellas. Sabía que aquello había sido una confesión, que ya no quedaba más tiempo y no sé si podía aguantar más noticias de esta índole. Y tenía un convencimiento absoluto de que la noticia mala estaba por llegar, y estaba segura de que había más.

Volvió a coger las riendas Gala

—Pues sí, África, hay más.

Reunión familiar con Gala

Comimos todos en la cocina, mi madre bajó a comer con todos, aun yendo en camión y andar muy lentamente, con la ayuda de Violeta, se sentó a la cabecera de la mesa, donde siempre se había sentado mi padre, ahora la matriarca era ella.

Estuvimos hablando de los proyectos de Pol, de la vida que tenía en New York, de las costumbres americanas y de lo bien que se había adaptado a esa cultura. La gran ciudad le daba una intimidad y una distancia social que a él le gustaba. Trabajaba en una ingeniería muy importante y tenía un buen puesto. Él amaba su trabajo y, aunque intentó explicarnos por encima en que proyecto estaban trabajando actualmente, no lo entendimos del todo, pero nos gustó escucharlo y saber un poco de él.

Alfred, como siempre, un torbellino, nos hizo reír mucho imitando a conocidos suyos italianos, exagerados y gritones, mientras nos explicaba anécdotas divertidísimas. ¡Lo que no le pasara a él! Nos estuvo hablando de su empresa, le iban muy bien las cosas, casi no trabajaba, andaba sola. Él se dedicaba a ir a algunas ferias que le interesaba ver de cerca o hacer contactos.

Yo les hablé de mi café maravilloso, de lo feliz que era en él, de la gran familia que se había montado y del éxito que tenían los pasteles que había aprendido de niña con ellas, con mamá y Violeta.

Después de comer, nos fuimos a tomar el café al porche; hacía una tarde magnífica, y Alfred quería fumarse un cigarrillo, o dos, o tres. Y Violeta se fumó un porro para relajarse de la tensión de aquel día, que, aunque intentábamos todos ser amables y estar sociables, se palpaba en el aire.

Mi madre subió a su dormitorio a descansar con la ayuda de Violeta, pero nos anunció que después de la siesta subiéramos a su habitación, que quería hablar con los tres.

Estuvimos un largo rato observando el jardín, las plantas, hablando de la gente del pueblo. Ninguno nos atrevimos a lanzar preguntas al aire sobre lo que mamá nos quería contar. Todos lo sospechábamos, pero no nos atrevíamos a verbalizarlo, si mi madre había querido darle ese misterio a la noticia bomba, debíamos respetarlo.

A media tarde, Violeta subió a ver a mamá y saber si necesitaba algo. Al poco bajo y nos dijo que ya podíamos subir. Nos miramos los tres, como si de una regañina se fuera a tratar. Me recordó aquellas películas, que te llaman para ir al despacho del director, y sonreímos resignados. ¡Había llegado la hora!

Violeta no subió, me sorprendió que no estuviera presente, pero entendimos que habrían

decidido hacer un momento íntimo de hijos y madre —por decirlo de alguna manera—. Mis hermanos no sabían todavía que yo era hija de Violeta, y en algún momento se lo tendríamos que decir. Bueno se lo tendría que decir yo. Y sí, no quería esconder más secretos. Sé que me querían, eso no iba a cambiar, ni nuestros sentimientos ni nuestra relación, de eso estaba segura.

Mamá fue al grano.

—Como os debéis de imaginar, hay más, no os he hecho parar vuestras vidas para hacer una comida familiar y reunirnos porque hace demasiado tiempo que no nos veíamos, que también, pero ese no es el tema que nos atañe hoy. Estoy enferma, y sí, es grave; muy grave, de hecho. Empezó por un cáncer en la cabeza hace unos meses, pero ahora se ha extendido y se ha producido una metástasis. Ha ido muy rápido, es cierto, a mi edad, hasta los cánceres son más lentos, pero en este caso, tiene prisa por llevarse. —Sonrió para pausar un poco la tensión, nada más lejos de su intención, porque el comentario nos dejó helados—. Ya soy mayor, si no es una enfermedad, será otra, y si no un día durmiendo, qué más da. Yo he vivido muy apasionadamente la vida, he sido muy feliz, me habéis hecho muy feliz. Estoy muy orgullosa de todos y cada uno de vosotros. Sois personas extraordinarias y quiero pensar que un poquito de responsabilidad debo de tener en eso. Sé que no es la mejor noticia, y que preferirías escuchar cualquier otra, ¡espero! —Volvió a hacer otra broma. ¿Qué le pasaba a esta mujer hoy?—. Bromas aparte, me queda muy poco tiempo y quiero que sepáis que no voy a hacer ningún tratamiento más; me destrozan por dentro y me deja demasiado aturdida, no quiero volver a pasar por esto otra vez. El médico lo sabe y, aunque no está de acuerdo, lo va a respetar. Cuando me empiece a encontrar muy mal, me dormiré para siempre y nos veremos en otras vidas, estoy segura.

Alfred interrumpió.

—¿Qué quieres decir con que te dormirás? ¿Te practicarán una eutanasia?

—Algo así, hijo. Será algo más casero pero efectivo. Ya sabéis que esa práctica no es legal en nuestro país. Eso es lo de menos, está decidido y creía que lo teníais que saber. Espero que sea de aquí a un tiempo, quizás en unas semanas o unos meses. Yo estoy preparada, estoy en paz conmigo misma y esperaré a que llegue el momento. Ponerme triste, enfadarme o luchar por algo que no tiene solución, no me va a llevar a ningún lugar y sí a mucho sufrimiento. Esta todo bien, y sé que vosotros también estaréis bien. Ya habéis pasado por esto con vuestro padre. Es ley de vida.

Nos miramos entre los tres. Pol, impasible, nunca sabíamos qué podía sentir, porque su cara era inexpresiva. Alfred empezó a respirar más rápido, y vi cómo sus ojos empezaban a brillar más intensamente mientras tragaba saliva para aguantar el llanto, era el más sensible de los tres.

Yo observaba la situación como si no fuera conmigo, estando atenta a los demás, en mi línea, para poder consolar a quien lo necesitara.

Después de la conversación que acababa de tener con mis madres, solo me faltaba esto. ¿Cómo iba a enfadarme con ella? Era una mujer muy valiente y tan fuerte... Ojalá hubiera aprendido algo más de ella.

Para sorpresa de todos, Pol se levantó de los pies de nuestra madre y la abrazó con cuidado pero con mucho sentimiento. Estuvo un buen rato apoyado en su cuello y, cuando levantó la cabeza, tenía lágrimas en los ojos; no dijo nada, se volvió a sentar junto a ella y, apoyando los codos en sus rodillas, fijó la vista en el suelo. De ahí ya no se movió durante un largo rato.

Alfred se estiró al lado de mamá y se apoyó en uno de sus hombros, yo me acerqué más a ella y le cogí las manos sin decir nada. No sabíamos qué decir, ni cómo actuar. Si llorar, irnos, hablar del tema, quedarnos allí en silencio, si tocarla, si no...

Había tantos sentimientos interpuestos y tan profundos por esa habitación flotando que nos dejamos llevar y, al cabo de un rato, Alfred soltó una de sus salidas y todos estallamos en risa, mientras se nos iban cayendo las lágrimas, y así estuvimos intercambiando la carcajada con el llanto lo que quedó de la tarde, hasta que oscureció y vimos que mamá estaba muy cansada y nos dirigimos al salón, donde nos esperaba Violeta tomándose un té.

De regreso a mi vida

Mientras volvía en coche hacia mi casa, que ahora sentía más mi hogar que nunca, iba repasando los acontecimientos de los últimos días. ¿Cómo podía haber recibido tanta información en tan pocos días? Y, ¿cómo había cambiado tanto a partir de entonces?

Enterarme que Violeta era mi madre biológica había sido un shock para mí, aunque ahora comprendiera muchas cosas que antes eran interrogantes en el aire. Todo cobraba un sentido que antes nunca habían tenido. Los cabos se iban entrelazando, y algo en mí se estaba cayendo. Aún no sabía si para bien o para mal, pero sentía que todo iba a dar un giro a partir de entonces, tenía esa certeza.

Sabiendo que mi madre, Gala, no era mi madre, le espetaba cierta disculpa a su actitud despegada hacia nosotros, aunque no era solo hacia mí, su no hija, también con mis hermanos se había comportado igual. Y eso seguía sin comprenderlo, aun teniendo una justificación que no utilizó, porque ejerció de madre, pero a su manera. Sin maldad, pensando que todo lo que nos había dado, aportado y enseñando, aun sin estar, había sido bueno para nosotros, porque nos habíamos convertido, como decía ella, en seres adultos maravilloso, buenos y generosos.

Sentirlo así a ella le daba la tranquilidad, pensaba que había sido una buena madre y que nos había dado lo mejor. Para nosotros, para mí, no había sido así. Yo, ahora, de adulta, echaba muchas cosas de menos que nunca habíamos tenido y ahora, más que nunca, tomaba conciencia de ellas.

Lo que más me impresionó de aquella confesión fue la vulnerabilidad de Violeta, que nunca había percibido como tal, y que, según me contaron las dos, siempre estuvo bajo el paraguas de protección de Gala.

Sentía una mezcla de emociones todas apiladas en un ovillo y ahora tocaba deshacerlo; sorpresa, dolor, pena, rabia, incompreensión, desazón... o alegría.

Seguía sin entender la relación que habían mantenido entre las dos. ¿Eran amantes, amigas, madres a medias? ¿Una protegía de la otra, internamente? Porque aparentemente, a mí siempre me había parecido más bien lo contrario. Y lo más grave, habían sostenido en el tiempo una gran, grandísima, mentira toda una vida. ¿A quién podía culpar de eso? ¿Había culpables? No podía darle un sentido a cómo me sentía en aquellos momentos. Estaba muy confundida y, dadas las circunstancias, no valía la pena enfadarme. ¿Pedir explicaciones o exigir a una madre para mí?

¿Cómo iba a enfadarme con mi madre sabiendo que se estaba muriendo? No me

pasaba por la cabeza, era impensable. Solo quería que no sufriera, que estuviéramos todos bien, y que no hubiese más desgracias en la familia.

Me venían a la cabeza frases, explicaciones. Violeta, a su regreso, cuando yo contaba cinco años. Si ya estaba curada, no tuvo la necesidad de posicionarse y luchar por su hija, ¿no tuvo la necesidad de sentir la maternidad en toda su integridad e intensidad? ¿Imponer la biología? Al fin y al cabo, me había parido ella. No había sido una sorpresa, había deseado tenerme. Me buscó y me abandonó. Siempre estuvo allí, sí, pero de personaje secundario, de tía, de no responsabilidades, de diversión, de la amiga guay de mamá, que siempre estuvo muchísimo por mí, es verdad, pero como la tía Violeta, no como mamá.

El cerebro es muy complicado. Y la línea entre la cordura y la locura demasiado fina. Pero hasta ese nivel y durante casi cincuenta años...

El viaje pasó casi sin darme cuenta. Iba por la autopista por inercia, no recuerdo ni las carreteras comarcales por las que pasé antes de llegar al peaje. Hacía diez años que no pasaba por allí, pero lo había hecho tantas veces que el coche me llevó a casa. Y cuando vi la salida indicándome Vilassar de Mar, tomé conciencia de que estaba a punto de llegar; me iba a encontrar con Paola y no sabía qué contarle. No era una cuestión de confianza, se la tenía absolutamente toda, pero era una cuestión de lucidez, de popurrí mental que yo llevaba en mi cerebro en ese momento y no sabía cómo desgranar todavía. Tan solo lo había empezado a digerir, era demasiada información, toda durísima. Mis pilares familiares se habían desvanecido y no parecía que quedara mucho tiempo para volverlos a construir.

No me había quedado en la casona, necesitaba poner un poco de distancia y recapacitar en solitario. Hacerlo todos juntos no era lo que yo quería en aquel momento. Sabíamos que en breve volveríamos a reunirnos, en cuanto Violeta nos llamara. Y querría decir que había llegado la hora. Mi madre, Gala, no sabía cómo nombrarla a partir de ahora, por lo que nos había contado, estaba muy delicada de salud y estaba preparada para recibir el desenlace, se preveía que no aguantaría mucho más.

Entré a Vilassar cuando empezaba a anochecer, Paola estaría recogiendo y preparándolo todo para el día siguiente. Le había enviado un mensaje diciéndole que regresaba aquella noche. Seguramente me esperaría, con muchas preguntas por hacerme y, sobre todo, queriendo saber cómo estaba yo. ¿Qué le iba a responder? No sabía ni cómo estaba. Me sentía como en una nube. Mi familia estaba a punto de volver a romperse y esta vez sin fecha de regreso. Mi vida acababa de cambiar para siempre y aún no sabía cómo encajar todo aquello.

Crucé el pueblo, estaba tranquilo, vi algunos vecinos haciendo los últimos recados del día y volviendo a sus casas con sus familias, los comercios bajaban sus persianas.

Llegué al café, entré el coche en el garaje y subí por las escaleras interiores, un poco nerviosa por ver a Paola. Tampoco entendía aquella alteración, mi corazón empezó a latir más fuerte, y no quise darle importancia. Sería el mismo cansancio de las emociones de los últimos días.

Cuando iba a hacer el último escalón, Paola abrió la puerta que daba a la casa de golpe y me asustó. Había escuchado el motor del coche y vino a darme la bienvenida. Esa mujer era un regalo del cielo.

—Áfricaaaaaa, ven aquí, déjame que te dé un abrazo.

—Hola, bonita. ¿Cómo estás? —dije con una sonrisa cansada.

—Yo muy bien, pero ¿y tú? —quiso saber—. Déjame que te mire y sabré.

Hizo el gesto de separarme de su abrazo y observarme la cara. Y ahí, yo empecé a llorar. A llorar por todo lo perdido, por todo lo sabido, por lo que estaba por llegar, por la pena, la tristeza y la rabia que sentía, todo mezclado y a la vez.

Verla ahí de pie, atenta a mis emociones, preocupada y a la vez dispuesta y preparada para todo lo que estaba por venir, me tranquilizó de tal modo que me desplomé. Había llegado a casa y ahí podía ser yo misma, sacar toda la tensión de los últimos días y recobrar el sentido de las cosas.

Me lancé para rodearle el cuello y me dejé casi caer; ella me acogió como si de un bebé asustado se tratase. Su abrazo me inundó todo el cuerpo, nos quedamos en esa posición un buen rato, más largo de lo normal. Mi respiración se acompasó a la suya y, poco a poco, me fui tranquilizando.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Estás bien? Pasa, pasa y siéntate

—Perdona, no sé qué me ha pasado, perdona...

—Qué te voy a perdonar. Deben de haber sido días muy difíciles para ti. Ven. —Y de la mano me llevó hacia el sillón *Chester* de la biblioteca y me aposentó dándome un beso en el cabello—. Espérame aquí, no te muevas.

La obedecí, mientras la vi trasteando en la barra, escuché las llaves y supe que iba a cerrar el café. Aquel día había terminado para nuestros clientes y empezaba para nosotras.

Regresó con una botella de vino, dos copas y una gran sonrisa picarona, porque llevaba mi vino preferido, el que solo bebíamos cuando celebrábamos algo especial. No sé si aquel era el caso, pero ese vino me iba a venir muy bien y se presentaba una larga noche.

Era un torbellino, no paraba quieta; en cambio, aquel día, todo lo hacía lento, dulce, observándome muy de cerca y actuando según veía mis respuestas corporales.

Empezó contándome anécdotas de los últimos días sobre los clientes para distraerme,

y poco a poco se fueron haciendo los silencios, y entendí que algo tenía que contarle. No me veía preparada. Pero sabía que o lo hacía aquella noche o lo volvería a poner en mi cajita particular de vivencias, con acceso exclusivo para mí, y volvería a encerrarme en mí misma.

Si una cosa había aprendido en aquellos días, en el pueblo y con mi familia, era lo muy desconocidos que éramos entre nosotros, que poco sabíamos los unos de los otros, y mucho menos sabíamos de nuestros sentimientos, miedos y profundidades. Y yo eso quería cambiarlo; al menos, con Paola no quería comportarme así.

Empecé a hablar, un poco atropellada y dándole información suelta para introducir otra de nueva y mezclando los temas. Me paró, me cogió de las manos y me dijo.

—Para, para, África. Tenemos toda la noche, toda la vida. Cuéntame lo que quieras contarme, pero hazlo convencida. Yo quiero saberlo todo de ti, de tu dolor y de tu alegría, pero solo si tú quieres. No te sientas en deuda, ni mucho menos con obligación de contarme algo que aún no sabes si quieres contarme. No hay prisa, de verdad.

Esas palabras me relajaron y se las agradecí infinitamente, a la vez que me entraron ganas de compartirlo todo con ella: la información, las vivencias, las verdades, las mentiras y mi vida.

Por primera vez, sentí que aquella persona tenía que saberlo todo de mí, tenía la necesidad de abrirme en canal, solo con ella. Con ella sí.

Le conté que mi madre estaba a punto de morir, que tenía cáncer, que no quería hacer ningún otro tratamiento y que ella estaba preparada; de hecho, esperando que llegase su hora. También le dije que mi madre biológica era Violeta y que ahora tenía dos madres, aunque estaba a punto de perder a una, la que no era verdadera; pero que, para mí, lo había sido hasta hacía unas horas y la iba a perder, y que ahora la sentía más mía que nunca. No quería que se muriera, ni que se fuera, ni que pasasen tantas cosas en mi familia, en mi mundo; que creía que todo se estaba desvaneciendo bajo mis pies.

Que quería esconderme bajo las sábanas y volver a salir en cuanto todo hubiera pasado. Que se quedase en un mal sueño y que me dijeran que todo había sido una pesadilla, que todo estaba bien.

Se levantó del sofá y me volvió a abrazar, sin pena, con fortaleza, y me sentí, reconfortada, acompañada y muy querida. Aquel día era el día de los abrazos. Estuvimos así unos minutos. Cuando nos separamos nos miramos fijamente, nuestros rostros estaban muy cerca, quizás demasiado, o quizás no, y nos sonreímos a la vez que nos separábamos.

Algo paso en aquel último abrazo, un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral que se fusionó con la parte baja de mi espalda y una punzada en la parte baja del vientre. ¿Qué me estaba ocurriendo?

Me senté de un salto, como queriendo disimular mi alteración, como si se estuviera reflejando en mi rostro, y sentí vergüenza.

Paola me miraba, entre asombrada y divertida. Se levantó y me dijo que volvía en un minuto. Volvió a desaparecer del salón y yo aproveché para recomponerme, incómoda y desconcertada. Me sentía como si me hubieran pillado. ¿De qué? ¿De algo que no quería que se viera? ¿O de algo que llevaba escondido tan al fondo de la piel que ni yo misma sabía? Percibir esas sensaciones me tenía abrumada. Me recosté en el maravilloso *Chester*, y mientras mi cuerpo se calmaba, mi cabeza empezó a fantasear...

Regresó Paola, llevaba un papel en la mano, era un sobre cerrado, parecía una carta.

—No te asustes —me avanzó—. Estos días he estado muy preocupada, no sabía nada, no era propio de ti esa huida y, como te puedes imaginar, mi cabeza se ha desbocado con pensamientos de todo tipo y algunos demonios —bromeó para quitarle peso a esa situación

Yo la escuchaba, atentamente, sin apartar la vista de esos ojos verdes fascinantes que lucían más que nunca, o yo los veía relucir como nunca.

—La primera noche no pude dormir, África, presentía lo peor, y la incertidumbre, el no saber nos hace divagar hacia lo dramático. Las noches pueden ser tus aliadas o tu peor enemigo. En mi caso fueron a la par. Tomé conciencia de cosas, de muchas.... Bueno, no quiero hacerte más *spoilers*. Te escribí una carta. No sabía si algún día te la iba a dar, o simplemente me sirvió para relajarme, poner palabras a los sentimientos y desahogarme; darle rienda suelta a mi corazón, mi cuerpo y mi mente sin filtros. Creo que lo llevaba almacenando hacía demasiado tiempo. Este es el resultado —sentenció, alargándome un sobre blanco.

Se levantó, me dio un beso en la mejilla y se fue diciendo un «que descanses, África, ¡hasta mañana!».

Y desapareció.

Querida África,

Apareciste en mi vida de la manera más inesperada y dulce que yo pudiera ni siquiera imaginar. En uno de los momentos más complicados e inestables de mi existencia. Y como un ángel de la guarda, iluminaste mi camino con tu generosidad y tu humanidad desmedida.

Te estoy muy agradecida, África, más de lo que seguramente nunca te pueda demostrar, aunque lo intente y tú me dejes. Pero esta carta no quiere hablar de agradecimiento ni de perdones.

Quiero aclarar que, en ningún caso, mis sentimientos son una reacción de

agradecimiento hacia ti por todo lo que has hecho por mí. Estoy segura de que se hubieran despertado de igual manera y, si aquella noche las cosas hubieran ido distintas, no me hubiera podido alejar demasiado de ti.

Solo verte una vez, mi corazón tuvo claro donde quería refugiarse. Nunca me había ocurrido nada parecido. Mi piel ya no te era indiferente y tu presencia me alteraba a la vez que me transmitía mucho bienestar.

Durante un tiempo, pensé que yo estaba confundida y que no podía ser que sintiera tanto por una persona que acababa de conocer. Y que estar lejos de mi familia, de mi entorno, la misma soledad, me estaba desconcertando. Pero fueron pasando los meses, los años, y mis sentimientos iban en aumento. Ya sabes que he tenido diferentes relaciones, algunas más largas que otras y muchas de cortas y demasiado tumultuosas. También te expliqué que, aunque yo siempre supe mi condición sexual, quise probarlo todo para cerciorarme en qué papel me sentía más cómoda.

Aunque los últimos veinte años solo he estado con mujeres y me siento orgullosa de ello.

Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, África. Tu sola presencia me da felicidad. Tenerte cerca es todo lo que necesito. Tu sonrisa me ilumina el corazón, una caricia tuya eriza toda mi piel y soñarte es lo que me une a ti como a mí me gustaría.

Sé que tú no sientes lo mismo por mí, ni lo espero. Sé que tú siempre has estado con hombres, y nunca he percibido ningún atisbo de duda en cuanto a tus preferencias. Tranquila, no es una declaración de intenciones solo de amor, no espero un cambio por tu parte. Más bien, al contrario.

Sé que notas que mi cuerpo reacciona con tu presencia. Intento evitarlo pero no puedo, espero que no te moleste ni te incomode. Eres una gran mujer, África, un ser especial, que has llenado mi mundo de color, alegría y esperanza. Sé que podrás comprender que necesitaba decírtelo, hace demasiado tiempo que lo llevo dentro, y estos días, tu ausencia me ha despertado y desesperado el alma.

Valoro nuestra amistad por encima de todo. Tenerte en mi vida ha sido mi ancla y un regalo. Me has dado mucho, África, me siento feliz con lo que tenemos, esa amistad sincera, honesta y auténtica. Tengo un hogar, un trabajo y me siento afortunada rodeada de nuestros vecinos y clientes. En nuestro Vilassar hemos creado un imperio, sobre todo, de personas maravillosas y aquí hemos encontrado las dos nuestro lugar.

Estoy enamorada de ti, África, a estas alturas no lo vamos a negar, y sí, desde el primer momento en que te dirigiste a mí con esa sonrisa afable, cercana y preciosa. Me hechizaste.

No me siento triste porque tú no sientas lo mismo por mí, de verdad. Siento que

tenemos una conexión especial de amistad, me atrevería a decir de familia, y esa sensación me hace sentir muy afortunada y satisfecha.

Solamente quería aclarar lo que las dos sabíamos que volaba por encima de nosotras.

Estos días sin verte, habiendo desaparecido sin ninguna explicación, me he angustiado demasiado y he tomado conciencia de lo importante que eres para mí y de lo necesario que es decir la verdad.

Deseo que cuando acabes de leer estas palabras, entiendas qué pasa por mis venas y entiendas que no necesito esperarte, ni tener paciencia, por si un día cambias de opinión. No es esa mi finalidad. Sé que no va a ser así y quiero convencerte de que necesitaba abrirte mi corazón sin ninguna intención. Eres demasiado importante para mí como para reducir la amistad que mantenemos en una relación sentimental o de cama.

Espero que no cambie nada entre nosotras, por mi parte no lo hará. Y abogando a esa parte que te caracteriza de empatía y sensibilidad, confío en que en ti tampoco nada va a cambiar.

Te quiero, África.

Mientras leía esa carta, unas lágrimas asomaron por mis mejillas, atenta a cada una de las palabras y el corazón que en la tinta se había desbocado.

La leí tres veces, casi analicé cada palabra, leía las frases una y otra vez y en mi cara se dibujó una sonrisa de agradecimiento, de ternura... y no sabía si de algo más. Aún no lo sabía. Interpretar aquellas palabras me tomó un largo rato, mientras iba tomando sorbo a sorbo el vino que me había dejado en la mesa. Poco a poco, mi agotamiento por las emociones de los últimos días me venció y, recostada en el sofá, me dormí.

Al despertarme por el frío y el dolor de cuello, noté el papel entre mis manos y supe que no había sido un sueño. Aquella declaración de amor había ocurrido, tenía las pruebas. Me levanté lentamente, porque sentía el cuerpo mullido, y fui a por mi bolso para ver qué hora era y para escribirle un mensaje a Paola.

Eran las tres de la mañana, aun así, quise enviárselo para su tranquilidad.

«Querida Paola, he leído con mucha atención tus sinceras palabras. Te agradezco infinitamente tu valentía. Dame unos días para que digiera todo esto y lo hablamos. ¿Te parece?».

Me pareció un mensaje un poco formal e incluso simple, pero no sabía qué decirle, y en cambio, sí quería responder a su franqueza y confesión. Me lo tomé como un regalo y así quise transmitírselo. Aunque no tuviera ni idea de cómo afrontar aquello. Solo quería

tranquilizarla y agradecerle su honestidad.

Respondió al segundo.

«Gracias por contestar, espero que no cambie nada entre nosotras».

No tenía ni idea de qué sentía en aquellos momentos. Los últimos días habían sido tan intensos y obtusos que las palabras de Paola fueron un rayo de luz para mi existencia, que agradecía porque necesitaba.

Me fui a dormir a la cama. Mi cuerpo estaba en un estado de letargo e inercia que solo podía sucumbir a un descanso reparador, en mi cama, en mi casa, en mi hogar.

Soné, soñé muchas cosas aquella noche, y para mi sorpresa, las recordé todas, o casi todas, al despertar. Me soñé de niña, en el campo de detrás de la casa de mis padres. Me soñé con Violeta jugando en la cocina y recortando retales de ropa para construir una muñeca, que aún hoy conservaba. Soñé con mi madre, en mi habitación, sentada en la cama, mientras me acariciaba el pelo y la frente, en una noche de fiebre y temblores.

A mi padre no lo soñé, me pareció extraño, ya que siempre estaba con él cuando recordaba mi infancia, la presencia por excelencia era mi padre; yo detrás de él, en la cocina, en el bar, acurrucada en el sofá las tardes de domingo, cuando ni Gala ni Violeta estaban en casa. En cambio, no lo soñé.

Las confesiones de ellas fueron de mujer a mujer, el padre había puesto su grano de arena, pero aquel día no era el protagonista. ¿Quién lo era? No lo tenía claro.

Mi cabeza estaba llena de información, de confesiones, de dudas, de miedos, de enfados. Y una pregunta me martilleaba la cabeza una y otra vez. ¿Qué debo hacer? ¿Qué esperan de mí? ¿Qué siento? No obtuve respuesta a ninguna de esas preguntas ni a las decenas que acechaban día y noche a mi cerebro.

Día a día

Los siguientes días fueron pausados, todos los clientes estaban muy contentos de verme, y algunos de ellos me explicaban, bromeando, anécdotas de los días pasados. Yo me sentía bien, llegar a mi casa era lo que más necesitaba. Y ahora esperaba, sin darme prisa, a que todo se fuera colocando en su lugar, poder observar en la distancia la situación vivida en la casona y darme espacio para dejarme sentir.

Me levantaba por las mañanas demasiado temprano, llevaba semanas que no dormía mucho, así que ya que me estaba acostumbrando y aprovechaba el tiempo. Arreglaba papeles, ordenaba en el piso, recogía un poco, miraba los correos, contestaba alguno y paseaba por la casa, ventilando, cambiando las flores de los jarrones, que también en casa me gustaba tener. Necesitaba oler la vegetación, el aroma a flor y a limpio que me producía tener plantas por las habitaciones.

Bajaba al café poco antes de abrir y, casi cada día, me encontraba a Paola al pie del cañón. Sigilosa para no despertarme, no sabía que últimamente mi descanso era menos reparador. Tenía demasiadas cosas en las que pensar y, aunque no quería hacerlo, mi subconsciente trabajaba de noche, lo tenía claro.

Me encantaba ese momento, recién levantándose el día y que nos encontrásemos para empezar juntas. Después de un buen desayuno, que ella ya esperaba que le preparase y que yo hacía con mucha ilusión, intentando ser más creativa y sorprenderla cada día, nos sentábamos en el patio y observábamos el mar. Comentábamos cuatro cosas prácticas del día en el trabajo y nos poníamos al lío, cada una en su posición.

Era uno de los momentos más reconfortantes del día. Empezar con ella, que siempre llevaba una sonrisa incorporada, me afianzaba a la tierra y a ese lugar que más que nunca sentía mi hogar.

Aquel día me sentía un poco inquieta, tampoco no había descansado demasiado bien, aun habiendo dormido las horas a las que ya tenía habituado a mi cuerpo, pero sabía que algo se estaba cocinando en mi interior y ya no podía demorarlo más.

Después de aquella primera noche de mi regreso, donde empecé a explicarle de manera atropellada y sin mucho orden lo que había pasado en la casona, no habíamos vuelto a hablar. El día a día nos había consumido y ninguna de las dos propició un encuentro, ni Paola me preguntó más.

Yo sentía que le debía una explicación a su carta, como mínimo, pero sobre todo quería dársela. Aunque primero me la tenía que dar a mí misma, y eso ya se me complicaba un poco

más.

Aquel día, el mismo cuerpo me estaba hablando. Tenía un nudo en el estómago, me sentía nerviosa, estaba incómoda y supe que había llegado el momento.

—Paola —la llamé desde la cocina, sin verla, pero para saber cuál era su posición.

—Te oigo, África, dime.

—¿Cómo vas ahora? ¿Mucho lío? —le solté.

—No, ¿por qué? ¿Qué necesitas?

—Que vengas un momento.

—Claro —me dijo cuando ya estaba abriendo la puerta batiente de la cocina, y se apoyaba en el marco de la puerta con cara de interrogación.

—Me gustaría que hablásemos, que tuviéramos un rato para nosotras, sin horarios, ni clientes, ni prisas.

—Bua, eso estaría genial —soltó—. África, pon día y hora, y allí estaré.

—Había pensado mañana, será martes y estará muy tranquilo todo. ¿Qué te parece si cerramos un poco antes y nos vamos? No sé, a donde quieras —respondí, después de lanzar una carcajada por su reacción tan espontánea y que me encantaba.

—Ah, ¿que nos vamos a ir por ahí y todo? —dijo con las manos en el aire, haciendo aspavientos.

—Bueno, si te apetece, si no también podemos quedarnos aquí y nos preparamos algo bueno y disfrutamos de la puesta de sol —contesté con una sonrisa, a la espera de su respuesta

—Que no, que no. Que me flipa la idea, África. Me parece maravilloso. Eso está hecho.

—Genial —respondí, un poco avergonzada por mi atrevimiento.

Cuando Paola salió de la cocina, me quedé un rato pensativa y parada, porque no sabía cómo interpretar la demostración de ilusión por parte de Paola y, sobre todo, la sorpresa que se llevó. A ver si pensaba que era una cita... Yo quería hablarle de mi familia, de lo que había sucedido en el pueblo, de cómo había ido todo y, sí, por supuesto, de su carta, sus sentimientos y también estaría bien hablar de los míos. Pero ¿cuáles eran?

Pero, aunque fuera una cita, tampoco me importaba. De hecho, me apetecía mucho tener una cita con Paola.

«Pero ¿qué dices, África? No mezcles temas. Tú necesitas a una buena amiga y te sientes en deuda con ella por cómo se portó cuando tú no estuviste, por la comprensión absoluta que te brindó y, lo último y no menos importante, por no hacer ninguna pregunta ni exigir ninguna explicación».

«Paola es una buena amiga, te lo ha demostrado y ya. No le des más vuelta, África, no mezcles. Y más sabiendo lo que ella siente por ti. Ni se te ocurra montarte películas, porque

ni es lo que necesitas, ni ella se lo merece».

Y con esas reflexiones conmigo misma, y antes de cortarme un dedo mientras troceaba una cebolla, me centré en los fogones e intenté dejar de pensar en tonterías.

Y llegó el martes...

Como todas las mañanas, nos vimos en el café para desayunar. Cuando bajé, Paola estaba subiendo las persianas del salón y el patio ya estaba abierto. La saludé con los dos besos habituales y los «buenos días», mientras cogía los individuales para montar nuestra mesa de desayuno. Yo me dirigí a la cocina para hacernos unos huevos revueltos con aguacate, tomates picados y un batido de fresa y coco que sabía que Paola adoraba.

De camino a la cocina, vi una mochila en el suelo, a los pies de la barra. Le pregunté si era suyo, y me dijo que había traído un trapillo para cambiarse de ropa para nuestra salida. «Salida», dijo; no dijo «cita». Y yo me tranquilicé por esa palabra, aunque me inquieté con lo que se iba a cambiar de ropa.

Ella estaba súper contenta, iba canturreando una canción flamenquilla sin darse ni siquiera cuenta.

La jornada laboral siguió su curso habitual, atendiendo a nuestros clientes; yo, en la cocina; Paola, en la barra, y en mi caso, además, me iba poniendo nerviosa a medida que la tarde caía sabiendo que después del día llegaría la noche, y con ella, nuestra «cita».

Paola estuvo poco habladora conmigo, se dirigía cuando era absolutamente necesario, pero no me dio conversación, ni me hizo bromas, como ella solía hacer siempre. Parecía que nos evitábamos las dos, porque yo actuaba exactamente igual.

Llegó la hora de cerrar, salí de la cocina y empecé a recoger los restos que quedaban en algunas mesas, mientras ella se dedicaba a cargar neveras, poner el lavavajillas y ordenaba las mesas frente a la barra. Incluso entonces, y sin decírnoslo, nos repartimos las tareas para no coincidir.

Cuando terminé con la sala grande y la terraza, me dirigí a la barra, donde ella estaba. La miré, más bien, la examiné, esperando una mirada, un comentario, que no llegó.

—Bueno, pues terminó el día y, con él, nuestra jornada.

—Sí —respondí seguido—. Por fin. —Mientras, me lanzaba una mirada tímida—. Pues bajo la persiana y voy a ducharme, ¿te parece? —le pregunté.

—Sí, sí, tranquila, ya cierro yo. Ve a arreglarte, yo recojo. Cuando estés, ¿me avisas y voy yo? —respondió Paola.

—¿Quieres ir tu primero a ducharte? —le propuse

—No, no, aprovecho para hacer cuatro cosas aquí y subo luego.

—Perfecto.

Había dicho: «Ve a arreglarte». ¿Debía arreglarme? ¿Ella lo haría? Yo no pensaba, pero después de aquel comentario no sabía qué hacer.

¿Por qué estaba tan nerviosa y tan incómoda? Me empezaba a plantear si aquella propuesta había sido una buena idea. Y lo peor, la idea había sido mía. Ahora no sabía ni por dónde empezar, ni cómo comportarme, ni cómo iniciar la conversación que le había anticipado debíamos tener.

Bueno, la suerte ya estaba echada y no iba a tirarme para atrás ahora. Entré en la ducha, intentando no darle más vueltas; no lo conseguí, pero me relajé. Aquel chorro de agua caliente y el jabón con aroma a jazmín me introdujeron en una sensación de bienestar que agradecí. Me entretuve más de lo habitual, parecía que estaba robándole tiempo al tiempo para atrasar al máximo aquella situación que estaba por llegar, sin dubitación.

Cuando salí de la ducha, entré en mi dormitorio y, como una sonámbula, abrí el armario, toqué unas cuantas perchas, de un lado al otro, y del otro al uno. Al menos lo hice cuatro veces. Estaba mareando a los vestidos, faldas y pantalones sin decidirme por ninguno en particular. Cuando estaba a punto de rendirme, toqué una falda larga, de color salmón y estampados de pequeñas margaritas casi invisibles, la cogí y la tiré sobre la cama, ya tenía una pieza importante del atuendo. Me acerqué a la cómoda y abrí los cajones donde guardaba las camisetas de tirantes de algodón y lenceros y saqué un top con blonda en la parte del pecho en tono gris oscuro, que combinaba a la perfección con los detalles de la falda.

Ya tenía el conjunto hecho. Giré la vista hacia la parte baja del armario, que aún tenía abierto, donde estaban dispuestas las sandalias, cogí las negras de tiras atadas al tobillo y las puse a los pies de la falda para ver el efecto. Me embadurné de crema hidratante, también de jazmín, me recogí el pelo en un moño y di por finalizado mi *outfit*.

Avisé a Paola para que subiese y me dirigí al espejo que tenía en el pasillo para acabar de arreglarme y darme un toque muy discreto de maquillaje.

Le había dejado una toalla en el baño y unas zapatillas. Le dije que la esperaba en el jardín para que se sintiera cómoda en la parte de arriba.

Subió tan rápido que nos cruzamos por las escaleras; ella, de subida al baño, y yo, de escapada al jardín. Nos dirigimos una sonrisa y ella soltó una de sus bromas. Abrí una botella de vino blanco y me serví una copa, estaba demasiado nerviosa para pasar por esa situación sin ir un poco achispada.

Paola no tardó en regresar, en pocos minutos apareció por la puerta, y cuando la vi... me quedé muda. Llevaba un vestido largo de color mostaza ajustado a su escultural figura, con los hombros al aire y también se había recogido el pelo en una coleta. Estaba bellísima, era

una mujer muy bonita y tenía un porte natural y desenfadado que la hacía muy atractiva.

—Se ha hecho lo que se ha podido, una no da para más —soltó, sonriendo.

—Estás estupenda, Paola, ese vestido es una maravilla, no te lo había visto —le respondí para disimular mi fascinación.

—Lo guardo para ocasiones especiales. —Me lanzó con un guiño de ojo y se sentó a la mesa para servirse una copa de vino.

—Qué día hoy, ha sido muy intenso, no ha parado de entrar gente. Aunque me ha pasado de una volada —mentí para cambiar de tema.

Estuvimos un rato frente al mar mientras saboreábamos nuestras copas de vino y hablando de cosas superfluas hasta que Paola propuso irnos hacia el restaurante que había reservado en Mataró, a pocos kilómetros de allí. Cogimos el coche y nos dirigimos hacia allí.

Me sentía demasiado inquieta y me recriminé por mi comportamiento. Debía coger las riendas y calmarme. No estaba comportándome como era normal en mí, no me sentí ni tranquila ni segura, casi ni simpática. Yo estaba acostumbrada a llevar las riendas de la conversación y crear un ambiente suave y cómodo a mi alrededor, que tenía el don de conseguir. Hoy no me estaba resultando nada fácil.

Paola me hablaba de las anécdotas del día, hacía bromas nerviosas con las que, yo que la conocía, intuía que tampoco lo estaba pasando bien. Así que quise lanzar un ápice de luz a toda aquella situación que había provocado yo y que ninguna de las dos sabíamos cómo atender. La honestidad en estos casos nunca falla.

—Pao, estoy un poco nerviosa y no sé cómo llevar esto. Siento que las dos estamos un poco incómodas y mi intención justamente, al proponerte hablar, era todo lo contrario. Aclarar, conversar, explicarte todo un poco y, sobre todo, sentirnos cómodas. ¿No sé qué piensas tú?

—Sí, está siendo todo un poco raro y deberíamos calmarnos, yo la primera —respondió—. Vamos a hacer una cosa, África, si te parece. Olvidémonos que tenemos que hablar. Obviemos que hay algo pendiente por aclarar. Nunca hemos salido las dos de copas, ni a disfrutar de la noche, como amigas. Hagamos de este día una noche de chicas y olvidémonos de todo lo demás.

—¿En serio? La verdad es que me parece una idea genial, pero sé que te debo una explicación, una respuesta; al menos, una conversación a dos y no sé por dónde empezar, eso me provoca malestar. Me siento en deuda contigo y no sé cómo llevar esta situación.

—No, no, no... África, no me debes absolutamente nada. Las conversaciones se mantienen cuando apetece, cuando salen espontáneas, si no todo es demasiado forzado, no fluye, y esa supuesta conversación, que tú dices, no va a servir de nada mientras sientas esa

culpa en tu espalda. Hoy no hablaremos de nada en particular y de todo lo que nos apetezca, pero en ningún caso, y te lo pido por favor, de nada que no apetezca. No es un trámite, no es una obligación. Comportémonos como lo que somos, amigas. ¡Y ya!

Una vez más Paola me desarmó, y se lo agradecí infinito porque a partir justo de ese momento, y después de hacer una respiración súper profunda, a la que ella sonrió y corroboró el estado de nervios que yo llevaba, se sumó. Y haciendo el tonto y bromeando con el yoga, los mantras y las respiraciones, llegamos a nuestro restaurante.

Estaba en el casco viejo de la ciudad, una planta baja de una casita de pueblo, con las paredes de piedra y que hacía esquina. En uno de los lados, tenían un jardín con mesas dispuestas y en ellas unas pequeñas velas y un jarrón delgado con flores silvestres en el centro. Las luces eran indirectas y estaban distribuidas por los árboles, que hacían de aquel lugar un rincón del mundo muy especial.

Al entrar los prejuicios volvieron a mí. ¿Pensarían que éramos pareja? Un par de dudas abordaron mi cabeza que deseché sin compasión.

Paola se mostraba muy atenta, bueno, como era ella siempre, y parecía que estaba cómoda. Me contó la historia de aquel restaurador que después de un viaje a las Maldivas donde se enamoró del entorno, su cultura y, sobre todo, su comida, quiso traer sus recetas aquí y así lo hizo. Era un restaurante de comida indonesia. Nos deleitaron con varios platillos donde predominaba el pescado (atún), arroz con especias y salsa de coco, albóndigas fritas de otro pescado que no supe identificar, bañado con lima y chile, todo estaba delicioso. Entre el picante de los platos y el calor que hacía aquella noche, acompañaba a beber sin parar.

Yo me sentía un poco mareada, mi estómago estaba demasiado lleno, la cabeza un poco aturdida, y delante de mí tenía a una de las mujeres más bellas que había conocido jamás, por dentro y por fuera. Mis sentimientos estaban a flor de piel. En las últimas semanas habían pasado demasiadas cosas en mi vida y me sentía muy desorientada. Pero aquella noche, con Paola, todo se calmó. Estar con ella me hacía sentir especial, podía ser yo misma, valoraba mi personalidad y nos divertíamos mucho juntas. Nunca nos faltaba conversación, y su buen carácter y la alegría, que me transmitía, me hacía mucho bien.

Aquella noche Paola estaba bellísima, aquel vestido le favorecía especialmente. «África, deja de mirarle los hombros, ¿qué te pasa? Te quedas atontada con cualquier movimiento que hace: al coger la copa, al cortar el pescado, al retirarse el mechón de pelo que se le ha soltado de la cola. Para ya, está empezando a ser incómodo».

Y me lancé.

—No sé qué me pasa, Paola...

—¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que nos marchemos?

—No, no, no es eso. Es contigo, hace semanas, no sé qué me ocurre, pero te miro distinto y estoy un poco abrumada.

—Es por la carta. No debería habértela dado, lo siento, no sé por qué a veces me dejo llevar. Soy demasiado impulsiva.

—No, Paola, no es por la carta. Creo que, aunque no me la hubieras dado, me sentiría igual. Si supiera cómo me siento, claro —dije, sonriendo, intentando romper esa situación tensa.

—Ah, pues entonces no entiendo... —respondió ella.

—Nunca me había pasado nada parecido, de verdad, nunca había observado a una mujer más allá de observar un bonito cuerpo o mirar un modelo de ropa que me llamaba la atención. Nunca, quiero que lo sepas.

—Claro, te creo, no pasa nada de todas formas.

—Es que no sé cómo llevar este tema, me está alterando demasiado, no descanso bien, pienso demasiado en ti, te observo de otra forma, distinta... —bajando la mirada, solté—: creo que con deseo...

Paola soltó una carcajada que me desorientó.

—Eso es maravilloso, ¿por qué te avergüenzas?

—No sé si es vergüenza, miedo, desconocimiento, desconcierto... No sé qué me está pasando.

—Yo te lo diré. Te pasa que acabas de vivir una situación, creo, muy dura con tu familia, pero no pasa nada; las familias todas tienen secretos y temas por resolver, eso es lo de menos ahora. Y estés en estado de *shock* emocional, asimilando, intentando gestionar tus sentimientos. Estás llena de preguntas y muchas dudas y justificaciones que no han llegado.

—Parece que lo hayas pasado tú, es justamente eso, Paola —le dije

Ella continuó:

—Estas en algún proceso de digestión y de duelo y todas tus emociones están a flor de piel. Pasaré, todo a su debido tiempo, y poco a poco se irán, e irás poniendo las cosas en su lugar, no tengo ninguna duda. Eres una mujer sensata, honesta, inteligente, generosa y muy humana, sabrás qué hacer con todo lo que ha pasado.

Las lágrimas empezaron a florecer de mis ojos sin poderlas contener, sus palabras habían dado en el clavo y me gustaba oírlas de su boca. Sabiendo muy poco de mi situación familiar había generalizado a la perfección. Esta niña lo debía de haber pasado muy mal y algún día quizás sabría por qué.

Paola cogió una de mis manos, que reposaban en la mesa, me la acarició, mostrándome su apoyo y comprensión. Y a mí se me erizó toda la piel. Ella lo notó y sonrió.

La velada se nos evaporó de las manos, entre risas, confesiones y muchos proyectos, pero

no volvimos a hablar de nosotras, ni de sentimientos, ni de sensaciones, y mucho menos, de dudas. Ninguna de las dos sabíamos hacia donde nos llevaba aquello, pero supongo que necesitábamos ir con cautela, y yo tenía mucho que resolver todavía, y ella, sin saberlo, lo sabía.

La noche

El recorrido de regreso a casa fue tranquilo, yo había bebido demasiado debido a los nervios y Paola se ofreció a llevar el coche, no recuerdo mucho más.

Me encontré en la cama, a oscuras, un silencio sepulcral, mi cuerpo y yo tumbados sobre las sábanas, y el calor y el alcohol que no me dejaban dormir. El viaje y la ventanilla bajada del coche me despejaron y, al estirarme para conciliar el sueño, lo que me encontré conciliando fue la velada que habíamos pasado.

Repasé sus últimas palabras, intentaba tranquilizarme y empatizar con la situación actual. Pero lo que Paola no debería ni tan solo sospechar, porque yo era la primera sorprendida, lo que más alterada me tenía los últimos días, justamente, era ella.

No podía de dejar de pensar en esa mujer, en su aroma, sus hombros al descubierto con aquel vestido mostaza que tanto la favorecía. Noté que mi cuerpo se tensaba, me empecé a revolver entre las sábanas y busqué una posición cómoda, que no encontraba porque estaba demasiado alterada. Me encontré deslizando mis manos por la piel que me ardía, noté el sudor que mi cuerpo desprendía, rocé mis pechos y los noté tensos, abruptos. Mi cuerpo se seguía deslizando por la cama, giraba mi figura boca abajo y besaba la almohada. Me imaginaba que eran los labios de Paola. Me arranqué de un suspiro de desesperación y prisas el camisón con fuerza, mientras colocaba la almohada entre mis pechos, rozando mis piernas. Notaba un peso contra mí que me enloqueció.

Serpenteaba por la cama, mis manos seguían su camino de arriba y abajo, rozaba mi boca, mis pechos, mi culo. No me atrevía a acercarme a mi monte de Venus, pero mis manos no obedecieron mis intenciones. Los dedos se introdujeron decididos hacia el ombligo, intenté pararlos, llegué tarde, ya habían pasado el peaje del bajo vientre y buscaban la humedad de mi sexo; con la otra mano, rozaba con intensidad uno de mis pezones, y reaccionaron rápidamente con calambres internos de placer indefinido.

Mis manos se entrelazaban, subían a los pechos, bajaban hacia mis piernas, todo estaba descontrolado y yo ya no quería parar. Tenía la imagen de Paola delante de mí, en la cena... Esa mujer, cómo me sonreía, cómo se tocaba el pelo... El tono de su voz me tenía embriagada de frescura y olor a flor.

Seguí jugando con mis pechos, el cuello, revolviendo mi cabello, rozando la cara, sucumbiendo a mi boca. Sentía la respiración entrecortada, los músculos de mi cuerpo tensados, mis nalgas mojadas y mi excitación estaba llegando a su extremo. Una de mis manos se quedó entre mis piernas mientras me rozaba el pubis y se introducía jugosamente

dentro de ese canal completamente húmedo, y ahí frené. Lo quería lento, intenté apaciguar el nivel de excitación que tenía y no perderme ningún sentido.

Los dedos iban haciendo círculos estimulando la zona, mientras la otra jugaba con mis pechos subiendo a esas montañas que estaban demasiado tensas. Estaba a punto de llegar al clímax más absoluto, retorcida de placer, hacía demasiado tiempo que no tenía sexo, pero ahora era con una mujer... Paola.

Bajé la mano hacia la parte trasera de mi sexo y la introduce con fuerza. Estaba empapada, la excitación era total. Mi cuerpo se tensó, curvándose mientras esas manos libertinas llevaban a mi piel a ese filón de gozo y lujuria que me hizo enloquecer momentáneamente y gritar de placer.

Quedé destapada, fundida y relajada en medio de la cama, con los brazos abiertos en cruz y mirando al techo, aún ruborizada y preguntándome qué había sido aquello y cómo se había podido producir.

Me acababa de masturbar pensando en una mujer, era mi primera experiencia, mi primera vez, y por lo que podía recordar, una de las mejores. ¿Qué me estaba pasando con Paola? No podía salir de mi cabeza ni de día ni de noche.

Intenté recordar cuándo había sido la última vez que había tenido un orgasmo, sin dudarlo me fui a Gabriel, desde que salí huyendo de Ibiza no había vuelto a tocar mi cuerpo, no me había apetecido tampoco; había quedado dormido en un letargo de sueño, mi yo, mi café y la construcción de mi nueva vida me habían tenido absorta, ocupada y agotada. Mis deseos físicos habían desaparecido, quedado en un segundo plano, mi cuerpo había estado dormido desde entonces.

Y ahora había despertado, y de qué manera, con una intensidad, una fogosidad que me costaba comprender. Mi piel se erizaba con facilidad, un roce de Paola, un pensamiento, un cambio de temperatura. Tenía el cuerpo a flor de piel, y no sabía si debía preocuparte, ocuparme, o simplemente observarlo y dejarme llevar.

Había demasiadas cosas nuevas para mí, no solo era que me estaba enamorando de una empleada, que si las cosas no iban bien podía afectar a mi negocio, sino que cada vez mis pensamientos iban a más, mis sentimientos hacia ella y las sensaciones que mi cuerpo se encargaba de recordarme constantemente, por si me despistaba.

Tenía que hablar con ella, explicarle qué me estaba ocurriendo y lo asustada que me tenía todo aquello. Aun sabiendo lo que ella sentía por mí, no era garantía de que fuera a funcionar una relación entre las dos, ni que yo estuviera segura de lo que me estaba pasando.

Aquello me superaba, y mi cerebro entraba en cortocircuito cuando imaginaba situaciones, escenas de las dos, paseando por la playa cogidas de la mano, duchándonos juntas, durmiendo en la misma cama con nuestros cuerpos desnudos sobre las sábanas. Me

resultaba muy extraño visualizar tales escenas. Me costaba integrar esas imágenes en mi cabeza, no por creencia o por no entender el amor en todas sus dimensiones, en absoluto, mi hermano Alfred era gay, ¿cómo no iba yo a comprenderlo? Pero me aturdían tantas preguntas que me sentía una estafadora, como si siempre hubiera sido un fraude, hacia mí misma y hacia los demás.

Si ahora me había enamorado de una mujer maravillosa, muy especial y entregada, era normal que cualquiera se enamorara de un ser como ella, pero a mí no me había ocurrido antes, y era lo que me asaltaba y no podía dejar de pensar. ¿Siempre había sido gay sin saberlo? Me había impuesto ser tan buena, estar por los demás, no destacar, ¿qué me había olvidado de mí? ¿No me había mirado? ¿Me había enamorado de Gabriel de verdad?

Sentía que había vivido una farsa, casi a mis cincuenta años y después de una ruptura dolorosa con el que pensaba sería mi compañero de vida; después de haber perdido a mi padre y seguir acordándome de él demasiado a menudo, añorando su presencia después de diez años; después de que mi madre me confesara que mi verdadera madre es mi tía y que han vivido una historia de amor «especial» entre las dos. Y ahora resulta que yo también. «¿Qué está pasando? ¿No tengo personalidad? ¿Me dejo llevar hasta el punto de mis afinidades o gustos sexuales? ¿Tengo que hacer lo que hacen los de mi alrededor?».

O, por el contrario, ¿nunca me miré, ni me pregunté, ni me consolé lo suficiente como para saber cuáles eran mis deseos? En quién me quería convertir, qué quería hacer con mi vida, con qué me identificaba más, qué o quién me transmitía comodidad y bienestar; preguntarme honestamente si era feliz, qué quería y hacia dónde quería ir.

Pero nunca lo hice y ahora me encontraba en una situación que era demasiado desconocida para mí y que no sabía gestionar, no sabía qué debía hacer, y sobre todo, tenía que averiguar qué quería hacer yo.

Quizás en Paola encontraría el amor de mi vida, quizás había tardado tanto en llegar porque yo no estaba preparada para ningún cambio. Y ahora que todo a mi alrededor estaba cambiando, la vida había decidido aprovechar y ponerme del revés del todo, para volver a reconstruirme con cimientos robustos y, por fin, ser feliz definitivamente.

Mamá ha muerto

Me desperté y me encontré en la última posición que recordaba, cuando esa volada de emociones dejó exhausto mi cuerpo y debí caer en un profundo sueño.

Oí un ruido lejano, no identifiqué de dónde venía, agudicé mis sentidos hasta reconocer que era el sonido de la llamada del móvil. ¿Dónde tenía el teléfono? ¿Qué había hecho con él la noche anterior? Me costaba recordar con nitidez muchas imágenes. Me levanté intentando acercarme hacia donde se producía ese sonido. Venía de mi bolso, tampoco lo veía, fui a la butaca que reposaba en un rincón de la habitación, y bajo la ropa de la noche anterior encontré el bolso; lo abrí y con rapidez recuperé el aparato que me había despertado de un sobresalto.

—Buenos días, Violeta.

—Buenos días, África, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Porque llevo llamándote desde ayer por la noche y no he logrado localizarte.

¿Qué me pasaba últimamente con el móvil, que todo el mundo me buscaba y yo lo olvidaba por todas partes?

—Perdona, Violeta, es que ayer salí a cenar y, sinceramente, no lo oí.

—Bueno, no pasa nada, me alegro de que estés bien, no podría soportar que a ti también te hubiera pasado algo.

—¿Qué ha pasado? ¿A quién le ha pasado algo más? ¿Mamá?

—Sí, mi niña, mamá nos ha dejado esta madrugada, se quedó dormida y a media noche falleció.

—Noooo, ¿ya? Me pareció verla cansada pero bien, creía que estaba estable —dije, más para mí misma que para Violeta.

—Hace tiempo que no está bien, África, hizo un gran esfuerzo atendiéndoos, pero ella ya sentía su final muy cerca. Pero quiso tener una conversación con cada uno de vosotros, y así fue. Mamá se ha ido tranquila y feliz de haberos podido ver y haberse despedido de vosotros.

—Entiendo. ¿Ha sufrido? —pregunté

—Ni un ápice, África, de verdad. Yo estaba con ella y su cara reflejaba paz, se durmió con una sonrisa en la boca, seguro que evocando algún recuerdo vuestro —me contestó con la voz entrecortada.

Nos quedamos en silencio unos segundos, ninguna sabía qué decir en esos momentos, y

aunque, para mí, era perder a mi madre, Violeta perdía al amor de su vida, ahora lo sabía. Y podía intuir que debía de estar sufriendo mucho.

—Deberías venir —dijo con hilo de voz.

—Sí, sí, claro, arreglo cuatro cosas en el café y vengo enseguida.

Me vi otra vez volviendo al pueblo, esta vez, a enterrar a mi madre. Había llegado su final y no había tenido tiempo de hacerle miles de preguntas que seguro, con el tiempo, me vendrían a la cabeza. No había tenido tiempo de asimilar mi identidad y digerir la conversación que mantuvimos, donde todos mis cimientos se vinieron abajo, y mi reacción fue huir, pensando que algún día regresaría y empezaríamos de nuevo, nuestra nueva historia familiar. Ya no había tiempo.

Violeta siguió al teléfono, y sin pensarlo, me salió:

—¿Te importaría si vengo acompañada? Cerraré el café y pasaré unos días en el pueblo.

—Eso sería estupendo, África, me encantará tenerte aquí a ti y a tu acompañante, debe de ser importante para ti que quieras compartir estos momentos con él y tu familia.

—Llegaremos al final de la tarde —respondí sin corregir su error. No era él, era ella.

—Os prepararé tu habitación.

—No, tranquila, nos hospedaremos en el hostel.

—Como prefieras, aquí hay espacio de sobra. Tus hermanos ya sabes que han seguido compartiendo habitación.

—Mejor darles a ellos su espacio, nosotras nos quedaremos en el pueblo —sentenció.

Sé que me oyó cuando dije «nosotras», y no dijo nada, pero por su voz noté que sonreía. Cómo no iba a entenderme ella, que había mantenido una historia de amor durante toda una vida y ahora, por fin, alguien se atrevía a exponerlo. Supe que se alegró por mí y también supe que eso nos uniría más a nosotras dos. Ahora empezaría una nueva etapa para todos y parecía que las curvas empezaban a desaparecer y podíamos ver el camino al final de la carretera.

Mi hermano Pol había regresado a New York, no pudo alargar más su estancia en el pueblo y debía acudir, según dijo, a revisar algunos proyectos que sin su aprobación no podían avanzar. Prometió que volvería en dos días. Y mi madre, como si lo supiera, espero a su final justo hasta entonces para asegurarse de que estuviéramos los tres.

Alfred se había quedado con Violeta y mamá a la espera de los acontecimientos. Su trabajo era más laxo y liberal y podía permitirse desaparecer, que, de hecho, lo hacía a menudo. Viajaba por el mundo, instalándose, en alguna ocasión, durante meses. Así, decía él, podía conocer la cultura y a sus gentes en el día a día y observar lo que mostraban cuando ya no se sentían observados, cuando tú ya eras parte de su decorado. Descubría nuevos entornos, colores, aromas, materiales, que aprovechaba para crear nuevas

coleccionos. Había hecho estancias largas en la India, en Tailandia, en China... Eso lo ayudaba a inspirarse, al fin y al cabo, ese era su trabajo.

Pensaba que tendría más tiempo de recomponerme en todos los sentidos. De asimilar los últimos acontecimientos y de vivir protegida en mi barra de bar, mientras se iban recolocando todas mis emociones. Pues no, la vida me estaba haciendo un pulso y, de momento, estaba ganando ella.

Todo se había acumulado en pocos días. Habían pasado demasiadas cosas y todas a velocidades ultrasónicas. El regreso al pueblo, sin apetecerme y sin tener la necesidad de reencontrarme ni con mis hermanos ni con «mis madres». La confesión de ambas, la enfermedad de mamá, el revoltijo de sentimientos agolpados y sin tener tiempo a darles salida. La declaración de Paola, mis sentimientos hacia ella. Y ahora la muerte de mamá.

Estaba siendo demasiado para mí, todo corría rápido, y yo necesitaba apearme de ese tren donde la vida me había subido y que no frenaba, no había paradas.

Cuando colgamos el teléfono, me senté en el borde de la cama con el terminal en las manos y visualizando a mi madre, en su cama, con uno de sus camisones de colores y descansando para siempre.

Me levanté y me dirigí a la ducha, aquel día se preveía intenso. Abrí el grifo y dejé que el agua se deslizara por mi cabello y mojara todo mi cuerpo, estuve en esa posición inmóvil un buen rato. Mis pensamientos estaban alborotados, tenía muchas cosas en las que pensar. El café se cerraría por unos días, no podía volver a dejar al mando a Paola otra vez, y no quería sufrir ni pensar en el negocio en esos momentos, prefería coger unos días de vacaciones que pasaríamos en el pueblo.

Había dado por hecho que Paola querría acompañarme en esos momentos tan familiares, íntimos y delicados. ¿Por qué? Supongo que las palabras que me regaló la noche anterior en el restaurante me hicieron entender que me comprendía, que me apoyaba y que estaba para lo que necesitase. Y había llegado ese día.

Me sentía un poco egoísta de organizarle la vida, como si no tuviera más cosas interesantes que hacer, quizás querría aprovechar para irse a surfear esos días de vacaciones obligadas. Mi corazón me decía que no, que preferiría estar conmigo, como yo deseaba estar con ella.

Esos días aprovecharía para contarle todo, le explicaría lo que me estaba ocurriendo, no solo de pensamientos y sentimientos confusos, que poco a poco se iban aclarando, sino de mi cuerpo, que estaba reaccionando a mis emociones. Creo que le gustaría saberlo.

Salí de la ducha, no había colocado la toalla encima del bidé y la tenía detrás de la puerta, salí mojada, empapando todo el suelo, y la recuperé, entré de nuevo en la habitación y cogí el móvil. Llamé al hostel y reservé dos habitaciones a mi nombre para una semana,

luego ya veríamos.

No me sentía especialmente triste, no lloré, no me hundí. Mi cerebro últimamente reaccionaba de maneras que me sorprendía a mí misma, era como si no fuera mío, no me reconocía, pero estaba tranquila.

Tuve un ápice de remordimientos porque, al pensar en el café y venirme a la cabeza Paola, sonreí. ¿No debería estar llorando?

Iba a verla ahora y, con un poco de suerte, pasaríamos una semana juntas, en el pueblo de mi infancia, con mi familia y enterrando a mi madre, mientras conocía a mi madre biológica. No sabía por dónde empezar a explicarle.

Bajé las escaleras y al abrir la puerta del café me choqué con Paola.

—Buenos días, bonita, haces buena cara, ¿has dormido bien? —me soltó, como si lo llevara preparado, cosa que no era posible porque era espontánea como nadie.

—Buenos días, gracias. Pues no he descansado demasiado, pero estoy bien. Llegué un poco pizpireta, ¿eh? —le respondí.

—Lo sé, yo misma te subí a tu habitación y te puse el camisón, ibas un poco bastante pizpireta, sí. —Se rio.

—¿Qué me dices? No recuerdo nada de eso —dije un poco avergonzada—. ¿Algo más que deba saber?

—Uyyy, tendrás que pagarme mucho para que te desvele los secretos que soltaste ayer por esa boquita —me dijo, guiñándome el ojo y metiéndose en la barra para seguir con lo que estaba haciendo.

—¿No me digas? Qué miedo me doy, bebí demasiado. Debí decir muchas tonterías. Te pido disculpas por adelantado, aun no sabiendo qué barbaridades pude haberte dicho.

Ella reía sin parar, se la veía feliz y muy activa. A mí que me costaba moverme, mis pasos eran lentos y mis reacciones estaban a medio gas, pero ella estaba como una rosa.

Me acerqué a la barra y me senté en uno de los taburetes que la rodeaban. Y le expliqué el resumen de lo sucedido. La invité a venir conmigo. Le informé que el café estaría cerrado mínimo una semana, y como era de esperar, antes de que acabase el relato, ya había confirmado su asistencia, se vendría conmigo al pueblo, a la vez que salió de la barra y se había sentado a mi lado.

Le levanté la barbilla con una de mis manos, y la besé. Un beso cálido y casto. Mi cuerpo se ruborizó, mi piel se erizó y tomé conciencia de que aquello ya no tenía marcha atrás. No sabía aún qué era, ni adónde nos llevaría todo aquello, pero yo debía empezar a coger las riendas de mi vida, y en ella, sin duda, quería que estuviera Paola.

Ella no se movía, se quedó paralizada por mi beso, con sus ojos verdes clavados en mis labios. Parecía que quisiera más, pero no se atrevió a venir a por ellos.

Entonces fui yo la que bajé la mirada, un poco aturdida. No sabía por qué había hecho aquello, ni a qué venía entonces. Pero sentía que era una manera de decirle que también estaba allí para ella. Aún no tenía claros mis sentimientos en referencia a nada, ni tampoco hacia Paola. Yo estaba en un tiovivo de emociones totalmente desbarajustadas y ahora, además, besaba a una mujer y todos los sentimientos afloraban a la espera de los acontecimientos.

La vida me ponía a prueba y estaba claro que, de momento, había estado suspendiendo. A ver cuántas cosas más iba a perder por el camino.

—Lo siento —dije—. No sé por qué he hecho esto.

—Nunca te disculpes por dar un beso. Es de las pocas cosas que salen del alma. Y así me lo voy a tomar.

Me dejó sin palabras. Esta chica, a la que le llevaba casi quince años, siempre me daba lecciones de vida, de humanidad. Me di la vuelta, cabizbaja, me levanté del taburete y, aún avergonzada, le dije que iba a hacer una nota para colgar en la puerta de entrada para nuestros clientes. Y que ella, si quería, se podía ir a su casa a prepararse la maleta, a lo que me respondió que iría cuando terminase el trabajo.

Vuelta al pueblo

Aquel mismo día lo arreglamos todo para poder partir hacia el pueblo por la noche. Fuimos comunicándolo a nuestros clientes habituales, que aquel día pasaron por el café. Aunque yo estaba un poco preocupada que todo aquello; primero, falté unos días, alterando las comidas, el servicio y un poco todo, ya que Paola hizo lo que pudo y fue muchísimo; y ahora, decidía cerrar el café, no dejaba ni a Paola con los mínimos. Esperaba que todo aquello no afectara a mi negocio ni me pasara factura.

No tenía valor de volver a irme y que recayera toda la responsabilidad en ella, ni era su empresa, ni se lo merecía; no podía pedirle tanto, por mucho que se hubiera ofrecido. Ya no era temporada alta, no estábamos en pleno verano, y aunque aún faltaba un mes para que el trabajo aflojara, por suerte, el café siempre funcionaba y esperaba que así continuara cuando regresáramos.

Bueno, no debía pensar en esas cosas ahora, porque no sabía cómo se irían resolviendo los asuntos, y aunque pensaba que ya no podían pasar muchas más cosas importantes o graves, intuía que podía pasar de todo, con mi familia siempre era una sorpresa.

Después de las comidas, Paola se fue a hacer la maleta y regresó a media tarde. Le había dicho por la mañana que se lo tomara con calma y que descansara un poco, pero no me hizo caso. Yo había cerrado el bar detrás de ella, a mí también me apetecía estar un rato sola, me fue bien.

Temía que Paola pensara que le mangoneaba la vida, y tenía la sensación de que era justamente lo que estaba haciendo con ella, aunque la vida también lo estaba haciendo conmigo. Me sentía como esos circuitos de piezas, todas alineadas haciendo un camino, y que, si cae una pieza, tira a las demás, una detrás de otra, acompasadas, lentamente, pero que al final se desploman y se desmonta el circuito. Pues así era justamente como yo me sentía en aquellos momentos.

Cuando llegó, cargamos el coche con sus cosas, una maleta y una mochila, yo ya había puesto las mías en el maletero y partimos hacia el pueblo. Esa mujer era un auténtico encanto, se adaptaba a todo, no se quejaba nunca por nada, todo lo comprendía, todo le parecía bien, a todo le sacaba punta con esa gracia que solo ella tenía y que tan impregnada llevaba su Sevilla natal bajo la piel, con esa alegría y esa simpatía que los caracteriza.

Empezaba a anochecer, nos esperaban dos horas de camino, llegaríamos a la hora de cenar. Avisé a Violeta del horario previsto y me dijo que nos esperarían. Por llegaría al día siguiente, y Alfred y ella estarían en casa.

Por el camino le fui explicando a Paola cómo era mi familia, mis hermanos, mi padre, que hacía diez años que ya no estaba entre nosotros, quién era Violeta y mi madre. Me vi narrándole aquella tarde donde ellas me habían confesado toda la verdad, o eso creía yo. Aún me quedaba en el aire la verdadera relación o historia de amor que mantuvieron entre ellas, que aun evidenciándose, no me habían llegado a contar con exactitud. Esperaba que, en los próximos días, se fueran aclarando algunas dudas más, porque aquella tarde salí casi despavorida de aquella casa, del dormitorio de mamá, y con la necesidad de salir corriendo porque me faltaba el aire.

Ahora estaba preparada para saber más, para tener toda la información, para comprender cómo habían sido sus vidas en realidad.

Le fui contando cómo había transcurrido mi infancia y adolescencia en el pueblo, añadiéndole anécdotas. Le hablé de mis amigas, de la escuela y de cómo mantuve un hilo de contacto con ellos cuando me fui a estudiar la carrera mientras mi padre se quedaba en la casona. Le conté la necesidad que me sobrevino cuando mi padre falleció, necesitaba romper ese hilo de unión, de vida, de la familia, y cómo nos habíamos distanciado a raíz de aquello.

Me abrí a Paola no sé muy bien cómo ni por qué, supongo que necesitaba ordenar ideas y sentía que le debía una gran explicación. Le di tanta información que hasta yo me sorprendí.

Ella me escuchaba, en el asiento de al lado, en el coche, atenta a mis palabras, mientras iba observando los paisajes que dejábamos a nuestro paso. Mientras yo seguía hablando, lo hice todo el camino, ella no me interrumpió en ninguna ocasión. De vez en cuando notaba cómo sus ojos me escrutaban, intentando introducirse en mi dolor, en mis recuerdos, pero no dijo ni una palabra. Yo hice un monólogo de casi dos horas, hasta que llegamos.

La casa de mi familia seguía siendo muy bonita, siempre la mantuvieron arreglada, el defecto profesional de mi padre hizo que siempre estuviera niquelada y cuidada, y cuando él faltó, mi madre siguió sus pasos y estaba muy bien conservada.

Era una masía catalana pintada en color teja, con un jardín grande a la entrada, con muros a los lados y una gran valla de hierro forjado al inicio del camino. Las puertas estaban abiertas, nos esperaban. Desde fuera se notaba presencia en casa, había varias luces encendidas en las dos plantas.

Aparqué el coche a uno de los lados del muro, cogimos nuestras maletas y caminamos por el jardín hasta llegar al porche. Por el camino le informé de que había reservado en el hostel del pueblo, pero al verbalizarlo en alto, me di cuenta de que no tenía mucho sentido. Le pregunté si prefería dormir en la casa y ella respondió que donde me sintiera yo más cómoda. Le pedí que buscara el número de teléfono y lo anulara. Yo aproveché, en un área de servicio que paré para repostar, para enviarle un *wassap* a Violeta indicándole que

finalmente nos quedaríamos en casa, pero, si podía ser, en habitaciones separadas.

Ella contestó rápidamente que no había ningún problema y que le hacía mucha ilusión que estuviéramos todos juntos en casa, y que a mamá le haría especialmente feliz, allá donde su alma nos estuviera observando.

Aquel mensaje me dejó un poco traspuesta un rato. ¿Mi madre nos observaba? Violeta estaba muy sensible, sus palabras eran especialmente profundas y amorosas, debía de estar siendo durísimo para ella la pérdida de mamá.

Violeta estaba en la puerta, nos esperaba observándonos, había oído el coche y salió a recibirnos.

—Hola, chicas, bienvenidas —dijo, mientras me observaba a la espera de mi reacción por si podía darme o no el abrazo que me ofrecía. Violeta siempre había sido muy amorosa.

—Hola, Violeta, ya hemos llegado —respondí con una sonrisa que le dio pie a abrazarme, y yo me dejé hacer—. Te presento a Paola —dije, mientras me deshacía del abrazo.

—Encantada, Violeta —dijo Paola, abriendo los brazos a la espera de ese abrazo que quería recibir.

—Un placer, Paola, tenerte entre nosotros, bienvenida, siéntete en tu casa, por favor.

—Muchas gracias —respondió ella, algo tímida.

Nos dirigimos al salón donde ya estaba de pie mi hermano menor, observándonos con las manos en los bolsillos y esa mirada picarona y graciosa que tanto me gustaba.

—Hermana, qué alegría verte de nuevo —bromeó

—Qué tonto eres —dije, mientras me acercaba hacia él para besarlo—. Alfred, te presento a Paola.

—Un auténtico placer, me encanta que la familia aumente.

—El placer es mío, Alfred —respondió ella.

Paola, que siempre tenía salidas para todo, estaba muy callada y no supe cómo interpretar esa posición. Seguramente era demasiada información para un solo día, y ella sabía que sería la novedad, todos observándola, hasta yo misma.

—¿Tenéis hambre? Está todo preparado. Si queréis subir a dejar las cosas, empezamos a cenar.

—Por favor, que me muero de hambre —bromeó Alfred.

Le indiqué a Paola que me siguiera y nos dirigimos al piso de arriba donde le enseñé su habitación. Creo que le gustó que estuviéramos separadas, era muy arriesgado hacer otra cosa y no hacía falta correr. No sabíamos aún en qué situación estábamos nosotras dos y teníamos mucho de que hablar todavía; de la carta, de la noche anterior...

Pasamos las dos por el baño y bajamos al comedor donde ya estaban mi tía y mi

hermano. Como me costaba ponerle una denominación a Violeta, me resultaba demasiado extraño que fuera mi madre y aún no tenía integrada la nueva situación.

Fue una velada tranquila, agradable. Paola sacó su carácter a la segunda copa de vino y los dejó embelesados; reímos mucho, no hablamos de nada en particular, ni nada serio, solo disfrutamos de la compañía que nos ofrecíamos y del encuentro, aunque fuera en una situación dramática, necesitábamos un poco de aire fresco, y Paola supo darnos esa alegría de la que carecíamos todos últimamente.

Cuando acabamos de cenar, nos dirigimos al salón y nos relajamos en los sofás, mientras Pol nos preparó a todas unos *gin-tonic*, diciendo que era su especialidad. Con las copas en la mano, más el vino que tomamos en la cena, nos fuimos destensando, y recordando algunas anécdotas de mamá. Bonitos, graciosos, alocados, *made in Gala*.

Mi hermano y yo las recordábamos como historias sin demasiada implicación, la relación con nuestra madre era mucho más distante que la que había tenido toda la vida con Violeta. Ella nos escuchaba, reía y nos observaba, y sus ojos brillaban en exceso, se reflejaba su tristeza y su desamparo.

Se había quedado sola, sin el amor de su vida, con una gran verdad encima de la mesa, que por lo que fuera habían decidido contar antes que una de las dos desapareciera, y la que debía lidiar con todo ello, ahora, era ella. Yo notaba que no sabía mucho cómo actuar, sobre todo, conmigo, que tanta complicidad habíamos tenido siempre y que tanto me achuchaba, me acariciaba, me besaba, ahora ni se acercaba a mí. Había desaparecido esa espontaneidad que siempre la había caracterizado. Seguía siendo la mujer dulce y amorosa, pero respetando nuestras distancias, supongo que por miedo a mi rechazo. Ahora era el único referente familiar que nos quedaba y ella era consciente, pero no sabía cómo actuar.

En un momento de la noche, mientras Alfred y Paola se partían de la risa, yo me acerqué a Violeta y me senté a su lado. Ella abrió su manta de verano, que tenía sobre las piernas, y tapó también las mías. Su mirada y su sonrisa sincera de agradecimiento me valieron para confirmar que se sentía fuera de lugar.

—Violeta todo va a ir bien, no te preocupes.

—Ay, mi niña, siempre tan observadora y comprensiva. Estoy tan orgullosa de ti —me dijo a la vez que sus ojos empezaron a brillar más intensamente.

No respondí, apoyé mi cabeza contra su hombro y seguí observando cómo se reían y hablaban muy animados Alfred y Paola.

—Mañana será un día difícil, deberíais ir a descansar —me dijo al oído Violeta.

—¿Qué habéis dispuesto tú y mamá para su despedida? —le pregunté, un poco sobrecogida.

—Quiere una fiesta, ya la conoces, no quiere lloros ni penas a su alrededor, quiere

música, comida, alcohol y mucha diversión.

—No esperaba menos de la gran Gala —sentencié—. Pues sí, iremos a dormir porque nos espera un día interesante. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Tranquila, cielo, está todo controlado, mañana por la mañana empezará a venir un montón de gente a montarlo todo. Estando aquí es mi mayor regalo, nuestro mayor regalo. Tu madre estará muy feliz de que estés.

Me levanté sin contestar, le coloqué la manta por encima de sus rodillas, la miré y le di las buenas noches.

Nos fuimos todos a acostar, el día siguiente se presentaba lleno de emociones.

El día del entierro

Aquella noche no dormí demasiado bien, me desperté muchas veces y fui viendo cómo pasaban las horas en el viejo despertador, que aún conservaba en mi habitación de mi época estudiantil. Se me había olvidado bajar las persianas, así que fui viendo cómo la tonalidad de la noche fue variando hasta entrar los primeros rayos de luz.

A las siete de la mañana ya no podía estar más en la cama, estaba harta de dar vueltas entre las sábanas y me levanté para ir al baño. El piso de arriba estaba a oscuras y en silencio, pero en la planta baja oí ruidos, bajé sigilosamente las escaleras y me acerqué a la cocina, allí estaba Violeta limpiando los restos de la noche anterior.

—Tampoco has dormido mucho, veo —le dije.

—Buenos días, princesa, ya ves, últimamente soy un vampiro, me cuesta descansar por las noches, espero no haberte despertado.

—No, me parece que me he unido contigo en la noche vampírica.

—Vaya, pues estamos arregladas, hoy nos espera un gran día.

Me estuvo explicando al detalle cómo iba a transcurrir la jornada, cómo se había organizado todo y cómo serían los horarios de la celebración en honor a Gala. Iba a ser una fiesta especial, justo como habría deseado y explicitado ella.

Preparamos el desayuno y nos sentamos a reponer fuerzas mientras los demás dormían. Estuvimos sentadas en la mesa larga de la cocina, las dos posicionadas en la misma dirección, mirando hacia la entrada de la casa, pensativas y observando cómo el sol se iba elevando en el cielo. Violeta rompió el silencio.

—Paola es un encanto, se os ve muy bien juntas y me alegro profundamente de que te hayas dado una oportunidad. Gabriel te dejó muy triste y pensé que habías perdido la esperanza y las ganas de amar.

—Bueno, es algo más complejo que todo eso —respondí.

—¿Y qué no lo es? Es parte de la vida. Pero cuando el corazón habla se le ha de escuchar.

—Bueno, estoy un poco aturdida con todo lo que está pasando y me siento en tierras movedizas —respondí.

—Si escuchas a tu corazón, tomarás las decisiones correctas. La vida te depara cosas maravillosas, África, y te las mereces todas —sentenció.

No respondí, la escuché, le sonreí y me quedé otra vez ensimismada en mis pensamientos.

En ese momento se acercó una furgoneta grande que aparcó en la cerca, bajó uno de los

dos hombres y se acercó a la puerta de la casa. Violeta se levantó rápidamente y se dirigió a ellos, se dieron los buenos días y empezó a darle órdenes.

Yo no me moví, seguía como una escultura inmóvil frente a la ventana, tampoco sabía qué debía hacer, ni si Violeta quería que la ayudara o lo tomaría como una intromisión, parecía tenerlo todo bajo control. Había una parte de mí que quería salir huyendo de allí, esconderme en una cama, taparme y levantarme al cabo de una semana. Pero sabía que no era posible, así que acabé mi café con leche, recogí lo que quedaba de la cocina y subí al piso superior.

La mañana pasó rápido. Fuera de la casa había muchos ruidos, los operarios montaban las luces entre los árboles, sillas y mesas de cóctel dispuestas por los dos jardines, el principal y el trasero. Aquello parecía una boda, no sé a cuántas personas esperábamos aquel día, pero por el material que había extendido por todo el exterior, serían muchas. ¿Aquello quería mi madre? Me sorprendía.

Fueron llegaron todos los encargos, floristas, catering, el grupo de música, una empresa de pirotecnia... Cada vez me parecía más surrealista aquella situación. A mi juicio, lo veía todo demasiado ostentoso, muy exagerado. Era un entierro, por Dios, no la fiesta de San Juan. Ahora entendía por qué Violeta no me había especificado al detalle todo lo que pasaría allí aquel día, sabía cuál hubiera sido mi opinión al respecto.

A mediodía estaba todo montado, y Paola y Alfred, que se habían levantado al final de la mañana, estaban en la cocina haciendo un desayuno-aperitivo mientras seguían riéndose todo el tiempo. Estos dos se habían entendido de maravilla y yo me alegraba muchísimo de ello.

Mi hermano Pol llegó justo a la hora de comer, su vuelo venía con retraso y entró sudado y preocupado por si no llegaba a tiempo. Lo tranquilizamos y lo invitamos a que fuera a ducharse y descansar un poco, nos esperaba una tarde-noche larga.

Detrás de Pol, empezaron a llegar algunos invitados, viejos amigos de mamá de otros países (Francia, Alemania, por supuesto, de su Barcelona natal), incluso algunos compañeros de la universidad, amigos y colegas de mi padre que también fueron invitados desde Girona (de los que quedaban vivos), vecinos del pueblo... Todos se acercaron a despedir a Gala.

Había camareros, que se deslizaban por dentro y fuera de la casa, con bandejas de bebidas y con comida. La música sonaba suave de fondo, y los invitados se agrupaban entre ellos, mientras yo intentaba pasar desapercibida, aunque lo conseguía en pocas ocasiones. Hacía muchos años que no veía a muchas personas de las que estaban allí presentes, de hecho, a algunos ni los reconocía.

Paola era mi acompañante; en algún momento, Alfred la rescataba y hasta Violeta vi cómo se la llevaba a la cocina en alguna ocasión.

La ceremonia era a las seis de la tarde, y poco antes empezaron a llegar los vecinos del pueblo.

El párroco llegó un buen rato antes, estuvo hablando con Violeta, concretando los últimos detalles. Y cuando llegó la hora, se acompañó a los invitados hacia el jardín trasero donde estaban dispuestas filas de sillas posicionadas hacia el pequeño altar, que también montaron.

La fiesta estaba a punto de empezar, y yo tenía hasta cierta intriga de lo que estaba por llegar.

La ceremonia

Yo estaba de cuerpo presente, pero mi mente estaba un poco ausente de toda aquella situación y de toda esa escenografía que me costaba de entender. A mí, que me gustaba pasar lo más desapercibida posible, intentaba que ni se me viera, y hoy, mis hermanos y yo éramos partes protagonistas, todo el mundo nos hablaba, teníamos que conversar, sonreír y recordar anécdotas que se empeñaban en contarte.

Me sentía ausente de aquella situación y me sentía mal por ello. Estaba en el entierro de mi madre, había traído a Paola conmigo. Mi hermano la había abducido y a ella se la veía feliz. Parecía que se conocían de toda la vida, supongo que Alfred necesitaba un aliado en aquella situación. Yo divagaba, estaba presente, hablaba con todo el mundo que me paraba, sonreía, preguntaba por sus familiares y sus vidas, pero no escuchaba. Y no porque no me importase lo que me contasen, seguramente que sí, todos eran allegados y amigos de mis padres, pero yo estaba en una nube.

Llegó el momento de la ceremonia, el capellán, amigo de la familia y de todo el pueblo, dio inicio a su discurso. No acababa de entender que mi madre, la gran Gala, hubiera querido tener una misa el día de su funeral. Ella liberal, feminista, anárquica... No lo entendía. Mis hermanos y yo no estábamos bautizados ni, por supuesto, hicimos ninguno la comunión.

Mi madre se habría vuelto religiosa en los últimos años de su vida, porque, antes, puedo asegurar que nunca lo fue. También es verdad que no estaba en contra, jamás la escuché criticar a la iglesia, de hecho, nunca criticaba nada. Era muy tolerante y permisiva con todo lo que la rodeaba, con la sociedad en general.

No me enteré de lo que dijo el capellán, seguía autista en mis pensamientos y en mis sensaciones. ¿Me habrían puesto algo en la bebida? Viniendo de mi madre no me extrañaría que aquella fiesta la quisiera transformar en una bacanal, y la manera más rápida de hacerlo sería drogarnos a todos sin saberlo. Ya sabemos que los prejuicios y el «qué dirán» nos frena mucho.

De golpe, y sin que nadie dijera nada gracioso, yo empecé a reír, sentada en primera fila, junto a Violeta y a Paola, que me miró con una sonrisa maliciosa, como preguntando: «¿Va todo bien?». Hola, llamando a África para que baje de la luna.

Y su mirada hizo el efecto contrario, empecé a troncharme de la risa, tanto que tuve que echarme hacia delante y esconder la cabeza entre mis piernas. No podía parar de reír y, para mi sorpresa, Violeta se sumó a mi fiesta. Verla a ella reírse conmigo hizo de nuevo el efecto

contrario en mí, e hizo que me derrumbase. Su complicidad, su conchabanza, su brazo rodeando mi espalda provocaron en mí las ganas de soltarme del todo y no sé en qué momento mi cerebro hizo un cortocircuito y se giró, pero de un bandazo empecé a llorar, a llorar como no lo había hecho ni por mi padre, ni por Gabriel, lloraba desconsolada.

Paola me incorporó y me recostó en la silla, apoyó su mano sobre una de mis piernas y miró hacia adelante, como si no fuera con nosotras aquella escenita de melodrama que estaba montando y que yo misma tampoco comprendía.

Hubo una amiga de Violeta que hizo la intención de acercarse, pero mi hermano Alfred la retuvo. Allí estábamos las dos soltando lo que llevábamos dentro, sin reparos, sin pensar, sin poder evitar esa reacción adversa a lo que seguramente se esperaba de nosotras.

Alguien le debió de hacer al capellán la señal para que continuara, porque de pronto siguió hablando y empezó a sonar una de las canciones preferidas de mi madre: *Star to Heaven*, de Led Zeppelin. Violeta y yo nos cogimos de la mano sintiendo a Gala más presente que nunca. Con la melodía nos fuimos calmando y pudimos acabar la ceremonia que había preparada para ella.

Una amiga del pueblo leyó unas palabras que Gala había dejado escritas para todos los asistentes y que Violeta no fue capaz de leer. Fueron muy bonitas. Tan vitales, alegres y agradecidas como era ella.

El cura cerró la ceremonia con un final de discurso y empezó a sonar el *Ave María*, de Schubert, a violín. Fue maravilloso. Había un silencio absoluto y todos estuvimos atentos a aquellos acordes que nos entraron en el corazón. Cuando terminó la canción, el resto de los músicos se pusieron de pie, cogieron sus guitarras eléctricas y a la voz de... «Va por ti, Gala, allá donde estés», empezaron los primeros compases de *Fool to Cry*, de los Rolling Stone, los allí presentes se miraron y, a la vez que la mayoría sonreían, se fueron levantando. Pasamos del romántico al roquero en poco menos de dos minutos, pero no había tiempo que perder... Que no decaiga la fiesta. Todos en pie, se fueron acercando a la barra de bar que había instalada en el jardín y algunos perseguían a los camareros reclamando sus copas.

Violeta le dijo a Paola y Alfred que me entraran hasta que me sintiera mejor y así lo hicieron. Me sentaron en el salón, cada uno a un lado de mi cuerpo, como si temieran que fuera a salir volando o a volverme loca, y mientras ellos iban hablando y bromeando, notaba como me observaban de reojo para ver si reaccionaba. Cuando me quise dar cuenta, cuando mi cerebro y mi corazón se fueron calmando y volví a ser la mujer pausada y observadora que me caracterizaba, los tranquilicé diciéndoles que estaba mucho mejor y que fueran con los invitados, que yo iría enseguida.

Me quedé sola, sentada en el centro del sofá, observando la chimenea y las fotos que había encima de ella. Imágenes familiares de nuestra niñez y de las últimas navidades que

estuvimos todos juntos, mis hermanos, mi padre, mi madre y, por supuesto, Violeta; siempre estuvo con nosotros. Hacía demasiados años de esa fotografía, y nunca más podríamos repetirla, faltaban demasiadas personas.

Y allí sentada, en ese salón, rodeada de recuerdos, tomé conciencia de que me había quedado huérfana, ya no me quedaba ni padre ni madre. Y aunque pensaba que era demasiado joven para perderlos, sentía que mi vida también iba envejeciendo y que yo también me hacía mayor. La vida era corta, demasiado a veces, intensa, dolorosa... pero, en general, era bonita y debía aprovecharla al máximo, como si no hubiera un mañana.

Me levanté de golpe del sofá, me sequé las lágrimas, que aun corrían por mis mejillas, y me fui directa a buscar algún camarero con algo de beber. Eso era una fiesta, pues íbamos a pasarlo bien. «Por ti, Gala, por ti mamá, ¡allá donde estés!».

La fiesta fue un éxito, todo el mundo parecía pasarlo bien, se oían muchas risas, gente bailando, música animada de la época de los ochenta, que todos conocíamos bien y que con ella te arrastraba a mover el cuerpo y a perder el control de los pies. A las diez de la noche, Violeta nos hizo mover a todos hacia el jardín delantero, donde ya estaban dispuestos dos señores con una llama cada uno en la mano y preparados para recibir la orden.

Violeta la dio y empezó a sonar *Barcelona*, de Montserrat Caballé y Fredy Mercuri, mientras en el cielo asomaban unas palmeras rosas, azules y amarillas, que las siguieron una composición de fuegos artificiales maravillosos, sin ruido, solo el silbido del petardo cuando sube hacia el cielo y se abre en toda su inmensidad. Fue precioso, muy emotivo, porque tengo la sensación, que en esos momentos y mirando al cielo, todos rememoramos a Gala; su sonrisa, sus movimientos, sus salidas, su melena larga, era una mujer muy especial.

Todos estábamos allí en el más absoluto silencio, observando a nuestra Gala despedirse de nosotros, y vi como más de una lágrima se desvanecía entre las caras de los asistentes. Aquello duró unos minutos, y cuando terminó, la música se paró y todos nos quedamos inertes, silenciosos y pensativos. Fue la despedida oficial e individual de cada uno.

Pasados unos minutos, la música se volvió activar y fuimos viendo como muchos asistentes empezaron a despedirse para irse, sobre todo los más mayores y los que tenían un largo camino hasta regresar a casa.

La fiesta que estaba preparada para durar hasta altas horas de la madrugada y abastecer a un pueblo entero se fue desvaneciendo, pero de manera muy natural y relajada.

Nos encontramos unos pocos amigos de Violeta y Gala sentados en el jardín, conversando muy animadamente, lo que quedaba de la familia. Le pregunté a Paola si le apetecía que fuéramos a dar una vuelta y con una cara cómica de las suyas y las manos en posición de rezo, me rogo que sí.

Cogimos el coche y la llevé al bosque donde iba de pequeña, detrás de la casa de los tíos

de Beth, en la otra punta del pueblo. Nos quedamos dentro del coche, había refrescado como para estar a la intemperie. Estábamos enfocadas hacia la entrada de aquella espléndida arboleda que tan buenos recuerdos me traía. Paré el motor y subí un poco la música, nos quedamos observando el paisaje en silencio.

—¿Has estado bien? —Rompí el hielo.

—Sí, mucho, tranquila. Con tu hermano Alfred me he reído mucho, es un torbellino de energía, de sabiduría y de experiencias. Me ha contado cada historia...

—Es un amor, sí. Siento no haber estado mucho por ti. No sabía que íbamos a encontrarnos con esto, no tenía ni idea.

—Y si lo hubieras sabido, ¿no me hubieras traído? —preguntó, mientras giraba su cabeza para mirarme.

—Pues no lo sé, supongo, o no. Yo qué sé, Paola. Perdona si te he metido en la boca del lobo.

—Deja de pedirme disculpas, África, no soy una niña, tomo mis propias decisiones, tú me invitaste y yo libremente decidí venir. Conocer a tu familia era una manera de conocerte un poco más a ti y estoy muy contenta de haber venido.

—Es que son momentos tan extraños, no sé siquiera si esta que ves soy yo, Paola. Estoy un poco aturdida por todo lo que está pasando últimamente y no solo hablo de mi familia.

—Lo sé. —Pero no dijo nada más.

—Es que siento muchas cosas hacia ti, Paola, y estoy muy confundida.

—Pues si las sientes, obsérvalas, no las pases por la mente.

—Si no las pasase por mi mente, ahora mismo me hubiera tirado a tu cuello y estaría besándote. Y no sé si es eso lo que de verdad quiero, no sé si es deseo, amor, confusión, necesidad...

—Entiendo. Bueno, tranquila, ya irás viendo, no te precipites. Yo no te he pedido nada, no espero nada de ti, no has de darme ni explicaciones ni ninguna respuesta. Relájate, África.

—No, no quiero relajarme. Quiero ser honesta conmigo misma, quiero soltar mis fantasmas, quiero sentir y dejarme volar, da igual hacia donde vaya a parar. Dejarme llevar, sin más. Joder, toda la vida he estado haciendo lo correcto. ¿Y era eso lo que yo quería? No lo sé, ahora mismo no sé nada.

Paola se acercó a mí, lentamente, yo la observaba inmóvil, mirándole los ojos, sus labios y esa sonrisa fascinante de niña que tenía. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y muy lentamente me besó. Un delicioso y deseado beso. Sentí ese beso como un abrigo, suave, caliente y amoroso. Sin miedo, sin pensar, la besé intensamente, llevaba demasiado tiempo conteniéndome. Le demostré la sed que tenía de ella y seguramente también hacia mí

misma.

Estuvimos un largo rato en el coche, frente al bosque, besándonos y acariciándonos hasta que saciamos un poco el deseo que las dos sentíamos. Nos relajamos y, un rato más, escuchando música, regresamos a la casona, tranquilas, sonrientes y felices de haber tenido ese momento de intimidad que a las dos nos apetecía.

Al llegar a casa, ya no quedaba ningún invitado. Pol había desaparecido en su habitación, y Alfred estaba en la cocina con Violeta. Cuando nos vieron aparecer nos sonrieron y nos indicaron que nos sentáramos con ellos. Lo hicimos unos minutos, pero enseguida nos retiramos a descansar, cada uno a su habitación; había sido un largo aunque bonito día, y teníamos los cuerpos extenuados, todos. Las emociones agotan y había sido una velada llena de muchísimo amor y grandes de gratitud y de amistad.

La vida continúa

Los días posteriores nos dedicamos a descansar, pasear, comer y entretenernos con juegos de mesa. Esas fueron nuestras funciones básicas. Pol se fue al cabo de dos días, pero Alfred no tenía ninguna prisa por ir a ninguna parte, y nosotras decidimos que unas minivacaciones no nos irían nada mal. Violeta creo que lo agradeció. Fue una manera más suave de entrar en la soledad, el duelo y la añoranza de golpe. No paraba de hacer cosas, no se estaba quieta. Limpiaba, ordenaba, cocinaba, todo dentro de casa. No la vimos coger el coche ni ir a ninguna parte en los cinco días que estuvimos allí.

Cuando nos veía salir, nos encargaba víveres, así ella no se movía de esa casa, al fin y al cabo, era su hogar, donde había estado siempre con nosotros y donde había vivido definitivamente los últimos diez años de su vida junto a mi madre, allí se sentía segura y no quería salir.

No volvimos a hablar del tema de las maternidades, ni de la confesión de aquella tarde. Supongo que ella esperaba mis preguntas, pero yo no las hice, ya no me hacían falta. No podérmelas responder entre las dos, para mí, perdían valor. Tener solo una visión, aunque fuera compartida y consensuada, me seguía faltando una parte.

La verdad es que acepté, comprendí y encajé la información sin quererle dar más vueltas. ¿Adónde nos llevaría abofetear la verdad? Dolor, más dudas y apenarnos ante una situación que ya no tenía marcha atrás.

La información estaba dada, ellas se quitaron la culpa de encima al haberme escondido una información privilegiada e importantísima durante toda mi vida, sí, no lo vamos a negar, pero Gala se pudo ir tranquila, con los deberes hechos y la conciencia en paz. Y yo no iba a ser quien fuera a cambiar un destino que hacía demasiado tiempo que estaba echado.

Me sentía extraña, no lo negaré, pero no solo por eso, era una situación anómala en la que no acababa de encontrar mi lugar. Hacía diez años que no me acercaba por el pueblo y, en unas semanas, había vuelto dos veces. Mi madre no biológica había muerto. Volví acompañada, pero de una mujer. Y ahora estábamos todos, bueno, los que quedábamos, juntos, pero no revueltos, intentando encajar todo un cúmulo de situaciones que nos había tocado vivir y que intentábamos llevar dignamente.

Llegó el momento de volver a nuestras casas, el café nos esperaba y la rueda debía seguir girando. Nos despedimos de Violeta y Alfred, prometiéndoles que regresaríamos más a menudo y continuaríamos el contacto, no solo telefónico. Violeta me prometió venir a pasar unos días a Vilassar y a Paola le encantó la idea. La intentó motivar diciéndole la cantidad

de cosas que harían juntas y a la de sitios maravillosos que la llevaría. Alfred decidió quedarse en la casona una temporada. Estaba cansado de tanto viajar, tenía mucho dinero y sus negocios iban solos, no se exigía de su presencia, y él, aunque siempre lo veíamos bromeando, era mucho más sensible de lo que quería aparentar. Necesitaba recomponerse en aquel lugar, su casa.

La muerte de mamá fue un golpe duro para él, prefirió quedarse donde se sentía arropado y podía ser él mismo. Alejado de su vida de excesos y frivolidades. Así lo decidió una noche con un *gin-tonic* en una mano y un porro en la otra, y nosotras lo apoyamos, prometiéndole que, cuando regresara a su Italia, lo iríamos a visitar las tres. Fue una fantasía y una ilusión que todos intuíamos no iba a ocurrir.

Una de las tardes que yo estaba leyendo en la tumbona del patio de atrás, vino a verme y enseguida noté que estaba bajo de ánimo. Lo invité a que se tumbara conmigo como cuando éramos niños. Y entre cosquillas, risas y besos, se derrumbó. Para él Gala era mucho más que seguramente para Pol y para mí. Yo siempre tuve a mi ángel de la guarda que era Violeta, y Pol vivía en su propio mundo que no dejaba entrar a nadie, ni tan siquiera a papá.

Lloró como un niño, desolado y perdido. Su vida había sido una huida de sus propias circunstancias y ahora, con la desaparición de mamá, el mundo se le venía abajo. Tenía remordimientos por haber distanciado tanto el contacto con ella, por no haber venido más a menudo, por haber dejado perder unos años que ahora ya no regresarían. Lo tranquilicé, intentando quitarle la culpa. Allí no había culpables, todos habíamos actuado según habíamos necesitado. Cada uno tenía su vida y ahora era estéril buscar culpables.

Estuvimos toda la tarde charlando de todo, recordando nuestra infancia, rememoramos anécdotas, hablamos mucho de papá también. Él me confesó que muchas veces se sentía solo en Italia y notaba el peso del paso de los años. Yo también me abrí y le conté mi verdad, las confesiones de mamá y la nueva situación genética y familiar. Como esperaba de él, me abrazó y me aseguró que, para él, nada cambiaba, nosotros éramos una familia, diferente sí, pero la nuestra.

Paola y yo regresamos a Vilassar con ganas de volver a empezar, aunque yo me seguía sintiendo extraña, no estaba triste, procuraba no hacerme demasiadas preguntas y decidí darme tiempo para todo.

Necesitaba volver a mis rutinas, a mis obligaciones, hacer las mismas cosas y que todo volviera a la normalidad. Entre Paola y yo se había iniciado una relación, y yo me sentía contenta y tranquila, ella me transmitía tanta seguridad que poco a poco fui bajando barreras hasta no pensar en nada más que en vivirnos, amarnos y reírnos todo lo que estaba por reír.

Abrimos el café de nuevo y seguimos nuestras vidas sin demasiados cambios; ella, en la barra, atendiendo a nuestros clientes, y yo, en la cocina, elaborando platos que Violeta me

había enseñado y que algunos los recordaban de mi niñez.

A los tres meses, y después de pasar casi todas las noches juntas, le propuse a Paola que se viniera a vivir conmigo. Nos conocíamos desde hacía más de cinco años y no notamos mucho cambio. Estábamos todo el día juntas en el café, y por la noche subíamos las escaleras y estábamos en casa, nuestro propio hogar. Redecoramos el piso de arriba, ella colgó sus tablas de surf en la pared de la habitación de invitados y lo adaptamos a gusto de las dos. Nos acostumbramos muy rápido a la convivencia, con Paola todo era espectacularmente fácil.

Cuando caía la tarde y cerrábamos el café, nos subíamos a nuestro salón a disfrutar de nosotras y de nuestro amor, que cada vez se hacía más solido, y autentico.

Por fin la vida me sonreía. Bajar mis propias barreras, abrir mi corazón y dejarme sentir era la mejor decisión que había tomado nunca y me sentía muy afortunada de poder experimentar tales sensaciones.

Nuestro día a día era una carrera, en el café no parábamos y casi no nos veíamos, pero las noches eran solo nuestras y las disfrutábamos como si fuera la última.

Paola dejaba volar sus dotes culinarias que eran muchas. En casa, la cocina era suya, mientras yo leía, escuchaba música y hablaba con Alfred o Violeta; necesitábamos sentirnos, y nos esforzábamos para que así fuera.

Después de cenar se habían acabado todas las obligaciones, y dábamos rienda suelta a nuestro amor, muchas veces lleno de pasión. Nos gustaba jugar y descubrir nuestros cuerpos como si fuera la primera vez que los veíamos y yo aprendí a amar mi cuerpo y el suyo como jamás había hecho.

Experimentar aquellos sentimientos hacia Paola me hizo entender mejor la historia de amor que había existido entre Gala y Violeta. Eran otros tiempos, donde a las mujeres solo se les aceptaba ser buenas amigas, y donde a una madre de familia, se le permitía eso, estar con su familia. Era impensable que pudiera amar a otra mujer abiertamente.

Pensé mucho en ellas y comprendí que sus escapadas eran la única manera que tenían de vivir su historia, aunque fuera a escondidas. Ellas experimentaron un amor demasiado grande para dejarlo pasar y construyeron un mundo a su alrededor para poderlo conservar y vivir.

La vida es bella, solo hace falta mirarla por el cristal adecuado.

Una de esas noches, mientras Paola estaba en la cocina y yo escuchaba música mirando el mar desde el salón, recordé aquella carta que ella me había enviado meses atrás, de una delicadeza y una sensibilidad absoluta, declarándome su amor más profundo. Me estremecí, fui a recuperarla del diario que conservaba en un cajón de la mesita de noche y la volví a leer y a revivir sus palabras tan llenas de sinceridad y valentía.

Quise devolverle a Paola de alguna manera el gran regalo que ella me hizo en su día, y que propició a que yo abriera los ojos, permitiendo darme permiso para sentir y vivir mi propia vida, sin mirar a los demás, solo observando mis sentimientos y a mí misma. Como me había dicho mi madre en la última conversación que mantuvimos: «Date permiso para vivir, para ser tú misma, para dejar de preocuparte por los demás. Piensa en ti, ámate, acéptate y vive».

Allí empecé a creer que yo también me merecía una vida bonita llena de cosas buenas. Me levanté y busqué en un cajón que sabía tenía papel de carta. Encontré los sobres primero y al fondo unas hojas de papel en color verde claro. Busqué un bolígrafo y me senté a la mesa del comedor. Sabía que Paola tardaría un buen rato, la oía cantar y cuando se encerraba en la cocina, a veces le pasaban horas preparando esos manjares exquisitos.

Querida Paola,

Llegaste una tarde al café para poner mi vida boca abajo, y no sabes cuánto te lo agradezco. Tu alegría, tu frescura, tu buen humor, tu dulzura, tu predisposición, tu generosidad, tu autenticidad han hecho que te quiera casi desde que te conocí.

Nunca me hubiera imaginado que ese querer, en un inicio, más como protectora, se acabara convirtiendo en amor. Nunca había experimentado tales sentimientos hacia nadie más y mucho menos hacia una mujer. Gracias por tu paciencia, por no haberme pedido nunca nada, por no haberme puesto en la tesitura de tener que decidir.

Mis sentimientos hacia ti han ido creciendo poco a poco, al ritmo que mi corazón me lo permitía y que mi alma los buscaba. He podido descubrirme a mí misma a tu lado. Tú no esperabas ser correspondida y yo no me permitía sentir aquello que no conocía.

Crecí cuidando de mi padre, cuando él nunca me lo pidió, me responsabilicé de situaciones que no me correspondían como niña y, cuando crecí, seguí en la misma dinámica, de dar, de soportar, de no pedir, de no quejarme, y eso me llevó a no darme permiso para ser yo misma. Ni tan siquiera para saber quién era.

Gracias a ti, ahora me reconozco y me gusta lo que veo. Soy una mujer adulta, y es ahora cuando me siento como una niña, experimentado mis primeras experiencias en el amor, y todas ellas son contigo. Soy feliz a tu lado, me has aportado la estabilidad que siempre he deseado y que nunca me atreví ni a plantearme. Cuando me quedé sola, o así me sentí cuando mi padre murió, me encerré en mí misma y me costó mucho volverme a abrir a nada ni a nadie.

Como ya sabes, me trasladé a Ibiza y, aunque éramos muchos de fuera y todos buscaban su hogar, a mí me costó demasiado, creo que en el fondo no lo quería. Hice amigos, conocí a personas maravillosas, pero seguía sintiendo que tampoco pertenecía a

ese lugar. Conocí a hombres, tuve relaciones, pero nunca dejé que nadie entrara del todo.

Con los años, como ya sabes, conocí a Gabriel y de él me enamoré apasionadamente, perdiendo el norte, el rumbo y la brújula, y volví a tropezar con la misma piedra. Yo y la cuidadora que tan integrada llevo en mí, que aguanta, cuida y acepta lo que le dan. Sé que Gabriel me amó de verdad, a su manera, pero era una alma perdida y herida como la mía, y eso no fue amor, fue necesidad. Mal aliada para el amor. Fuimos un salvavidas el uno del otro, durante una etapa de nuestra existencia, donde necesitábamos anclar nuestras vidas y donde deseábamos echar raíces. Nos encontramos en un mundo de transeúntes y perdidos.

Contigo siento que es todo tan distinto... Siento que hemos ido poniendo cimientos, uno a uno, sin necesidad, ni casi quererlo. Se ha ido construyendo una casa de paredes robustas y ventanas abiertas, donde la luz entra cada mañana y donde el sol ilumina nuestras vidas.

Gracias por estar, gracias por existir, gracias por amarme por encima de todo y de casi nada. Por no preguntarme, por no desaparecer, por seguir aquí conmigo y espero que para siempre.

Te amo con todas las fuerzas de mi corazón, desde el alma hasta el cielo. Te amo.

Tu África

Epílogo

El tiempo fue pasando, y con él, el proceso que cada uno necesitó para aceptar la situación, para gestionar sus emociones y para poder darle cabida a sus sentimientos. La suerte estaba echada, debíamos adaptarnos a nuestras nuevas vidas e intentar tirar hacia adelante cada uno a su manera. Nadie era culpable, ni responsable de cómo habíamos evolucionado, aunque todos necesitamos recolocarnos para seguir avanzando.

Pol volvió a su mundo, a su New York, la distancia cogió protagonismo de nuevo entre él y nosotros. Nunca llegaríamos a saber qué sentía en realidad, nunca llegué a conocer a mi hermano mayor. En los siguientes meses, él me llamó un par de veces, cosa que me sorprendió, nunca lo había hecho, pero a partir de entonces todo volvió a ser como antes, en su dinámica de enviar la postal navideña y poco más. Nunca nos invitó a ir a visitarle, ni nosotros se lo propusimos. Para él la relación que existía con su familia debía de ser suficiente, no nos necesitaba ni más cerca ni mantener más relación.

Alfred se quedó unas semanas más en el pueblo, en la casona con Violeta. Se hicieron compañía, lloraron juntos, guardaron las cosas de Gala, ordenaron la casa y compartieron recuerdos que les fue bien para su proceso de duelo y despedida. Y acabó regresando a su Italia para crear, según dijo, la nueva colección primavera-verano, y encarar su vida y su mundo real. Nuestro contacto se mantuvo, esta vez no lo quisimos dejar enfriar y nos prometimos que lo continuaríamos. Hablábamos muy a menudo, me gustaba mucho saber de él, de su vida, de sus aventuras y de su sentir por todas las cosas. Era un ser con una sensibilidad excepcional y, aun viéndolo envejecer como todos nosotros, conservaba esa ingenuidad de niño, de querer cambiar el mundo, de tener una visión de las cosas que nos rodean muy distinta, y eso le hacía especial.

Violeta vino a vernos al café al cabo de unos meses, cuando ya se había acostumbrado a vivir sola, a estar sola y hablar sola por la casona, según nos contó. Necesitaba afrontar la situación en aislamiento y ver cómo se sentía y qué pensaba hacer con su vida a partir de entonces. La acomodamos en la habitación de invitados y estuvo un par de semanas con nosotras. Me gustó tenerla cerca, cuidarla en mi hogar, ofrecerle mi mundo, con mis costumbres y a mi manera. Fueron unos días muy reconfortantes e influyentes, creo que para las dos.

Por la mañana bajaba conmigo a la cocina, por mucho que le insistiera que descansara, leyera, pasara o se fuera a la playa, no me hacía ni caso. Se levantaba en cuanto oía ruidos, y aunque Paola y yo procurábamos ser muy silenciosas, ella tenía el sueño demasiado ligero.

Ella insistía en que prefería ser útil, hacer alguna cosa para colaborar y estar ocupada. Al final desistí y le di carta blanca para que hiciera lo que quisiera. Se paseaba por el café, ordenó la biblioteca y dispuso las mesas cercanas de distinta manera, la verdad es que visualmente quedaban muy bien también, y los clientes parecían encantados.

Hablaba con ellos, se preocupaba por sus vidas, escuchaba sus discursos y los atendía personalmente. Cuando los clientes me preguntaban quién era aquella señora tan agradable, yo respondía con orgullo que era mi madre, y un atisbo de placer me recorría el cuerpo. La observaba desde la cocina y la veía resuelta, alegre, viva; me gustaba sentirla así, le estaba sentando bien un cambio de aires, y a mí también.

Tuvimos largas charlas, no esperó siquiera a que le hiciera preguntas, intuía que yo necesitaba aclaraciones, me conocía lo suficiente como para entender que por respeto no se las haría. Lanzaba preguntas al aire, me explicaba anécdotas que yo no sabía, me hablaba mucho de mi niñez, de situaciones que yo no recordaba y ella sí, y me acercó a mi infancia de manera natural y bonita.

Poco a poco me iba construyendo un pasado que yo no recordaba o debía de haber olvidado. Descubrir que habíamos vivido muchos momentos divertidos, mucha ternura y que ella había seguido siempre mi evolución, mi camino, mis huidas, me gustó. Ella siempre estuvo allí para mí, aunque yo no la vi, porque yo solo observaba a mi madre. Ella había estado atenta y vigilante por si yo necesitaba de su ayuda, pero nunca la pedí, ella confiaba en la capacidad que tendría para resolver. Me dejó crecer, evolucionar, experimentar.

Fueron conversaciones muy reparadoras, donde comprendí mejor las circunstancias de sus vidas, de nuestra familia. La visión o mi prisma de mi infancia varió, si echaba la mirada atrás, no reconocía tanta soledad, ni abandono, ni enfado, ni frustración. Me gustó tenerla en casa, sentí que estaba más cerca que nunca de ellas, de las dos, Gala y Violeta, mis dos madres.

Nuestra mirada era otra, al menos la mía, y no por ello peor. Poderla observar como madre me alentó, se me despertó una ternura y un amor muy sincero. Y, por primera vez en mi vida, sin culpa ni resentimiento.

De mi padre nunca sabremos si él lo sabía. Según me dijo Violeta, él nunca le preguntó a Gala y a ella siempre la trató como parte de su familia. Llegamos a la conclusión de que sí lo sabía, era un hombre con gran sensibilidad, pero el amor que sentía por su mujer era tan grande y tan profundo, que había cabida para comprender la extensión de este. Era un hombre liberal y comprensivo y tener al amor de su vida cerca y la familia que construyeron le valió para mirar hacia otro lado.

No empezaba una nueva etapa para nosotras, continuaba una historia de amor, pero ahora sin secretos, ni mentiras, ni huidas, ahora sin tempos y desde el corazón.

FIN

Compañeras

Lo mejor que puede hacer un hombre,
cuando ve a una mujer besar a su hijo,
cuando ve a una mujer romperle la cara al invierno,
y partirse la espalda por el resto, es apartarse.

Observar atentamente, ponerse en pie.

Decía Escandar que mirara a donde mirara
solo veía mujeres luchando, mujeres cargando, mujeres abriendo, mujeres curando.

Madres que se crujen el alma agachándose
para quitarle las piedras que le salieron a tu camino
para que yo no tropiece.

Las verás siempre dispuestas, lobas que amamantan,
cuidan a sus cachorros, cuidan todo.

Madres de brazos abiertos, de pecho abierto, de alma abierta.
Son perfectas, por el simple hecho de existir, de haber nacido,
de devolver ese regalo dando luz a otra vida.

Deberías aplaudirlas al verlas pasar, limpiando el mundo,
con sus hijos, con febrero a la espalda,
a cargo de la casa, a cargo de la producción, a cargo de la vida.

Están en todas partes, abriéndote el camino, trayéndote luz.

Borrándote de tu frente los fantasmas.

Marwan (fragmento de *Compañeras*)

Bibliografía que me ha inspirado para escribir esta novela:

Amar, segunda oportunidad. Antonio Bolinche.

Juntos pero no revueltos. Jaume y Mercè.

El sueño de la crisálida. Vanessa Montfort.

Por qué el amor nos duele tanto. Lucía Echavarría.

Tu segunda vida empieza cuando descubres que solo tienes una. Raphaëlle Giordano.

El petit princep. Antoine de Sant-Exupéry.

El fibló. Silvia Soler.

Haz tu cambio ahora. Alicia Ribas.

Lo inevitable del amor. Núria Roca y Juan de Val.

Sexualmente. Nuria Roca.